

Colecció Bibliària

Obra Postuma

N.º 0. Catàleg del Fons Fundacional de la Biblioteca del MuVIM.

N.º 1. Arts, Ciències y Literatura en la Encyclopédie.

N.º 2. François Hotman, del poema "Reverber" y cuatro d'elles sobre la distribució y la tripartició.

N.º 3. J.B.S. Formas, discursos poéticos sobre de la historia de la cultura sobre la cultura.

N.º 4. Jean Manducator. Fables sobre la universalitat del alma.

N.º 5. Madame de Lambert. Reflexiones sobre la mujer y otros escritos.

N.º 6. Libro y lectura en la Encyclopédie.



MuVIM
Museu Valencià
de la il·lustració
i de la Modernitat

DIPUTACIÓ DE
VALÈNCIA

Àrea de Cultura



LIBRO Y LECTURA EN LA ENCICLOPÉDIE



LIBRO Y LECTURA EN LA ENCICLOPÉDIE

MuVIM

LIBRO Y LECTURA EN LA *ENCYCLOPÉDIE*

Prólogo de Romà de la Calle

Introducción de Francisco Giménez Blay

Traducción de Josep Monter Pérez

III Aniversario de la Biblioteca del MuVIM
20 de Octubre de 2007

Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat



Año 2007

President de la Diputació de València
Alfonso Rus Terol

Diputat de Cultura
Vicente Ferrer Roselló

Diputat de Gestió de Museus
Salvador Enguix Morant

MUSEU VALENCIÀ DE LA IL·LUSTRACIÓ I DE LA MODERNITAT

Direcció Romà de la Calle	Publicacions Ricard Triviño
Subdirecció Francisco Molina	Administració Miguel Porcar Manuel Gómez
Coordinador d'exposicions Carlos Pérez	Juan Sanz Consuelo Viana
Exposicions Félix Bella Josep Cerdà Eva Ferraz María García M ^a José Hueso Josep Monter María José Navarro Elisa Pascual Manuel Ventimilla	Relacions Externes Amparo Sampedro Didàctica Victoria Ferrando Esmeralda Hernando Araceli Vivó Luo Ying
Centre d'Estudis i Investigació Vicent Flor Ana Martínez	Servicis Mercedes Aguilar M ^a Luisa Aparicio M ^a Dolores Ballestar Carmen Clement José Amadeo Díaz Emilia Gómez
Biblioteca Anna Reig Benedicta Chilet Sergio Vilata	Amparo Iglesias Elena Peña Francisca Tasquer Daniel Rubio

Col·lecció Biblioteca: 6

LIBRO Y LECTURA EN LA *ENCYCLOPÉDIE*

© de la present edició **MuVIM**

© del Pròleg: Romà de la Calle

© de la Introducció: Francisco Gimeno Blay

© de la Traducció: Josep Monter

Coordinació de l'edició: Ricard Triviño i Josep Monter

Assessoria bibliogràfica: Anna Reig i Benedicta Chilet

Il·lustracions: reproducció parcial de làmines de *L'Encyclopédie*

ISBN: 978-84-7795-475-0 Dipòsit Legal: V-4254-2007

Arts Gràfiques J. Aguilar, S.L. - Benicadell, 16 - Tel. 963 494 430

ÍNDICE

A MANERA DE PROEMIO: ENTRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA, DE LA MANO DE L'ENCYCLOPÉDIE,

Romà de la Calle 9

INTRODUCCIÓN: ENTRE ESCRITURAS Y LIBROS

Francisco M.Gimeno Blay 19

Papel 35

Tinta 43

Editor 47

Maestros de escritura [*Maîtres écrivains*] 51

Libro 57

Librería 89

Traducción 95

Imagen 103

Estampa 109

Diario, [*Journal*] 113

Libelo 121

Literatura 127

Intelectuales [*Gens de lettres*] 133

Público 139

Censores de libros 143

Lectura 149

Lector 153

Crítica 163

**A MANERA DE PROEMIO.
ENTRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA, DE LA MANO
DE LA *ENCYCLOPÉDIE*.**

La celebración anual, por parte del Museo Valenciano de la Ilustración y de la Modernidad, del día de puertas abiertas de su Biblioteca de Investigadores, coincidiendo con el respectivo aniversario de su inauguración –el 20 de octubre– motiva el desarrollo programado de un conjunto de actividades de carácter cultural, que suelen contar con una amplia participación de público.

En el marco de dicha jornada, se ha convertido ya en tradicional la publicación –precisamente formando parte de la colección “Biblioteca” del MuVIM– de un volumen, editado con motivo de esa justa conmemoración. Con ello se quiere subrayar y poner de relieve la importancia que la vertiente investigadora tiene, en sí misma, para la existencia y el funcionamiento del propio museo.

Al fin y al cabo, en lo que al MuVIM se refiere, la tarea de la Biblioteca y del Centro de Documentación es totalmente inseparable, por una parte, del Centro de Estudios e Investigación y del Departamento de Publicaciones, y, por otro lado, del Equipo de

Exposiciones y también del Departamento de Acciones Educativas y Organización de Talleres Didácticos. Con esta estructura –formada a base de correlaciones y con fuerte sinergia mutua– se pretende potenciar y mostrar el papel básico y dinamizador que la Biblioteca desarrolla en el conjunto del museo, participando plenamente en cualesquiera aspectos del programa museográfico vigente.

En un “museo de las ideas” –tal como suele reconocerse enfáticamente al MuVIM–, que intenta decididamente articular sus planteamientos en el cruce y encuentro de la historia del pensamiento con la historia de los medios de comunicación, como tantas veces se ha repetido y practicado, encaja perfectamente que procuremos editar, para este “día de puertas abiertas”, un volumen que recoja algún aspecto interesante del siglo XVIII y que mantenga asimismo una cierta actualidad al ubicarse, por derecho propio, en las derivas y efectos de la modernidad.

Ya en otras ocasiones hemos centrado nuestra atención, a tal fin editorial, en una obra tan emblemática como la *Encyclopédie*, que forma parte esencial de nuestros fondos bibliográficos patrimoniales, con sus 35 volúmenes, teniendo en cuenta los *Suplementos*, convertida en referencia ineludible de nuestro legado histórico. Así, por ejemplo, en el año 2005 editamos el libro titulado *Arte, gusto y estética en la Encyclopédie*, seleccionando, traduciendo y estudiando un conjunto de artículos relativos a tales temas, extraídos todos ellos de dicha fuente bibliográfica, fundamental para la historia del pensamiento ilustrado y para el desarrollo y la evolución de las ideas. Tal fue el éxito de acogida de dicho volumen que se siguieron escalonadamente dos ediciones y hoy se halla totalmente agotado.

Siendo así que toda una serie de actividades del MuVIM se han orientado expositivamente, además, en torno a la historia de la imprenta, del diseño gráfico, del libro ilustrado, de los *ex-libris*, del cartelismo, de las etiquetas, de las revistas históricas o de la carto-

grafía, nos ha parecido, en consecuencia, plenamente acertado preparar un libro, para este tercer aniversario de la Biblioteca de Investigadores del MuVIM. Un volumen que, tomando una vez más a la propia *Encyclopédie* como punto de partida, reactivara de nuevo dicho modelo de selección, traducción y estudio de un conjunto de términos que –redactados en la segunda mitad del XVIII, para aquel proyecto colectivo ejemplar y paradigmático de la Ilustración europea– de alguna manera tiene que ver –entre la lectura y la escritura– con el mundo de la actividad editora y su plural escenografía conceptual.

Preguntarnos, desde nuestra actual curiosidad investigadora, acerca de cómo entendían los enciclopedistas precisamente ese mundo de la imprenta, de las publicaciones, de la censura, de la comunicación ideológica, de la difusión del conocimiento, de la crítica y de la vida intelectual y estética de los salones, en el que ellos mismos se movían y del cual estaban poniendo aceleradamente las bases teóricas y prácticas, atendiendo / seleccionando y dando cabida en su propia empresa común –la *Encyclopédie*– a los términos que consideraron cuidadosamente más relevantes e imprescindibles, se ha convertido, para nosotros, en una tarea seductora y obligada.

Precisamente tal reflexión histórica adquiere, para nuestro tiempo, un peso y alcance particulares, de justificada remisión a las fuentes de la modernidad, de la mano de los ilustrados, en la medida en que la propia historia de los medios de comunicación, entrelazada siempre con la diacronía de las ideas, nos aboca a una coyuntura tecnológica en la que las propias funciones actuales del libro no dejan de revisarse operativamente, desde las exigencias imparables de las nuevas investigaciones, referidas a los espectaculares logros *massmediáticos* contemporáneos, en medio de fuertes competencias, respaldados y potenciados por y desde las aceleradas autopistas de la información.

Tal mirada histórica y autorreflexiva en torno a la figura del libro, como eje entre la escritura y la lectura, viabilizada desde el mismo concepto de biblioteca, como universo, que tiene su primera y paradigmática metáfora en la propia idea dieciochesca de “enciclopedia” –en cuanto árbol, cadena y conjunto de todos los saberes*–, hemos deseado que fuese el tema prioritario y *leitmotiv* de esta jornada. Y en ese objetivo operativo comenzamos a trabajar, ya hacia finales del año pasado, un equipo de personas encargado al efecto.

Iniciamos conjuntamente nuestra andadura, desde la Biblioteca, seleccionando, al principio con máxima amplitud, a partir de los artículos de la *Encyclopédie*, rastreando volumen tras volumen, aquellos términos que se relacionaban con nuestros planteamientos –propios del mundo de la edición y de la comunicación–, revisando y clasificando las entradas del diccionario enciclopédico que nos parecían oportunas por sus contenidos, enlaces y referencias.

El bagaje así reunido –para el futuro trabajo– iba creciendo desmedidamente y pronto debimos distribuirnos las tareas de una selección más restringida, adecuada realmente a la extensión propia de un volumen de la colección “Biblioteca”. En paralelo se iba procediendo a la traducción y corrección de los artículos admitidos a trámite. Y así, de alguna manera, iba tomando ya forma y materializándose el proyecto inicial.

* Para la celebración de esta jornada conmemorativa de puertas abiertas de la Biblioteca, del año 2006, el MuVIM hizo una tirada especial de carteles con el tema del árbol del saber, extraído precisamente del desplegable de la *Encyclopédie*. Y en esa misma línea de actuación, este año hemos tenido en cuenta la doble celebración del tercer centenario del nacimiento de dos de los naturalistas más importantes de la Ilustración: C. Linneo (1707-1778) y el Conde de Bufón (1707-1778). Por ese motivo nuestra biblioteca quiere recordarlos realizando una exposición-homenaje, en sus propios espacios, mostrando las obras que de ambos naturalistas posee nuestro fondo antiguo. Igualmente se editará un cartel, que reproduce una lámina botánica de la *Encyclopédie* (*Recueil de Planches: sixième volume. Paris, 1768*), conmemorando así tanto el día de las puertas abiertas de la biblioteca del MuVIM, año 2007, como el nacimiento de los dos naturalistas citados.

Asimismo, se ha convertido en norma obligada y en característica de esta colección la intervención de algún especialista, que introduzca analíticamente al lector en el contexto temático e histórico que, en cada caso, se aborda. En esta ocasión se ha recurrido, creemos que certeramente, al profesor y amigo Francisco Gimeno Blay, catedrático de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de València-Estudi General y director del Departament d'Història de l'Antiguitat i la Cultura Escrita, para desempeñar dicho cometido hermenéutico y contextualizador. A él le hemos rogado que –centrándose en el tema de la escritura, del libro, del ensayo, de la lectura y de la imprenta del XVIII, como medio de comunicación y de transmisión de conocimientos– articule su texto introductorio, en calidad de puente entre la ilustración y la modernidad, sin dejar de abrirse en sugerencias múltiples y juegos comparativos hacia la coyuntura actual.

El presente libro, que aborda el tema de la escritura y la lectura, en el marco cultural del XVIII, ha quedado, pues, articulado en torno a la traducción de 17 términos, extraídos de diversos volúmenes de la *Encyclopédie*. De esta manera, en torno a ese conjunto de términos hemos dado cobijo y estructurado un pequeño universo de conceptos, referidos al siempre apasionante y sugerente mundo de la imprenta, entendida no sólo como medio de comunicación, sino como cobijo de la memoria escrita y como condicionamiento material (y formal) de la creación literaria.

De hecho, este bloque de ideas fue pensado y jerarquizado así por los propios ilustrados, responsables de la obra. Y de esta misma forma fielmente lo hemos querido transmitir y comunicar, también nosotros, a nuestros lectores. Esperemos que igualmente, en esta coyuntura, nuestro interés histórico sobre el tema haya podido ser contagiado sutilmente a cuantos sostengan en sus manos *Libro y lectura en la Encyclopédie*, pero siempre con idéntica intensidad y devoción a las fuentes.

Rememorando la estrecha relación que en la célebre obra mantienen las imágenes y los textos, también nos ha parecido sumamente interesante reproducir una selección de imágenes extraídas de las planchas de la *Encyclopédie*, asumiéndolas como oportunas ilustraciones del presente volumen, las cuales hacen lógicamente directa referencia a los términos estudiados. Sin duda, queda patente en ese conjunto iconográfico el relevante papel desempeñado por la mujer en tales menesteres. Tampoco faltan las figuras de los menores de edad, encuadrados activamente en ese entramado laboral de la época. Se trata, pues, de significativos documentos de carácter técnico y humano, a los que no hemos querido renunciar, como objeto de reflexión y de respaldo visual.

Finalmente, en el momento de abordar la cuestión, siempre básica e imprescindible, de los necesarios agradecimientos, queremos comenzar mencionando, con sinceridad, la continuada, efectiva y experimentada labor de Josep Monter, auténtico motor de este proyecto, en quien el MuVIM y su dirección ha encontrado siempre, por fortuna, la mejor predisposición y una plena dedicación, nunca carente de entusiasmo.

Otro tanto cabe afirmar al referirnos al Departamento de Publicaciones del Museo, cuyo representante es Ricard Triviño, siempre pendiente personalmente de su tarea hasta en los mínimos detalles y con la máxima responsabilidad. Tampoco, sin la labor de la propia Biblioteca de Investigadores y el sólido equipo dirigido por Anna Reig –justo es reconocerlo así– este proyecto de edición hubiera sido tan fácilmente viable, ni se hubiera conseguido en el tiempo disponible.

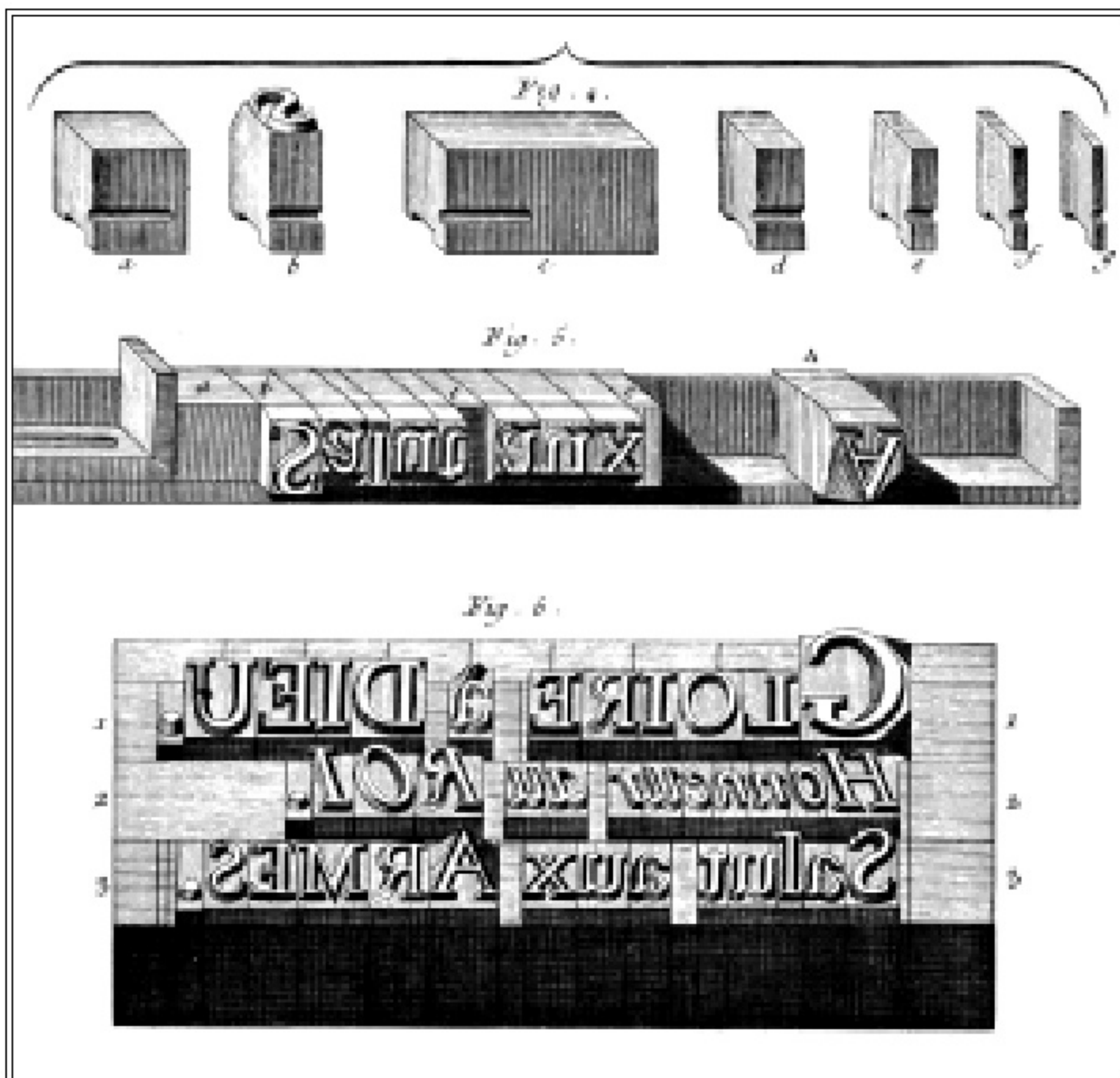
De hecho, todo el personal del museo, como viene siendo ya habitual, desarrolla un puntual seguimiento y pone en marcha su total respaldo a cualesquiera iniciativas comunes del MuVIM. Por eso mismo no es posible limitarnos exclusivamente ahora a subrayar sólo las aportaciones directas de las personas involucradas, sin

hacernos eco también de todo el resto de intervenciones colaterales habidas constantemente, a lo largo del proceso.

En realidad, siendo sinceros, ya tenemos planificado el calendario de publicaciones para el próximo año. Así es el solvente ritmo impuesto al museo por el equipo –dictado sobre todo por el mutuo contagio y la dedicación, siempre compartidos– que hace factible el programa de nuestras investigaciones y los públicos resultados satisfactoriamente obtenidos.

MuVIM. València / Vila Real de Santo António. Algarve. Portugal.
Ambos lugares pertenecen al
Foro de Ciudades y Entidades de la Ilustración.
Julio-agosto 2007.

Romà de la Calle
Director del MuVIM



INTRODUCCIÓN

ENTRE ESCRITURAS Y LIBROS

1. Scriptura nutrit memoriam

“La escritura alimenta la memoria”. El preámbulo de un documento jurídico del siglo XII proclamaba de este modo la necesidad de la escritura para evitar el olvido. El anónimo autor de dicho texto era consciente de que el paso del tiempo y la ausencia de escritura resultaban perniciosos, ya que hacían desaparecer los derechos y la propiedad de las cosas. Y el olvido, cuando es involuntario, produce caos, desorden; si, por el contrario, es voluntario, facilita la convivencia, siempre y cuando los implicados así lo deseen. Contrariamente, los regímenes autoritarios han impuesto y fomentado silencios y olvidos con la voluntad de hacer prevalecer sus fechorías. Afortunadamente para nosotros, como decía Mario Benedetti: “se olvidaron de olvidarse del olvido”, y sus desmanes no los borró el paso del tiempo. El silencio impuesto revela siempre las acciones de quienes pretendieron zafarse en él.

Nuestras vidas son también efímeras, transitorias y contingentes; “*Com no sia nenguna cosa pús certa cosa que la mort e pús incerta que la hora d’aquella*”; o “*Quoniam nullus in carne posi-*

tus mortem evadere potest”, proclamaban los testamentos medievales. Al final del camino, ante el acantilado de la muerte, cuántos desasosiegos, cuántas ilusiones inalcanzadas, cuántas esperanzas truncadas. Frente a la desesperanza, la escritura invita a superar su vacío; tal vez es el único fármaco que permite sobrevivir. La memoria escrita, aunque sea personal, se presenta como un antídoto. En ella nos refugiamos para que se recuerde nuestro paso por esta temporalidad finita. Sobreviviremos a este breve tránsito en el recuerdo que los demás tengan de nosotros. No en vano, el canciller don Pedro López de Ayala comenzaba el *Proemio a las crónicas de los reyes de Castilla don Pedro, don Enrique II, don Juan I y don Enrique III*, afirmando: “La memoria de los omes es muy flaca, e non se puede acordar de todas las cosas que en el tiempo pasado acaescieron”. Ya lo decía Platón, cuando por boca de Fedro explicó los orígenes de la escritura, afirmando que los egipcios serían capaces de recordar más acontecimientos gracias a la escritura.

La escritura comenzó a fijar las experiencias humanas enhebradas en un mar infinito de palabras, todas las que han resultado necesarias para expresar la realidad y detener el tiempo. Y al fin, el inmenso mar de las palabras alcanzó forma en los textos; experiencias que, intencionadamente o no, sus autores trasladan al futuro. El recurso a la escritura sitúa la información pronunciada en un espacio, en un lugar en el que su autor vence la temporalidad; y allí, embalsamada, espera la venida del lector que sea capaz de devolverle la vida, siquiera momentáneamente. Así pues, la escritura, venciendo la temporalidad, ha generado una posibilidad comunicativa infinita en el dominio de la lectura.

El recurso a la escritura surge por oposición a la palabra pronunciada *hic et nunc*. Y así lo definió el apóstol San Pablo cuando en la segunda epístola a los Corintios [3, 6] proclamaba: *Littera enim occidit, spiritus autem vivificat* [Pues la letra mata, mas el Espíritu da vida]. Vida y muerte, diálogo y silencio. Dos espacios comunicativos antagónicos y opuestos se definen a partir de este momento: uno, caracterizado por la oralidad, el otro, por la escri-

tura. Y frente a la simultaneidad y al intercambio de la oralidad, triunfan la ausencia y el silencio, como definitorios de la escritura. Por eso en el *Fedro* se precisa que, a las preguntas del lector, el texto responde con el más altivo de los silencios. A pesar de ello, la memoria escrita genera un espacio ilimitado para el diálogo, para el encuentro, para la experiencia. El paso del tiempo hace que se presenten ante nosotros como la memoria escrita de las sociedades que la reciben en herencia, la custodian y la transmiten a las generaciones venideras. Es su memoria y en ella encuentran su identidad. Porque no hemos de olvidar que nosotros vivimos de recuerdos, de los acontecimientos que jalonan nuestras vidas y, especialmente, de los que leemos en los textos que configuran la cultura occidental. Esta memoria escrita permite no sólo encontrar nuestra identidad, también la de los otros, la de todos aquellos que pensaron, vivieron y se comportaron de manera diferente, incluso opuesta a nuestra manera de ser. Reconocemos, pues, en los textos a los otros; aprendemos a ser respetuosos con lo diferente, con lo diverso.

La experiencia acumulada por las palabras se presenta ante nosotros como la conjura del *tempus fugit et vitam senescit*. Detiene el tiempo. Y, al detenerlo, las *voces paginarum* puestas en orden hablan de todo. Por todas partes, sobre soportes infinitos, los seres humanos han registrado informaciones dispares, han escrito el mundo, existente y los posibles. Esta apropiación del espacio de escritura aparece como una metáfora constante del mundo, de los seres que lo habitan y de sus formas de pensar.

2. La materialidad de los textos

Los soportes empleados para fijar el palpitar del tiempo han sido múltiples y variados a lo largo del tiempo. Desde el Tercer Milenio a. C. hasta nuestros días los seres humanos han aprovechado cualquier material para detener el tiempo. Da la impresión de que ante la necesidad de escribir, desde siempre, se hubiese tenido conciencia de que cualquier lugar podía transformarse en el

soporte necesario. Los grafitos, aunque representativos de una escritura que nace con voluntad transgresora, también lo recordaban, *Les murs ont la parole* del mayo parisino de 1968 o del romano *Scrivite dappertutto*, o incluso *Scrivere è bello*. En realidad ya estaba presente en Daniel 5, 25 cuando una mano irrumpió en el banquete de Baltasar y escribió sobre la pared: “Mené, Tequel y Parsin” (*haec est autem scriptura quae digesta est Mane Thecel Phares* [Esta es, pues, la escritura trazada: Mené, Tequel y Parsín]). La entrada en escena de la mano justiciera se explica en Daniel 5, 5: “De pronto aparecieron los dedos de una mano humana que se pusieron a escribir, detrás del candelabro, en la cal de la pared del palacio real, y el rey vio la palma de la mano que escribía” (*in eadem hora apparuerunt digiti quasi manus hominis scribingentis contra candelabrum in superficie parietis aulae regiae et rex aspiciebat articulos manus scribingentis*).

Si los soportes de escritura han sido múltiples, otro tanto ha sucedido con las formas de las escrituras. Las diferentes materialidades adoptadas por los sistemas gráficos, constituyen metáforas de las culturas que se han servido de ellas. Desde las formas toscas de los comienzos hasta las escrituras virtuales, la historia de la escritura no sólo ha permitido desvelar –a las generaciones posteriores– los textos transmitidos, sino también ha puesto de relieve aspectos muy significativos de las culturas que se sirvieron de ella. Manuscritas, impresas, digitales, constituyen un capítulo singular del progreso humano encaminado a registrar cuantas informaciones se desea conservar. Constituyen una metáfora del mundo y de su diversidad, de su pluralidad, de sus diferencias, de su riqueza en definitiva.

Soportes materiales y formas gráficas, en sus respectivas diversidades, se presentan como elementos clave de un proceso comunicativo. La dimensión material del texto es la que permite el encuentro entre el autor y el lector. Y en este contexto, los mecenas, los copistas, los impresores intervienen de manera decisiva.

3. Silencio creativo: negro sobre blanco

*Se pareba boves
Alba pratalia araba
Et albo versorio teenba
Et nigrum semen seminaba*

*Hacía avanzar a los bueyes
Araba blancos prados
Y utilizaba un arado blanco
Y sembraba una simiente negra*

Una simiente de color negro, como recordaba la adivinanza del Oracional de Verona, ha fecundado infinidad de espacios vírgenes, páginas blancas, en los que la humanidad ha ido hilvanando sus recuerdos; y una vez contruidos, los ha almacenado con la voluntad de hacerlos perdurar en el tiempo, transmitiéndolos al futuro. En el momento de la creación, la escritura permite al autor encontrarse consigo mismo; propicia una introspección, una especie de catarsis. Y todo ello sobre un espacio indeterminado, la hoja en blanco de Michel de Certeau; en ella el autor puede construir una realidad alternativa, dando rienda suelta a su imaginación. El folio blanco, del mismo modo que la arena de la playa, se trueca en un libro infinito; cualquier signo gráfico sobre la arena desaparece inmediatamente al borrarlo las olas. En esta ocasión, la arena y el folio blanco aparecen como la metáfora de la libertad creadora y también de la responsabilidad individual del autor situado ante el acantilado que representa la ausencia y el vacío.

Quienes a lo largo de la historia han creado los textos eran conscientes de la importancia de sus actos; detenían el tiempo, sustraían una información a la temporalidad, hacían permanecer el texto y proyectaban al futuro una imagen de sí mismos, la que a ellos más les interesaba. La heterogeneidad de los textos que han sobrevivido es fruto de una pléyade de autores, productores de textos de naturaleza dispar, que se presentan ante la colectividad como creadores de lugares y diseñadores de realidades. Han tejido urdimbres que el tiempo ha configurado como experiencia, memoria, colectiva. Sin embargo, los textos no son inmateriales, no son abstractos; al contrario, si existen, circulan y se transmiten de generación en generación, es por la materialidad que les da vida.

El proceso comunicativo resulta posible gracias al soporte material que pone en contacto al autor con el lector.

4. En la encrucijada

La encrucijada (*cruïlla*, *crocevia*, *Kreuzung*) dentro de la cultura escrita constituye un encuentro de singular relieve en el proceso comunicativo. Los elementos que la configuran son: 1.- la dimensión material (testimonio del alejamiento de la enunciación, de su *hic et nunc*). Esta sustracción de la temporalidad es la que permite volver siempre al texto; 2.- el autor, presente en el texto a través de sus ideas; 3.- el texto en una materialidad determinada. Éste no existe desprovisto de su corporeidad. Tal vez por ese motivo, cuando pensamos en un texto, siempre lo asociamos a un aspecto material concreto. Jorge Luis Borges recordaba: “aquellos volúmenes rojos con letras estampadas en oro de la edición Garnier. En algún momento la biblioteca de mi padre se fragmentó, y cuando leí *El Quijote* en otra edición tuve la sensación de que no era el verdadero. Más tarde hice que un amigo me consiguiera la edición de Garnier, con los mismos grabados en acero, las mismas notas a pie de página y también las mismas erratas. Para mí todas esas cosas forman parte del libro; considero que ése es el verdadero *Quijote*”. En otra ocasión describía una edición del año 1966 de la *Enciclopedia de Brokhause* del siguiente modo: “Yo sigo jugando a no ser ciego, yo sigo comprando libros, yo sigo llenando mi casa de libros [...] Ahí estaban los veintitantos volúmenes con una letra gótica que no puedo leer, con los mapas y grabados que no puedo ver; y sin embargo, el libro estaba ahí”.

Los tiempos recientes nos han obligado a leer en fotocopia y en la pantalla del ordenador, lo que hace desaparecer la identidad material del texto. La materialidad ha estado determinada por un conjunto heterogéneo de personas que mediatizaban el encuentro. En la época de la cultura manuscrita, copistas y comitentes deciden de qué modo circulará el texto, cuál será el formato que hará posible el encuentro. En la época de la cultura impresa, los impresores, tipógrafos, cajistas,

componedores y correctores participan activamente en el proceso. Recuérdesse la visita de Don Quijote a la imprenta barcelonesa en la que fue testigo del proceso productivo. Recientemente, las editoriales comerciales intervienen decididamente en la factura final de los objetos escritos que lanzan al mercado.

La aparición del libro digital ha definido nuevamente la encrucijada en la que se produce la lectura. Permite que el lector establezca una nueva relación con el texto que, ahora, circula en la red informática. Podrá leerlo sobre la pantalla, lo que ha hecho desaparecer la materialidad fundamental para quienes nos hemos formado en la cultura escrita tradicional. Ahora el lector, además de leer en la pantalla, puede manipular / transformar –actuando como editor– a su antojo la presentación del texto. La escritura virtual le permite definir las formas que a él más le interesan. En la definición de esta nueva modalidad de encuentro, surgen infinitas posibilidades de usos de los textos por parte de los lectores que semejaban quimeras inimaginables tan sólo hace unos decenios.

Finalmente, 4.- el lector. A sus manos llega el texto. En su soledad, al abrir el libro, encuentra los indicios, las huellas, que todas las personas mencionadas han ido superponiendo. Improntas de diverso género se sucederán acompañándolo en su deriva, en la lectura que realice del texto. Y el lector lee. No siempre igual, no siempre del mismo modo, no siempre con la misma intensidad. La historia de la cultura escrita del mundo occidental pone al descubierto las diversas modalidades practicadas por los lectores a lo largo del tiempo. Las lecturas posibles son inimaginables, tal vez somos incapaces de concebirlas, de pensarlas y de imaginarlas.

La lectura, desembarazada de cuantas limitaciones la constriñen y la convierten en un castigo, se presenta como un espacio de libertad en el que dar rienda suelta a la imaginación. Permite estar aquí y en otro lugar al mismo tiempo; es posible, gracias a ella, viajar a través del espacio y del tiempo desde un lugar concreto, nuestro estudio en el que encontramos nuestros libros preferidos, nuestros incondicionales compañeros de esa aventura fascinante.

Es, además, el espacio en el que nos sentimos libres completamente. Y la libertad del lector comienza por la selección de los libros que él pretende leer para lo cual conviene disponer de criterio suficiente; sólo se dispone de criterio cuando el lector practica con frecuencia la lectura. En realidad, el lector comienza a ejercer su libertad lectora cuando elige el texto que quiere / desea leer. Este espacio de libertad no es percibido del mismo modo por todos los potenciales lectores: para algunos es preciso tutelar a los lectores porque la maldad del texto le puede inducir, sin ser consciente de ello, a error. Desgraciadamente, las mentes bienpensantes de la sociedad han creado cánones, decálogos, propuestas de lectura que podemos compartir o no. Y todos estos repertorios generan desconfianza: porque pretenden imponer un sentido, pretenden guiar a quien lee, constriñéndole su libertad individual. El transcurrir del tiempo ha puesto al descubierto la multitud de fechorías cometidas por todos aquellos que impusieron pareceres y criterios a través de las diversas propuestas bibliográficas o cánones de lectura. El espacio de libertad ha sido censurado, limitado, protegido con un celo excesivo. Piénsese, sin más, en los sucesivos índices de libros prohibidos, editados por los tribunales inquisitoriales. Aunque no debemos pensar que las limitaciones hayan concluido tras su desaparición. Muy al contrario, las sociedades han generado mecanismos más sutiles para imponer el sentido de los textos, privando de libertad a sus lectores.

Y todo ello en un contexto en el que constantemente las políticas culturales de los Estados del primer mundo promueven la lectura entre sus ciudadanos. Así las cosas, con cierta frecuencia la lectura se transforma en una especie de deber, de obligación. Y, también, con gran insistencia, las editoriales promueven de manera interesada la venta de determinados productos literarios –como los best-sellers leídos en masa incluso tomando el sol–, creados *ex professo*, como denunció entre otros Miguel Delibes hace unos años, o puso al descubierto la novela *El Premio* de Manuel Vázquez Montalbán.

Y esta no es la peor situación. En ocasiones, la sinrazón y la brutalidad han provocado que la discrepancia con un autor o con un texto se resolviese mediante la agresión física. Y es que quienes se creen poseedores de la verdad, quienes no conciben la posibilidad de que existan otras voces, quienes estiman que la suya es la única interpretación posible de la realidad, proponen el aniquilamiento de aquello que estiman contrario, herético, heterodoxo, diferente. Ray Bradbury advirtió, en *Fahrenheit 451*, del peligro de semejantes aventuras. Y es que, a pesar de todo, son muchos los que todavía hoy no comparten que la realidad es plural; razón por la cual la multiplicidad de posiciones es legítima. Y la realidad histórica pone al descubierto la gran cantidad de fechorías, de desmanes, cometidos por quienes se erigen en salvadores de no se sabe muy bien qué valores comunes y se arrogan el derecho de imponer su criterio. Su obcecación les impide darse cuenta de que los textos, aunque violentados, afortunadamente continuarán proponiendo lo mismo. Las palabras fijadas en el soporte gráfico sobreviven. Escribir, como decía Marguerite Duras, constituye la respuesta a la voluntad y el deseo de permanecer en el tiempo.

El presente, con obstinada insistencia, expone a nuestra mirada infinidad de ejemplos, que muestran cuán grande es el camino que todavía tendremos que recorrer hasta hacer triunfar una visión plural frente a quienes con voluntad “salvífica” oponen la suya. Desconfíese de estos últimos porque anteponen su interés al de la colectividad.

Las mentes bienpensantes, desde que apareció la imprenta, siempre han desconfiado de la presencia multitudinaria de textos y han decidido guiar al lector. La Europa Moderna asistió con respeto, admiración e, incluso, desconcierto, a la aparición de multitud de guías de lectura, las *Bibliothecæ selectæ*. Debe desconfiarse de estas guías de lectura, ya que su objetivo fue el de transmitir una única visión de la realidad. Para saber navegar entre tantos y tantos libros, la única guía de lectura es la experiencia lectora, a la que se refería Hans Georg Gadamer. Una práctica continuada de

lectura proporcionará elementos más que suficientes para discernir sobre la calidad de los textos y nos permitirá renunciar a algunas lecturas, que imponen el mercado, así como la moda, que se complace leyendo los productos destinados a las vacaciones estivales o los premios resueltos en las proximidades de celebraciones, en las que se regala a familiares y amigos, entre cuyos objetos se encuentran los libros como mercancía.

Ante la cuantía de textos que leer, tal vez debamos preveniros para aprender a detectar los libros que realmente nos interesan, como Francisco de Quevedo, retirado en su torre y acompañado “con pocos pero doctos libros”. Y esa cantidad infinita, a cuya tiranía nos somete la red informática, con cierta frecuencia nos impide pensar, nos aleja de nosotros mismos. No resulta ocioso tener presentes las palabras de Schopenhauer, para quien “la lectura no es más que un sucedáneo del pensamiento personal”. Así pues, la experiencia del texto debe servirnos como lección, que nos ayuda a construir un futuro plural y participativo. Si por el contrario, su lección pretende imponernos una visión obsoleta, limitada y única de la realidad, tal vez convenga no prestarle mucha atención.

5. Archivo / Biblioteca: memorias de otrora

Los textos están destinados a que futuros lectores entren en contacto con ellos mediante la lectura. Pero, el paso del tiempo no transcurre en vano, sino que aleja el texto de sus potenciales lectores. Este distanciamiento está motivado por los elementos que tejen el texto, entre las que conviene mencionar la escritura, cuando se trata de textos antiguos; la lengua y las instituciones presentes en el texto y ausentes en el momento en que se lee. Jorge Luis Borges se ha referido a la sedimentación del tiempo sobre los textos afirmando que, cuando se lee un libro, es como si se leyera a la vez todo el tiempo de existencia del mismo. Y también Nikolaus Harnoncourt, refiriéndose a la *Pasión según San Mateo* de Johan Sebastian Bach, decía que estábamos acostumbrados a oír dicha

composición musical siguiendo la interpretación de los movimientos artísticos posteriores. Y Borges, a propósito del *Hamlet*, decía: “*Hamlet* no es exactamente el *Hamlet* que Shakespeare concibió a principios del siglo XVII, *Hamlet* es el *Hamlet* de Coleridge, de Goethe y de Bradley. *Hamlet* ha sido renacido. Lo mismo pasa con el *Quijote*. Igual sucede con Lugones y Martínez Estrada, el *Martín Fierro* no es el mismo. Los lectores han ido enriqueciendo el libro”. Voces derivadas, secundarias, se superponen a las principales, a las primitivas, y no dejan oír el rumor de las creadoras y originales. Aprender a oírlas en el inmenso mar resulta hartamente complejo; la mejor lección nos la proporcionan los propios textos.

La distancia que aleja los textos sólo se puede superar gracias a la intervención de un editor, que traslada el texto del pasado a un presente, el que en el futuro se encuentra con él. El alejamiento sólo puede superarse mediante la edición del mismo, es decir recuperando el conjunto de elementos que hace posible su comprensión absoluta. Y esto sólo se puede conseguir con la erudición, que es capaz de situarse en la confluencia de elementos que tejieron el texto.

La edición del texto presenta con frecuencia problemáticas próximas a la traducción, para la que se requiere la intervención de alguien que lea y comprenda el original y, a su vez, sea capaz de hacer comprensible un mensaje a un número amplio de potenciales lectores. De este modo se amplía considerablemente el círculo comunicativo en el que alcanza sentido la vida del texto.

Ahora bien, si podemos encontrarnos con textos del pasado, es porque nuestros antepasados crearon unos espacios destinados a albergar la memoria escrita. Los archivos y bibliotecas y los libros, decía Emilio Lledó, “son el frente invencible de esa singular batalla contra el tiempo”. La escritura, ya lo recordaba Marguerite Duras, representa la respuesta a la voluntad de permanecer; su empleo ha dado lugar a un inmenso mar de textos, cuya importan-

cia no ha pasado por alto. Y, como respuesta al capital informativo que atesora la memoria escrita, las jerarquías sociales han decidido conservarla de manera organizada según sus intereses particulares; se han convertido en los respectivos *domini*, propietarios, de la memoria escrita. A nosotros nos han transmitido una parte muy seleccionada de lo que los tiempos pretéritos han creado. Nosotros, ingenuamente o no, creemos que estamos en posesión de la totalidad; olvidamos que pertenece a un propietario y que su uso no es de dominio público. La actualidad y el triunfo de la escritura virtual obligan a reflexionar sobre lo que perdurará en archivos digitales. ¿Qué memoria será capaz de resistir y permanecer en el tiempo? Tal vez no cambien mucho las cosas y, como siempre, existirá un *dominus* que gestionará la memoria, decidiendo qué se debe conservar.

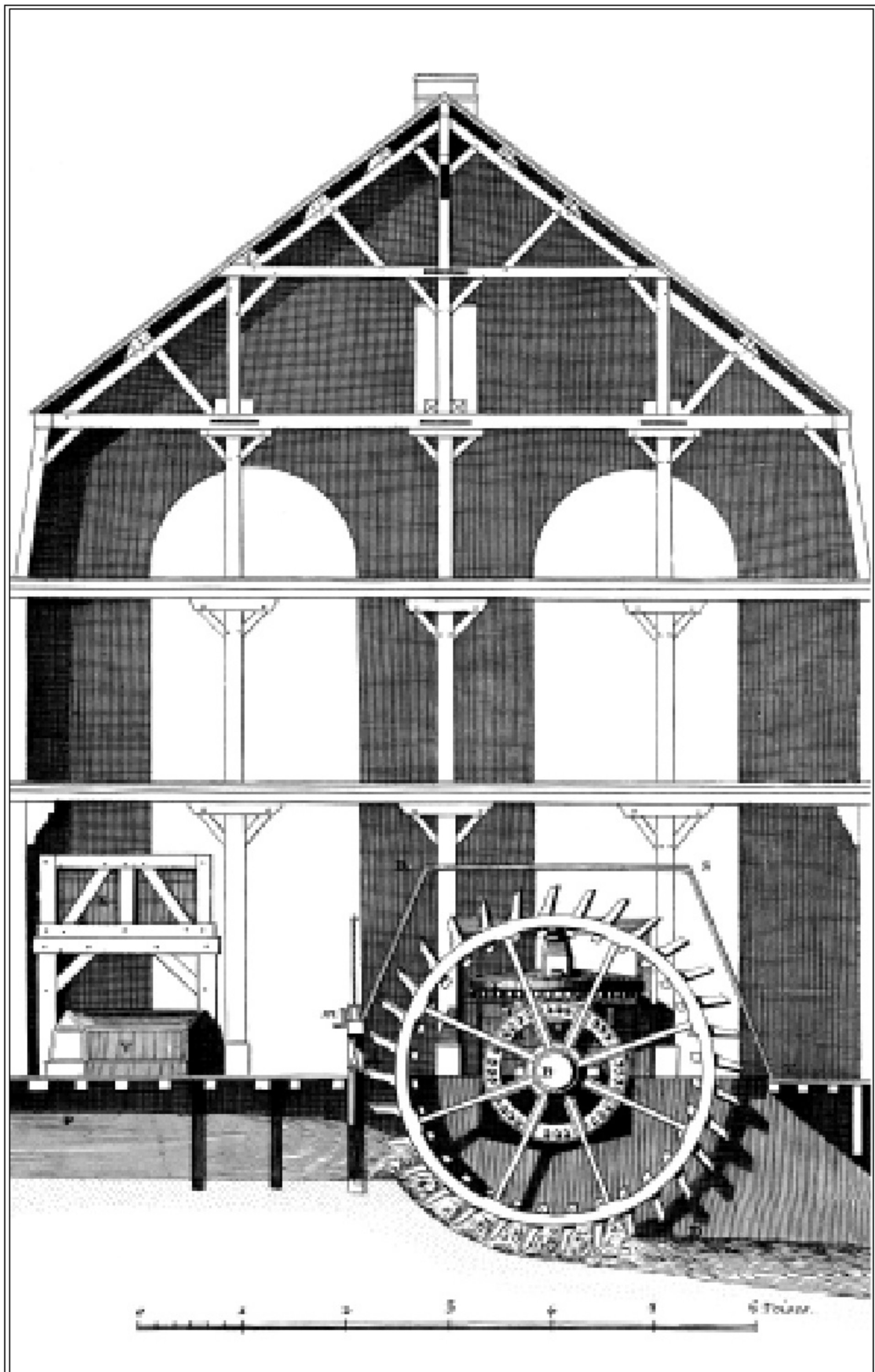
El inmenso mar de libros, que podemos leer nosotros hoy, constituye una mirada al mundo, es una biblioteca infinita. En ella localizamos múltiples experiencias que nuestros antepasados nos han transmitido. Es una galería de recuerdos que semeja la descrita por san Agustín en sus *Confesiones*: “Recalo en los solares y en los amplios salones de la memoria, donde están los tesoros de las incontables imágenes de toda clase de cosas que se han ido almacenando a través de las percepciones de los sentidos. Allí están almacenados todos los productos de nuestro pensamiento. Los hemos ido adquiriendo mediante ampliación, reducción o todo tipo de variación de todo aquello que ha caído bajo el radio de acción de los sentidos. También está en nuestra memoria en custodia y depósito todo cuanto no ha sido aún devorado y sepultado por el olvido”.

Es, además, un espacio de libertad, siempre que las instituciones bienpensantes no nos impongan su canon bibliográfico. Con frecuencia los guardianes de la ortodoxia se sienten tentados de imponer una visión de la realidad, la suya; al promoverla, no esca-

timan esfuerzos y violentan, si lo estiman necesario, el conjunto de textos que configuran el patrimonio textual de la humanidad; un patrimonio con el que nos identificamos a pesar de que ha sufrido exclusiones.

Los textos y sus materialidades se configuran como un espacio comunicativo en su integridad y en su interrelación recíproca. Ambos permiten dirigir una mirada a través del espacio y del tiempo. ¡Cuántas lecciones, cuántas experiencias podemos conocer gracias a ellos! Tal vez no somos lo suficientemente conscientes de nuestra fortuna.

Francisco M. Gimeno Blay
Universitat de València. Estudi General
Algimia de Almonacid
El día de santa Elena, 2007



PAPEL

Papel, invento maravilloso, de tan gran utilidad para la vida que fija la memoria de los hechos e inmortaliza a los hombres. Sin embargo, este papel admirable por su utilidad es el simple producto de una sustancia vegetal, por lo demás inútil, deteriorada artificialmente, triturada, reducida a pasta en el agua y, luego, moldeada en hojas cuadradas de diferentes dimensiones, delgadas, flexibles, encoladas, secadas, prensadas y, así, aptas para que se escriba en ellas los propios pensamientos y transmitirlos a la posteridad (ver Papeterie).

El término papel proviene del griego *papyrus* (ver), nombre de esa célebre planta de Egipto, que tanto utilizaron los antiguos para la escritura.

Sería demasiado largo especificar aquí todas las diferentes materias sobre las que los hombres, en diferentes épocas y lugares, se las han ingeniado para escribir sus pensamientos; baste decir que, una vez descubierta la escritura, se practicó sobre cualquier material sobre el que se pudiera plasmar: piedras, tablillas de arcilla, hojas, pellejos, cortezas, tejidos vegetales; también sobre placas de plomo, tablillas de madera, de cera o de marfil, hasta que se inventó el papel egipcio, el pergamino, el papel de algodón o de cor-

teza vegetal y, en los último siglos, el papel hecho a partir de tela o de trapos. (Ver Maffei, *Hist. diplom. liv. II. Bibl. ital. tom. II.* Leonis Allati, *Antiq. etrusc.* Hug. de *Scripturoe origine*, Alexand. ab Alexand. *I. II. c. xxx.* Barthol. *Dissert. de libris legendis*).

En algunos siglos bárbaros y en determinados sitios se escribió sobre piel de pescado, sobre tripas de animales y sobre conchas de tortugas. (Ver Mabillon *de re diplom. I. I. c. viij.* Fabricii *Biblioth. nat. c. xxj. &c*).

Sin embargo, son principalmente las plantas las que han servido para escribir: de ahí proceden los diferentes términos de *biblos*, *liber*, *folium*, *filura*, *scheda*, etc. En Ceylán se escribía sobre hojas de palmera [india], antes de que los holandeses se adueñaran de esta isla. El manuscrito *bramin* en lengua *tulingia* enviado a Oxford desde el fuerte Saint Georges está escrito sobre dos hojas de palmera de malabar. Herman habla de otra palmera de las montañas de este país, que tiene hojas plegadas y de algunos pies de largas: sus habitantes escriben entre los pliegues de esas hojas separando la superficie de la piel. (Ver Kuox, *Hist. de Ceylan, I. III. Philosoph. Trans. n°. 155. & 246. Hort. ind. Malab. &c*).

Los habitantes de las islas Maldivas escriben también sobre las hojas de un árbol llamado *macaraquean*, de una longitud de tres pies y una anchura de uno y medio. En diferentes regiones de las Indias orientales las hojas del banano servían para escribir antes de que las naciones comerciantes de Europa les enseñara a usar el papel.

Ray, *Hist. plant. tom. II. lib. XXXII.* nombra algunos árboles de las Indias y de América, cuyas hojas son muy adecuadas para escribir: de la sustancia interior de esas hojas se extrae una membrana blanquecina, ancha y fina como la película de un huevo, sobre la que se escribe bastante bien; sin embargo, el papel artificial, incluso el papel basto, es mucho más cómodo.

Los habitantes de Siam, por ejemplo, de la corteza de un árbol, que ellos llaman *pliokkloi*, hacen dos tipos de papel, uno negro y

otro blanco, rudos y mal fabricados, que pliegan como libro de forma parecida a un abanico; escriben sobre las dos caras de los mismos con un punzón de tierra arcillosa.

Las tierras más allá del Ganges hacen su papel de la corteza de muchos árboles. Los demás pueblos asiáticos de esta parte, entre ellos los negros que viven más hacia el sur, lo hacen de viejos andrajos de algodón, pero ese papel, por falta de conocimientos, de método y de instrumentos, es bastante pesado y burdo. No diría lo mismo del papel de China y de Japón, pues merecen todo nuestro respeto por su finura, belleza y variedad.

En los viejos monasterios aún se guardan algunos tipos de papeles irregulares manuscritos, cuya composición resulta difícil determinar incluso para los especialistas; por ejemplo, el las dos bulas de los antipapas, Romanus y Formose, del año 891 y 895, que se encuentran en los archivos de la iglesia de Gerona. Estas bulas miden cerca de dos varas de largo y casi una de ancho; parecen compuestas de hojas de membranas encoladas transversalmente y la escritura aún es legible en varios pasajes. Los sabios de Francia han hecho diversas conjeturas sobre la naturaleza de este papel, al que el abad Hiraut de Belmont ha dedicado un tratado. Unos pretenden que se trata de un papel hecho de algas marinas; otros, de hojas de un junco llamado *la bogua* [sic], que crece en la marisma del Rosellón; otros, de papiro; otros, de algodón; y otros, de cortezas. (Ver *Mém. de Trévoux, Septembre 1711*).

En fin, Europa, al civilizarse, ha encontrado el arte ingenioso de hacer papel con ropa vieja de cáñamo o de lino; a partir de este descubrimiento se ha perfeccionado la fabricación del papel de trapos hasta el punto de que no se puede desear nada más al respecto.

Desde hace poco tiempo, a partir de ahí algunos físicos han intentado ampliar las expectativas que se podían tener sobre el papel examinando si se podía llegar a hacer papel con la corteza de algunos árboles de nuestros climas o incluso con madera descompuesta; algunos ensayos han confirmado esa esperanza. Era bas-

plantas del extranjero podía ofrecerle de por sí una pasta apropiada para trabajar con mayor seguridad con la pelusa de las que crecen aquí, como por ejemplo los cardos o las que, siendo de fuera, pudieran adaptarse bien a nuestro clima, como los arbustos lechosos [apocyn] de Syrte, etc.

La seda de nuestros versos escritos sobre seda es un bien demasiado precioso y no es tan abundante como para emplearlo inmediatamente en la fabricación de papel; sin embargo, tenemos una especie de oruga, llamada común, que no merece demasiado ese nombre, pues produce una gran cantidad de seda; con esta seda, casi inútil hasta hoy, Guettard ha hecho sus experimentos y con más éxito del que esperaba: el papel que ha conseguido tiene fuerza y sólo le falta blancura.

En Inglaterra se ha hecho papel con ortigas, nabos, carlota, hojas de col, lino y otros vegetales fibrosos; también con lana blanca; este papel de lana no sirve para escribir porque es demasiado algodonoso, pero podría servir para el comercio. (Ver Houghton, *Collections*, n°. 360. t. II. pag. 418. & suivantes).

En resumen: se ha conseguido hacer papel con toda suerte de materias vegetales y una infinidad de sustancias, que desechamos como inútiles; no tengo dudas de que aún se podría hacer de tripas de animales, incluso de materias minerales algodonosas, pues ya se hace de amianto o de asbesto; con todo, lo importante sería conseguir uno que costara menos que el papel de andrajos, pues de no ser así todas las investigaciones de este tipo no son más que pura curiosidad.

Sobre el papel se puede leer: Leonis Allatii, *antiquitates etruscoe; nigrisoli de chartâ ejusque usu apud antiquos*, obra que se encuentra en la *galeria di Minerva*; Mabillon, *de re diplomaticâ*; Montfaucon, *Palaeographia groeca*; Maffei, *Historia diplomatica, ou Biblioth. italiq. t. II*. Harduinus, *in Plinium*; Reimm. *Idoea system. antiq. litter.* Bartholinus, *Dissertatio de libris legendis*; Polydorus Virgilius, *de rer. invent.* Vossius, *de arte Gram. lib. I.*

Alexand. ab Alexand. *liv. II. ch. 30.* Salmuth *ad Pancirol. l. II. tit. cclij.* Grew, *Mus. rég. societ.* Prideaux, *Connections*; Pitisci, *Lexicon antiq. rom. tom. I. veu charta*; en fin, el *Dictionnaire de Chambers*, cuyo artículo sobre el papel es casi completo; en su *Bibliotheca antiqua*, Fabricius menciona a otros autores sobre este tema.

Trataremos ahora, metódicamente, de:

Papel de Egipto, el más célebre.

Papel de algodón, que vino después.

Papel de corteza interna de los árboles.

Papel de China.

Papel de Japón.

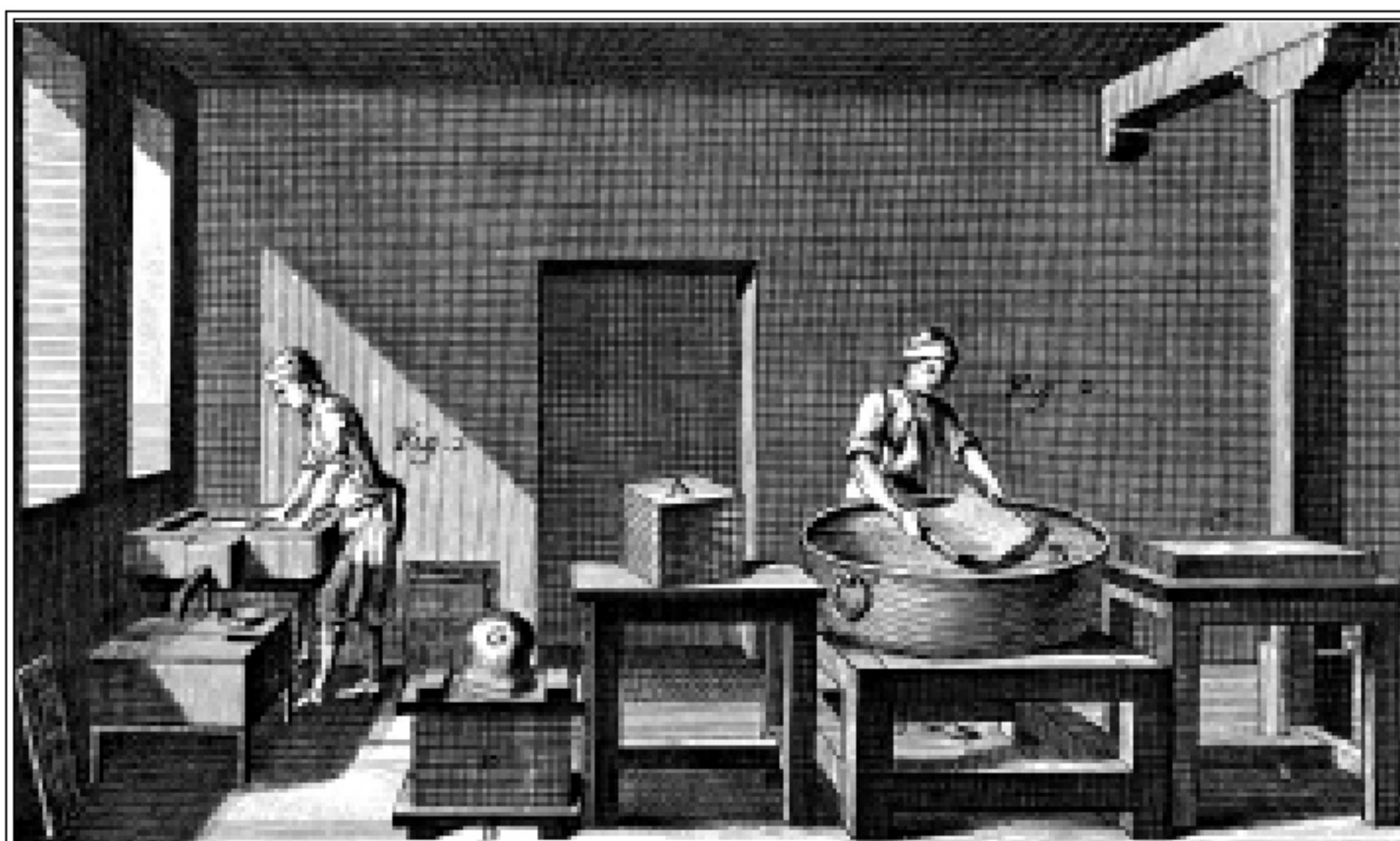
Papel europeo, o sea, de trapo.

Fabricación del papel jaspeado.

Comercio del papel de trapo.

Papel de asbesto o incombustible.

[A]



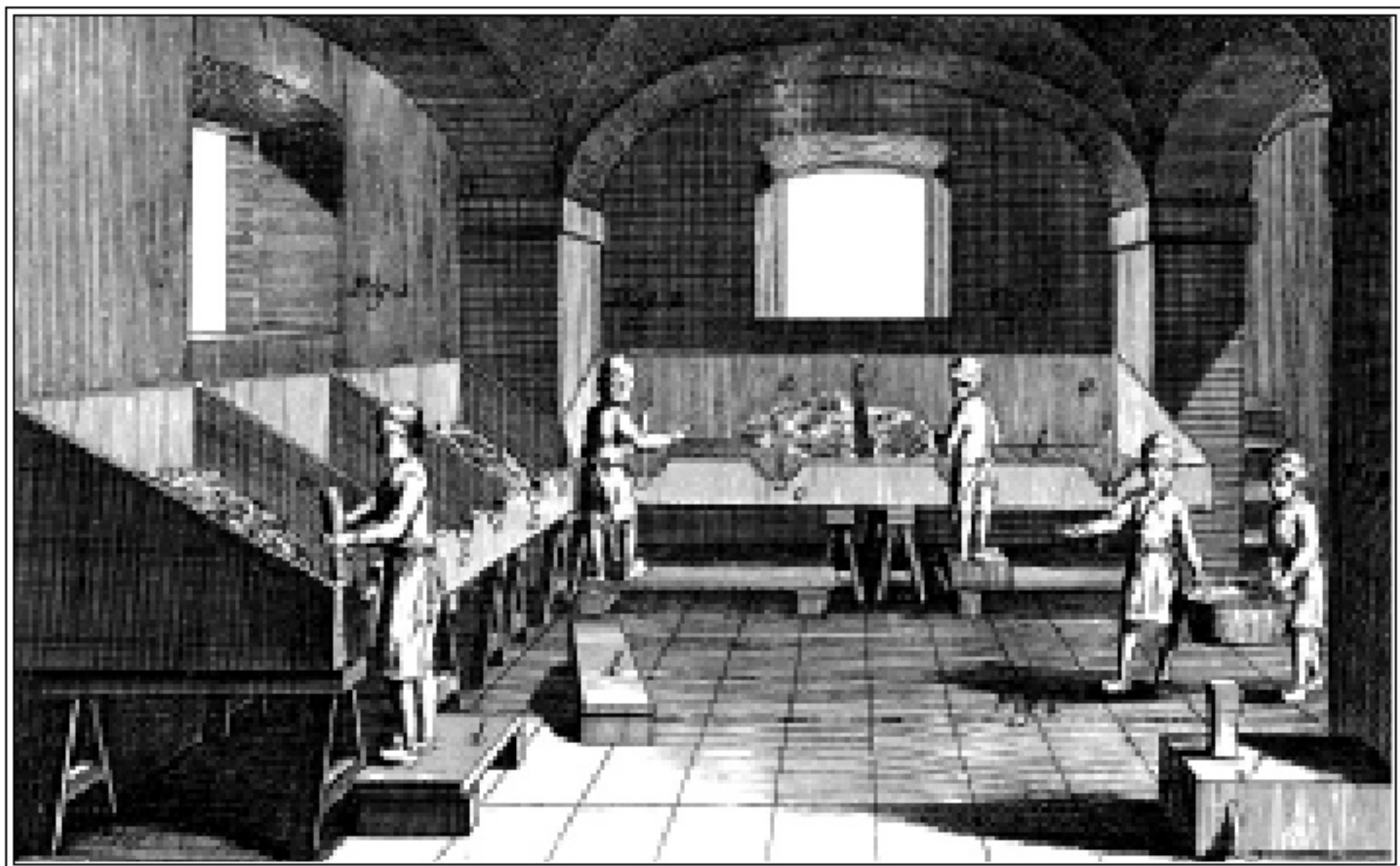
TINTA

Tinta para escribir, en latín *atramentum scriptorium*, licor negro compuesto generalmente de vitriolo romano y excrecencia de roble triturada: todo macerado, hervido y convertido en infusión en agua, con un poco de sulfato de roca o de goma arábica para que el licor tenga más consistencia.

Entre tantas recetas de tinta para escribir indicamos las de Lémèry y Geoffroy; el lector escoja y las perfeccione.

[...]

[Chevalier de Jaucourt]



EDITOR

Se da este nombre a un hombre de letras, que se cuida de publicar las obras de otro.

Los benedictinos han sido editores de casi todos los Padres de la Iglesia. Los padres Lallemant & Hardouin han hecho las ediciones de los concilios. Entre los principales editores hay que nombrar a los doctores de Lovaina, Scaliger, Petau, Sirmond, etc.

Hay dos cualidades esenciales de un editor: entender bien la lengua en que se ha escrito la obra y estar suficientemente instruido en la materia de que se trata.

Quienes hicieron las primeras ediciones de los autores antiguos griegos y latinos fueron hombres sabios, trabajadores y útiles. (Ver el art. Crítica, Erudición, Texto, Manuscrito, Comentadores, etc).

Hay obras, cuya edición supone más conocimientos de los que puede tener un solo hombre. La Enciclopedia es de ese tipo: para su perfección parece que sería preciso que cada uno fuera editor de sus propios artículos; pero eso comportaría demasiados gastos y mucha lentitud.

Como los editores de la Enciclopedia no se arrogan ningún tipo de autoridad sobre los que sus colegas producen, sería tan malo

censurarlos por lo que se pueda percibir de débil en ellos, como alabarlos por lo que se vea de excelente.

No disimularemos que, a veces, percibimos en los artículos de nuestros colegas cosas que no podemos dejar de desaprobar interiormente, de la misma manera que también a ellos les ocurre que ven cosas en los nuestros que les dejan descontentos. Pero, cada uno tiene su manera de pensar y de decir lo que cree; y no se le puede exigir su sacrificio en una asociación, en la que no se ha entrado más que con la tácita convención de conservar la propia libertad. Esta observación se refiere particularmente a los elogios y a las críticas. Nos consideraríamos culpables de una infidelidad muy reprehensible respecto a un autor, si nos hubiéramos servido alguna vez de su nombre para hacer pasar un juicio favorable o desfavorable; y el lector sería muy injusto con nosotros si lo sospechara. Si en esta obra hay algo nuestro de lo que dudemos respecto a atribuirlo a otros, es sobre lo bueno o lo malo que podemos decir de las obras. (ver Elogio).



MAESTROS DE ESCRITURA [*Maîtres écrivains*]

La comunidad de maestros expertos jurados escritores, escribientes y aritméticos, tenedores de libros de cuentas, instituidos por Carlos IX, rey de Francia, en 1570, para la verificación de escrituras, firmas, cuentas y cálculos contrastados; antes de su creación, la profesión de enseñar el arte de escribir era libre, como lo sigue siendo en Italia e Inglaterra. El hecho de que hubiera algunos maestros autorizados por la universidad no impedía la libertad de los demás. Este derecho de la universidad aún subsiste y procede de que antiguamente ésta había enseñado este arte, como una parte de la gramática. Para instruir claramente sobre el origen de un cuerpo, cuyos talentos son necesarios para el público, hay que remontarse un poco en la historia y hablar de los falsificadores.

En todos los tiempos ha habido hombres que se han dedicado a hacer réplicas de las escrituras y a fabricar títulos falsos. Según la Historia de las polémicas sobre la diplomática [*Histoire des contestations sur la diplomatique*], pág. 99, los había en todos los estados: entre los monjes y los clérigos, entre los seculares, los notarios, los escritores y los maestros de escuela. También las mujeres se entrometieron en este ejercicio vergonzoso. Los siglos VI, IX y XI son los que parece que produjeron más falsificaciones. En el siglo XVI hubo un atrevido que falsificó la firma del rey Carlos IX. Los

peligros, a que un talento tan funesto exponía al estado, hicieron reflexionar más seriamente que antes sobre los medios para detener su progresión. Se volvió a poner en vigor las ordenanzas que comportaban penas contra los falsificadores y se formó a hábiles verificadores para que los pudieran reconocer: Adam Charles, secretario ordinario de Carlos IX, a quien había enseñado el arte de escribir, fue encargado de elegir a los especialistas más adecuados al respecto; así, escogió a quienes tenían más experiencia: fueron ocho los que obtuvieron las cartas de acreditación el mes de noviembre de 1570 y se registraron en el parlamento el 31 de enero de 1576. Estas cartas están escritas sobre pergamino en letras góticas modernas, muy bien elaboradas; la primera línea, en oro, ha conservado toda su frescura; como escritura, pueden considerarse una curiosidad del siglo XVI. En ellas se establece como tarea privativa de estos maestros de escritura *verificar las escrituras y firmas contrastadas en todos los tribunales y enseñar el arte de escribir y de la aritmética en París y en todo el reino*.

Este es el origen de la erección de los maestros de escritura, cuya idea se debe a un monarca francés. Nos extenderemos ahora más particularmente sobre esta compañía.

[...]

Es evidente que el establecimiento de estos maestros de escritura procuró a las escrituras una corrección sensible; ya habían aparecido algunas obras con preceptos sobre el arte de escribir. Sin embargo, a pesar de estos apoyos, aún reinaba un mal gusto general, un resto de gótico que amenazaba con perdurar. Consistía en trazos superfluos, en muchas letras diferentes que, demasiado próximas, no favorecían las figuras y en abreviaturas multiplicadas, cuya forma, siempre arbitraria, exigía un estudio particular por parte de quienes buscaban su significado. La conjunción de todos estos vicios hacía que las escrituras cursivas fueran tan difíciles de leer como fatigantes para los ojos. Para eliminar absolutamente estos defectos, el parlamento de París, que ponía tanta atención como el rey en el progreso de este arte, ordenó a los maestros de

escritura unirse y trabajar en la corrección de las escrituras y fijar sus principios. Tras varias reuniones para tratar este asunto en la sociedad de maestros de escritura, Luis Barbedor, por entonces secretario de cámara del rey y síndico, hizo un ejemplar de letras francesas o redondas y Le Bé otro sobre las letras italianas o bastardas; estos dos artistas tenían un mérito superior. El primero, hombre afamado en su arte, era especialista [*savant*] en la construcción de caracteres para las lenguas orientales; el segundo, que no le iba a la zaga en cuanto a escritura, había tenido el honor de enseñar a escribir al rey Luis XIV. Estos dos escritores presentaron las dos obras al parlamento, que tras examinarlas, decidió el 26 de febrero de 1633 que, en el futuro, no seguiría otro alfabeto, otros caracteres, letras y forma de escribir que los figurados y explicados en los dos ejemplares; que estos dos ejemplares se grabaran, buri-laran e imprimieran en nombre de la comunidad de los maestros verificadores de escritura. En fin, que estos ejemplares quedaran a perpetuidad en los archivos de la corte y que las copias que se hicieran de los grabados se distribuyeran por todo el reino para servir de modelo a los particulares y como regla para que los maestros enseñaran a la juventud. Es fácil notar que la finalidad de este dictamen era simplificar la escritura e impedir toda innovación en la forma de los caracteres y en sus principios.

[...]

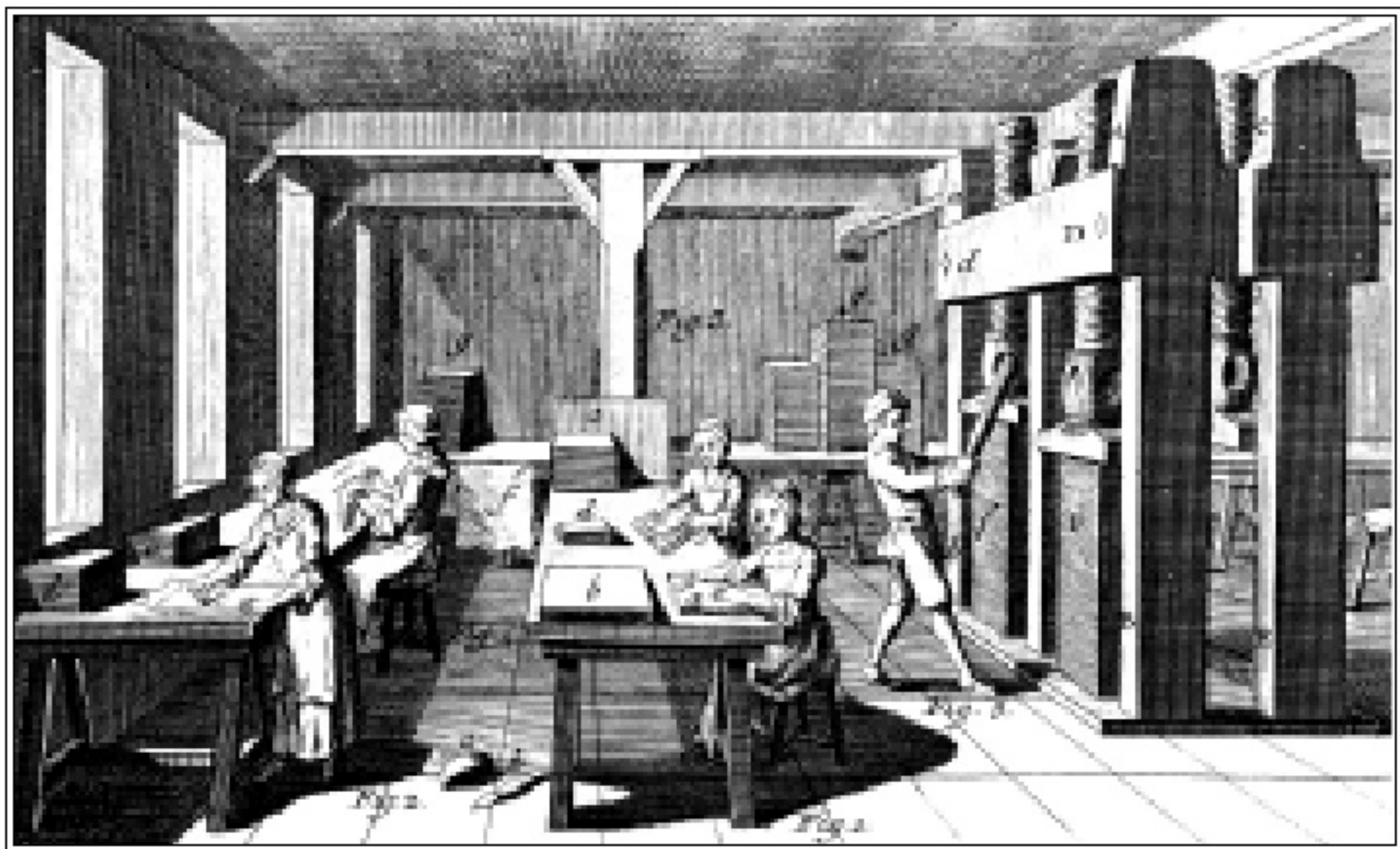
[A continuación, el autor del artículo refiere los estatutos de los maestros de escritura de 1727, confirmados en el parlamento el 3 de septiembre de 1728, para sustituir a los de 1658. Y finalmente, añade:]

Esto es lo más interesante sobre una comunidad, muy floreciente en sus inicios y durante el siglo pasado. Hoy es ignorada y los maestros que la componen se confunden con gente que, no teniendo ninguna cualidad y, a menudo, ningún mérito, se entrometen a enseñar el arte de escribir y la aritmética; por eso se les llama *buissonniers* [montaraces]: este término tiene su origen en los tiempos de Enrique II, cuando los luteranos enseñaban en el

campo, tras los matorrales [*buissons*] por temor a ser descubiertos por el chantre de la iglesia de París. Estos *buissonniers*, por su número, hacen un gran daño a los maestros de escritura: si al menos fueran realmente hábiles y tuvieran el talento de enseñar, el mal sería menor, pues la juventud confiada a sus enseñanzas tendría una mejor instrucción; pero no es así. Lo peor es que estos usurpadores se hacen pasar por expertos jurados y, como su incapacidad se reconoce en su trabajo y en los malos principios de siembran, los verdaderos maestros son considerados con el mismo prejuicio y prevención que ellos.

Sin embargo, si el público quisiera, todos estos pretendidos maestros desaparecerían inmediatamente: no abusarían de su credulidad y sus principios no se multiplicarían tan rápidamente. Para ello, sería preciso que, cuando se pretende transmitir a un joven el conocimiento de un arte cualquiera, uno mismo se esforzara en examinar si quien se propone para enseñar está bien preparado para ello. ¡Cuántos se verían obligados a dedicarse a otro trabajo, para el que tendrían más aptitudes y satisfaría más legítimamente la necesidad que les empuja! Ciertamente no son reprehensibles por buscar los medios para subsistir, sino por la temeridad de pretender instruir a los demás sobre algo que ni la naturaleza ni los estudios les han dado. Los *buissonniers* hacen un daño que es casi imposible reparar: corrompen las mejores disposiciones, hacen perder a la juventud un tiempo precioso, reciben de los padres y madres un salario que no les corresponde, quitan a toda una comunidad los derechos que le pertenecen sin compartir con ella las cargas que el gobierno le impone. Así, pues, interesa tanto a los particulares no confiar una de las partes más esenciales de la educación a gentes que les engañan, como al cuerpo de los maestros de escritura actuar severamente contra ellos. Estaré satisfecho de que los padres y maestros me agradecerán este aviso que les resultará saludable: debo hacerlo en calidad de colega, pero mucho más como conciudadano.

[M. Paillason, experto escritor jurado]



LIBRO

Libro, (*Literatura*): escrito compuesto por alguna persona inteligente sobre alguna cuestión de ciencia, para la instrucción y diversión del lector. También se puede definir un libro como una composición de una persona de letras, hecha para comunicar al público y a la posteridad algo que haya inventado, visto, experimentado y recogido, con una extensión suficiente como para constituir un volumen. (Ver Volumen).

En este sentido, un libro se distingue de un impreso, de una hoja suelta y de un tomo o de un volumen por su longitud, como el todo se distingue de sus partes; por ejemplo, la historia de Grecia de Temple Stanyan es un libro muy bueno, dividido en tres pequeños volúmenes.

Isidoro (*Orig.*, lib. VI, cap. XIII) hace esta distinción entre *liber* [libro] y *codex* [código]: el primero se refiere a una obra separada, constituyendo un todo aparte, mientras el segundo indica una colección de libros o escritos. M. Scipion Maffei (*Hist. diplo.*, lib. II Bibliot. italiq., t. II, pág. 244) pretende que *codex* signifique un libro cuadrado y *liber* un libro en forma de registro. Ver también: Saalbach, *de lib. veter.*, parág. 4; Reimm, *idea system. ant. litter.*, pág. 230.

Según los antiguos, un libro se diferenciaba de una carta no sólo por su tamaño, sino también porque la carta estaba plegada y el libro sólo *envuelto* [encuadernado]. Ver Pitisc. *L. ant.*, t. II, pág. 84, voz *libri*. Hay, sin embargo, diversos libros antiguos, que aún perduran con el nombre de cartas; tal es el caso del arte poética de Horacio. (Véase: Épitre, Lettre).

Se dice: un libro viejo, un libro nuevo, un libro griego, un libro latino; componer, leer, publicar, actualizar, criticar un libro; el título, la dedicatoria, el prefacio, el cuerpo, el índice o la tabla de materias, las erratas de un libro. (Ver Préface, Titre, etc).

Cotejar un libro es investigar si es correcto, si no se han olvidado o traspapelado las hojas, si es conforme al manuscrito o al original, según el cual se ha impreso.

Los encuadernadores dicen: plegar o coser [*brocher*], coser [*coudre*], poner en prensa, poner cubiertas [*couvrir*], dorar, componer letras [*lettrer*] un libro. (Ver Reliure).

Una colección considerable de libros podría llamarse, impropriamente, una librería; sería mejor llamarla biblioteca. (Ver Librarie, Bibliothéque). Un inventario de libros, destinado a indicarle al lector un libro del género que sea, se llama catálogo. (Ver Catalogue).

Cicerón llama a M. Catón *hellus librorum*, devorador de libros. Para Gaza los libros de Plutarco y Hermol eran los mejores; en cambio, para Bárbaro eran los de Plinio. Gentsken, *Hist. philos.*, pág. 130. Harduin, *Proefat. ad Pli.*

Barthol. (*de libr. legend. dissert.* III, pág. 66) ha hecho un tratado sobre los mejores libros de los autores; según él, el mejor libro de Tertuliano es su tratado *de pallio*; de san Agustín, *La ciudad de Dios*; de Hipócrates, *coacoe proenotiones*; de Cicerón, el tratado *de officiis*; de Aristóteles, *de animalibus*; de Gallienus, *de usu partium*; de Virgilio, el sexto libro de la *Eneida*; de Horacio, la primera y séptima de sus *Epístolas*; de Cátulo, *Coma Berenices*; de Juvenal, la sexta *sátira*; de Plauto, el *Epidicus*; de Teócrito, el 26°

Idilio; de Paracelso, *chirurgia*; de Severinus, *de abscessibus*; de Budeus, los comentarios sobre la lengua griega; de Joseph Scaliger, *de emendationes temporum*; de Belarmino, *de scriptoribus ecclesiasticis*; de Saumaise, *exercitationes Plinianoe*; de Vossius, *institutiones oratoriae*; de Heinsius, *aristharous sacer*; de Casaubon, *excitationes in Baronium*.

En cualquier caso, es bueno observar que este tipo de juicios, que un autor hace de los demás, a menudo hay que ponerlos en tela de juicio y matizarlos. Nada más habitual que apreciar el valor de ciertas obras, que no se han leído o se recomiendan apoyándose en la opinión de otros.

Por el contrario, es preciso conocer por sí mismo, en cuanto sea posible, el mejor libro de cada género de literatura; por ejemplo, la mejor Lógica, el mejor Diccionario, la mejor Física, el mejor Comentario de la Biblia, la mejor Concordancia de los Evangelios, el mejor Tratado de la religión cristiana, etc.; de esa manera que puede configurar una biblioteca con los mejores libros de cada género. Al respecto, se puede consultar, por ejemplo, el libro de Pople, titulado *censura celebrium auctorum*, en que se exponen las obras de los escritores más notables y de los mejores autores de todo género; de esta manera se puede hacer una buena elección. Sin embargo, para juzgar sobre la calidad de un libro, según algunos hay que tomar en consideración el autor, la fecha, las ediciones, las traducciones, los comentarios, los resúmenes que se han hecho del mismo, así como el éxito, los elogios que ha merecido, las críticas que se le han hecho, las condenas o la supresión con que se le ha marcado, los adversarios o los defensores que ha tenido, los continuadores, etc.

La historia de un libro encierra lo que el libro contiene; eso es lo que, generalmente, se llama extracto o análisis, como hacen los periodistas [*journalistes*]; o sus accesorios [anexos, complementos], cosa que corresponde a los literatos y a los bibliotecarios. (Ver Journal)

El cuerpo de un libro consiste en las materias tratadas en el mismo; esa es la parte del autor; entre estas materias hay un tema principal, respecto del cual todo el resto es sólo accesorio.

Los incidentes accesorios de un libro son el título, la dedicatoria, el prefacio, los sumarios, la tabla de materias, que son la parte del editor; el título, la primera página o el frontispicio dependen, a veces, del librero. (Ver Titre)

Los sentimientos [*sentimens*] deben entrar en la composición de un libro y ser su principal fundamento: en el mismo deben reinar el método o el orden de materias, así como el estilo, que consiste en la elección y disposición de las palabras y es como el colorido que debe estar repartido en el conjunto. (Ver Sentiment, Style, Méthode).

Se atribuye a los alemanes la invención de las historias literarias, como los periódicos, los catálogos y otras obras, en que se hace una recensión de los libros nuevos. Un autor de esta nación (Jean-Albert Frabricius) dice modestamente que sus compatriotas son, en este ámbito, superiores a las demás naciones. (Véase al respecto el término Journal). Este autor ha ofrecido la historia de los libros griegos y latinos; Wolfius, la de los libros hebreos; Boëcler, la de los principales libros de cada ciencia; Struvius, la de los libros de historia, leyes y filosofía; el abad Fabricius, la de los libros de su propia biblioteca; Lambecius, la de los libros de la biblioteca de Viena; Lelong, la de los libros de la [Sagrada] Escritura; Mattaire, la de los libros impresos antes de 1550. (Ver Reimm., *Bibl. acroam. in proefat.*, parág. 1, pág. 3; Bos., *ad not. script. eccles.*, cap. IV, parág. XIII, pág. 124 ss. Pero, a este montón de autores, sin hablar de Croix-du-Maine, de Duverdier, de Fauchet, de Colomiez y de nuestros antiguos bibliotecarios, ¿no podremos añadir los nombres de Baillet, Dupin, dom Séller, los autores del *Journal des savans*, los del de Trévoux, el abad Desfontaines y tantos otros, que podríamos reivindicar, como Bayle, Bernard, Bernard, Basnage, etc?

Quemar un libro: especie de castigo y de condena que se utilizaba entre los romanos, encomendada a los triunviros y, a veces, a los pretores o a los ediles. Se dice que un tal Labienus, de sobrenombre *Rabienus* por su tendencia a la sátira, fue el primero cuyas obras sufrieron ese castigo; sus enemigos consiguieron un acta del senado [*senatus-consultus*], por la que se ordenaba que se buscaran todas las obras que había compuesto durante muchos años para quemarlas: ¡cosa extraña y nueva, exclama Séneca, la de actuar con rigor contra las ciencias! (*Res nova et insueta, supplicium de studiis sumi!*); una exclamación, por lo demás, fría y pueril, pues no es contra las ciencias, sino contra el abuso de las ciencias contra lo que actúa la autoridad pública. Por otra parte, Cassius Servius, amigo de Labienus, al tener noticia de este arresto, dijo que también había que quemarlo a él, pues había grabado esos libros en su memoria: *nunc me vivum comburi oportet, qui illos didici*; Labienus, no pudiendo sobrevivir a sus obras, se encerró en la tumba de sus antepasados y murió consumido. Ver Tácito, *in agric.*, cap. II, 1; Val. Max., *lib. I*, cap. I, 12; Tácito, *Annal.*, lib. IV, cap. XXXV, 4; Séneca, *Controv. in proefat.*, parág. 5; Rhodig., *antiq. Lect.*, cap. XIII, lib. II; Salm., *ad Pamiról.*, t. I, tit. XXII, pág. 68; Pitiscus, *Lect. antiq.*, t. II, pág. 84. Hay muchas otras pruebas de esta costumbre de condenar los libros al fuego en Reimm., *Idea system. ant. litter.*, pág. 389 ss.

En cuanto a la materia de los libros, se cree que primero se grabaron los caracteres sobre piedra: las tablas de la ley dadas a Moisés se consideran el libro más antiguo que se menciona; luego se trazaron sobre hojas de palmera, sobre la corteza interior y exterior del tilo, sobre la planta de Egipto denominada *papyrus*. También se utilizaron tablillas delgadas recubiertas de cera, sobre las que se trazaban los caracteres con un estilete o un punzón; igualmente se utilizaron pieles, sobre todo de machos cabríos y de corderos, con las que enseguida se hicieron los pergaminos. El plomo, la tela, la seda, el cuerno y, finalmente, el papel fueron sucesivamente las materias sobre las que se escribió. Ver Calmet, *Dissert. I sur la Gen. Comment.*, t. I, *diction. de la Bible*, t. I, pág.

316; Dupin, *Libr. Dissert* IV, pág. 70, *hist. de l'acad. des Inscript. Bibliot. ecles.*, t. XIX, pág. 381; Barthole, *de legend.*, t. III, pág. 103; Schawartz, *de ornam. Libr. Dissert.* I; Reimm., *Idea Sep. antiq. Litter.*, pág. 235 y 286 ss; Montfaucon, *Paleogr.*, lib. II, cap. VIII, pág. 180 ss; Guiland, *papir. memb.* 3. (Ver el artículo Papier).

Los libros se hicieron durante mucho tiempo de materias vegetales, de las que proceden la mayoría de nombres y términos relativos a los libros, como el griego *biblos*, los nombres latinos *folium*, *tabulae*, *liber*, de los que derivan nuestros términos *feuille*, *tablette*, *livre* y el inglés *book*. Añadamos que esta costumbre es seguida aún por algunos pueblos del norte, como los tártaros *kalmouks*, entre quienes los rusos encontraron en 1721 una biblioteca, cuyos libros tenían una forma extraordinaria: eran sumamente largos y eran poco anchos; las hojas eran muy espesas, compuestas de una especie de algodón o de cortezas de árbol recubiertas con un doble barniz; la escritura era blanca sobre fondo negro. *Mem. de l'acad. des Bell. Lettr.*, t. V, págs. 5-6.

Los primeros libros tenían forma de bloc y de placas; de ellos se hace mención en la [Sagrada] Escritura bajo el nombre de *sepher*, traducido por los Setenta XXXX, placas cuadradas. Parece ser que el libro de la Alianza, el de la Ley, el de las maldiciones [¿Lamentaciones?] y el del divorcio tuvieron esa forma. Ver Calmet, *Commentaires sur la Bible*.

Cuando los antiguos tenían que tratar materias un poco más largas se sirvieron, por comodidad, de hojas o pieles cosidas unas a otras, llamadas rollos (para los latinos, *volumina*; y para los griegos, XXXXX), costumbre que siguieron los antiguos judíos, griegos, romanos, persas e incluso los indios y que continuó algunos siglos tras el nacimiento de Jesucristo.

Actualmente la forma de los libros es cuadrada, compuesta de hojas separadas; los antiguos, que no desconocían esta forma, la utilizaron poco. La inventó Attalos, rey de Pérgamo, a quien también se le atribuye la invención del pergamino. Todos los manus-

critos más antiguos que conocemos tienen esa forma cuadrada; y el P. Montfaucon asegura que de todos los manuscritos griegos que ha visto sólo dos tienen forma de rollo. *Paleograp. graec*, lib. I, cap. IV, pág. 26; Reimm., *idea system. antiq. litter.*, pág. 227 y 242; Schwartz, *de ornam. lib. Dissert. II*. (Ver el artículo *Reliure*).

Estos rollos o volúmenes estaban compuestos de muchas hojas unidas una tras otra y enrolladas alrededor de un palo, llamado *umbilicus*, que servía como centro de la columna o cilindro que formaba el rollo. La parte externa de las hojas se denominaba *frons* y los extremos del palo *cornua*, generalmente decoradas con pequeños trozos de plata, de marfil e, incluso, de oro y de piedras preciosas; el término *syllabus* estaba escrito en la parte externa. El volumen desplegado podía tener una vara y media de ancho y cuatro o cinco de largo.[vara = 3 pies; pie = 32,4 cm]. (Ver Salmuth, ad Pancirol., prate I, tit. XLII, pág. 143 ss; Wale, parerg. acad., pág. 72; Pitrit, I. ant., t. II, pág. 48; Barth., *advers. I*. XXII, cap. 28 ss y 251; a estos hay que añadir otros autores, que han escrito sobre la forma y los adornos de los libros antiguos, que aparecen en Fabricius, *Bibl. antiq.*, cap. XIX, § 7, pág. 607.

De la forma de los libros forma parte también la disposición de su interior o el orden y disposición de los puntos o materias, de las letras en las líneas y páginas, con sus márgenes y otras relaciones textuales. Este orden ha variado: al principio, las letras sólo estaban separadas en líneas; luego, en palabras separadas, que se distribuyó mediante puntos y aliena, períodos, secciones, párrafos, capítulos y otras divisiones. En algunos países, como los orientales, las líneas van de derecha a izquierda; en los occidentales y nórdicos van de izquierda a derecha. Otros, como los griegos, al menos en alguna ocasión, escribían la primera línea de izquierda a derecha, la segunda de derecha a izquierda y así sucesivamente. En otros países, las líneas van de arriba abajo, unas junto a otras, como es el caso de los chinos. En algunos libros las páginas son enteras y uniformes; en otros, están divididas por columnas; en algunos, hay páginas divididas en texto y notas marginales o al pie.

Ordinariamente, las páginas tienen en la parte baja letras alfabéticas, que sirven para marcar el número de hojas y para saber si el libro está completo. Hay veces en que aparecen páginas de sumarios o de notas; también se añaden adornos, letras iniciales, rojas, doradas o figuradas, así como frontispicios, viñetas, mapas, estampas, etc. Al final de cada libro se escribe *fin* o *finis*; antiguamente se colocaba un Vappelé *coronis* y todas las hojas del libro estaban lavadas con aceite de cedro o perfumadas con corteza de limón para preservar el libro de la corrupción. Al principio y al final de los libros también se encuentran algunas fórmulas, como la de *esto fortis* entre los judíos, que aparecen al final del Éxodo, del Levítico, de los Números, de Ezequiel; con ellas se exhorta al lector (según dicen algunos) a leer los libros siguientes. Otras veces se encuentra al final maldiciones contra quienes falsificaran el contenido del libro (en el Apocalipsis tenemos un ejemplo). Los mahometanos [= musulmanes] colocan el nombre de Dios al principio de todos sus libros, con el fin de atraer la protección del ser supremo, pues creen que basta con escribir o pronunciar su nombre para tener éxito en lo que se emprende, Por la misma razón, muchas leyes de los antiguos emperadores comenzaban con esta fórmula: *in nomine Dei*. (Ver Barth., *de libr. legend. Dissert. V*, pág. 106 ss; Montfaucon, *Paleogr.*, lib. I, cap. XL; Remm., *Idea system. antiq. litter.*, pág. 227, 251; Schwartz, *de ornam. lib. Dissert. II*; Fabricius, *Bibl. graec.*, lib. X, cap. V, pág. 74; Revel., cap. XXII *Alcorán*, sec. III, pág. 59; Barthol., *lib. cit.*, pág. 117).

Al final de cada libro, los judíos añadían el número de versículos que contenía; y al final del Pentateuco, el número de secciones, para que se pudiera transmitir entero a la posteridad; los masoretas y los mahometanos hicieron más aún: los primeros anotaron el número de palabras, de letras, de versículos y de capítulos del Antiguo Testamento; los otros hicieron lo mismo con el Corán.

Las denominaciones de los libros son diferentes según su uso y su utilidad. Se pueden distinguir en *libros humanos*, compuestos por los hombres, y *libros divinos*, dictados por la misma divinidad.

Estos últimos también se denominan libros sagrados o inspirados. (Ver Revelation, Inspiration).

Los mahometanos cuentan ciento cuatro libros divinos, dictados o dados por Dios mismo a sus profetas, a saber: diez a Adán, cincuenta a Set, treinta a Enós, diez a Abraham, uno a Moisés (el Pentateuco, antes de que los judíos y los cristianos lo corrompieran), uno a Jesucristo (el evangelio), uno a David (que comprende los salmos) y uno a Mahoma (el Corán); y quienquiera que rechace estos libros, total o parcialmente, incluso si es un versículo o una palabra, es considerado infiel. Consideran señal de la divinidad de un libro cuando es Dios mismo quien habla, no cuando otros hablan de Dios en tercera persona, como ocurre en nuestros libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, que ellos rechazan como composiciones puramente humanas o, al menos, muy alteradas. (Ver Reland, *de relig. Mahomet.*, lib. I, cap. IV, pág. 21 ss y lib. II, § 26, pág. 231).

Libros sibilinos eran los libros compuestos por pretendidas profetisas del paganismo, llamadas Sibilas, que, en Roma, vivían en el capitolio, custodiadas por los *duumviri*. (ver Lomeier, *de Bibl.*, cap. XIII, pág. 377; artículo Sibylle).

Libros canónicos son los aceptados por la Iglesia como parte de la Sagrada Escritura: son los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. (Ver Canon, Bible).

[Pasa a definir diferentes tipos de libro: Apócrifos, auténticos, auxiliares, elementales, de biblioteca, esotéricos (nombre que los sabios dan a algunas obras destinadas a uso de lectores ordinarios o del pueblo), acroamáticos (los que tratan de materias sublimes u ocultas, que sólo están al alcance de los sabios o de quienes quieren profundizar en las ciencias), prohibidos (o condenados por los obispos, porque contienen herejías o máximas contrarias a las buenas costumbres), públicos, de iglesia (en Inglaterra, entre los judíos), de canto, de liturgia].

Se pueden distinguir los libros según su objetivo o el tema que tratan: históricos (que narran los hechos de la naturaleza o de la

humanidad), dogmáticos (que exponen una doctrina o verdades generales), histórico-dogmáticos (mezcla de ambos), científico-dogmáticos (enseñan y demuestran una ciencia). (Ver Volf, Philos. prat., sec. III, cap. I, parág. 7, pág. 750). *Libri pontificales*, *libri augurales* (ver Augure), *libri haruspicini* (ver Aruspice), *libri etrusci* o fatales, *libri fulgurantes*, *libri fatales*, libros negros (magia- ver Jugement), devocionales.

Buenos libros son, comúnmente, los libros de devoción y de piedad, como los soliloquios, las meditaciones, las oraciones (ver Shaftsbury, t. I, pág. 165 y t. III, pág. 327). Un buen libro, según el lenguaje de los libreros, es un libro que se vende bien; según los curiosos, un libro raro; según un hombre de buen sentido, es un libro instructivo. Una de las cinco cosas principales que recomendó Rabí Akiba a su hijo fue que, si estudiaba Derecho, lo aprendiera de un buen libro, por miedo a que tuviera que olvidar lo aprendido.

Libros espirituales (ver Mystique), libros profanos.

En relación con sus autores, se pueden distinguir los libros en: anónimos, criptónimos, pseudónimos, póstumos, verdaderos, falsos o supuestos, falsificados.

Por su calidad, se pueden distinguir en: libros claros y detallados (los del género dogmático), oscuros (sin ideas claras y precisas en las definiciones), prolijos, útiles (al conocimiento humano o a la conducta), completos.

También se pueden distinguir según el material de que están hechos. Libros en papel o en papiro, en pergamino, en tela (*lintei*: tablillas recubiertas de tela), en cuero (*in corio*), en madera (*in schediis*), en cera, en marfil (*elephantini*).

Según su manufactura o comercio: manuscritos (autógrafos), impresos, en blanco (ni ligados, ni cosidos), *in folio* (hoja plegada una vez, formado dos hojas o cuatro páginas), *in quarto* (cuatro hojas), *in octavo* (ocho hojas) ...

Según las circunstancias o accidentes sufridos: libros perdidos, prometidos, imaginarios.

La finalidad u objetivo de los libros son diferentes, según la naturaleza de las obras: unos están hechos para mostrar el origen de las cosas o para exponer nuevos descubrimientos; otros, para fijar y establecer alguna verdad o para llevar una ciencia a un grado más alto; otros, para liberar a los espíritus de ideas falsas y fijar más precisamente las ideas de las cosas; otros, para explicar los nombres y términos, que utilizan las diferentes naciones o sectas o estaban en uso en diferentes épocas; otros tienen como finalidad esclarecer, constatar la verdad de los hechos, sucesos y mostrar los caminos y órdenes de la providencia; otros no contienen más que algunas de estas partes.

El uso de los libros no son ni menos numerosos, ni menos variados; nosotros adquirimos nuestros conocimientos a través de ellos: son los depositarios de las leyes, de la memoria, de los sucesos, de los usos y costumbres, de las tradiciones etc; son el vehículo de todas las ciencias; incluso la religión les debe, en parte, su establecimiento y su conservación. Sin ellos, dice Bartholin (*De lib. legend.*, dissert. I, pág. 5), “*Deus jam silet, Justitia quiescit, torpet Medicina, Philosophia manca est, litterae mutae, omnia tenebris involuta cimmeriis*”.

Infinitos son los elogios que han recibido los libros: asilo de la verdad, que a menudo es expulsada de las conversaciones; son como consejeros, siempre prestos a instruirnos en nuestra propia casa, cuando queremos y siempre desinteresados; suplen la falta de maestros y, a veces, la falta de ingenio o de invención; incluso elevan a quienes no tienen más que memoria por encima de personas de espíritu más vivo y brillante. Lucas de Penna (*apud Morhoff. Polyhist.* lib. I. cap. III. pág. 27), que escribía con mucha elegancia, aunque en un siglo bárbaro, les dedica todas estas alabanzas: *Liber est lumen cordis, speculum corporis, virtutum magister, vitiorum depulsor, corona prudentum, comes itineris, domesticus amicus, congerro jacentis, collega & consiliarius proesidentis,*

myrophecium eloquentioe, hortus plenus fructibus, pratum floribus distinctum, memorioe penus, vita recordationis. Vocatus properat, jussus festinat, semper proesto est, nunquam non morigerus, rogatus confestim respondet, arcana revelat, obscura illustrat, ambigua certiorat, perplexa resolvit, contra adversam fortunam defensor, secundoe moderator, opes adauget, jacturam propulsat, etc. Tal vez, su mayor gloria proviene de haberse granjeado el afecto de los más grandes personajes de todos los tiempos. Cicerón (*De divinat.*, lib. III. n° 11) dice de M. Catón: *Marcum Catonem vidi in bibliotecâ consedentem multis circumfusus stoïcorum libris. Erat enim, ut scis, in eo inexhausta aviditas legendi, nec satiari poterat. Quippe qui, nec reprehensionem vulgi inanem reformidans, in ipsâ curiâ soleret legere, soepe dum senatus cogebatur, nihil operoe reipublicoe detrahens.* Plinio el Viejo, el emperador Juliano y otros famosos, cuyos nombres sería demasiado prolijo enumerar aquí, también eran grandes apasionados de la lectura.

Como efectos perversos, que se pueden imputar a los libros, podemos decir: que nos quitan demasiado tiempo y atención; que comprometen a nuestro espíritu en cosas que no redundan en absoluto a favor de la utilidad pública; que nos inspiran repugnancia hacia las acciones y la marcha ordinaria de la vida civil; nos hacen perezosos e impiden hacer uso de los talentos que se pueden tener para adquirir por uno mismo ciertos conocimientos ofreciéndonos en todo momento cosas inventadas por los demás; que apagan nuestras propias luces, haciendo que veamos a través de otros y no por nosotros mismos; finalmente, los malos caracteres pueden extraer de ellos todos los medios para infectar el mundo de irreligión, de superstición y de corrupción en las costumbres y eso siempre atrae más que las lecciones de sabiduría y virtud. Aún se pueden añadir muchas más cosas contra la inutilidad de los libros: los errores, la fábulas y las locuras de que están llenos, su multitud excesiva y la poca certeza que se extrae de ellos son de tal magnitud que parece más fácil descubrir la verdad en la naturaleza y en la razón de las cosas que en la incertidumbre y en las contradic-

ciones de los libros. Por lo demás, los libros hacen que se descuiden los otros medios de alcanzar el conocimiento de las cosas (como las observaciones, los experimentos, etc.), sin los cuales las ciencias naturales no se pueden cultivar con éxito. En La matemáticas, por ejemplo, los libros han debilitado el ejercicio de la invención hasta el punto de que la mayoría de los matemáticos se contentan con resolver un problema por lo que dicen otros y no por sí mismos, alejándose así de la finalidad principal de su ciencia, pues lo que contienen los libros de matemáticas no es más que la historia de éstas y no el arte o la ciencia de resolver cuestiones, cosa que se debe aprender de la naturaleza y de la reflexión y no se puede adquirir fácilmente por la simple lectura.

En cuanto a la manera de escribir o de componer, también hay tan pocas reglas fijas y universales como para el arte de hablar, aunque una es más difícil que la otra, pues no es tan fácil sorprender o deslumbrar a un lector como a un oyente: los defectos de una obra no se le escapan con la misma rapidez que los de una conversación. A pesar de todo, hay un cardenal de gran reputación, que reduce a unos pocos puntos las reglas del arte de escribir; pero, ¿son estas reglas tan fáciles de practicar como de prescribir? Es preciso, dice él, que un autor tenga en cuenta a quién escribe, lo que escribe, cómo y por qué escribe (ver August. Valer., *de caut. in edend. libr.*). Para escribir bien y componer un buen libro hay que elegir un tema interesante; reflexionar largo y profundamente sobre él; evitar la exposición de ideas o cosas ya dichas; no alejarse del tema y hacer pocas o ninguna digresión; no citar más que por necesidad para apoyar una verdad o para adornar el tema con una advertencia útil, nueva o extraordinaria; cuidarse de citar, por ejemplo, a un antiguo filósofo para hacerle decir cosas que cualquiera habría dicho tan bien como él; no hacer de predicador, a menos que el tema tenga que ver con el púlpito. (Ver *La nouv. républ. des Lettres*, t. XXXIX, pág. 427).

Las principales cualidades que se le exige a un libro son, según Salden, la solidez, la claridad y la concisión. Se puede dar la pri-

mera de estas cualidades a una obra reteniéndola durante un tiempo, antes de darla al público, corrigiéndola y buscando el consejo de los amigos. Para conseguir la claridad hay que disponer las ideas según un orden adecuado y transmitir las con expresiones naturales; se buscará, además, la concisión eliminando con cuidado cuanto no forme parte directa del tema. Pero, ¿quiénes son los autores que observan exactamente todas estas reglas y las cumplen con éxito? *Vix totidem quod Thebarum portae vel divitis ostia Nili.*

Entre estos no hay que situar a los escritores que publican seis u ocho libros por año y eso, además, durante diez o doce años, como Lintenpius, profesor de Copenhague, que en doce años ha compuesto 72 libro (seis de teología, once de historia eclesiástica, tres de filosofía, catorce de diversos temas y treinta y ocho de literatura. (Ver Lintenpius, *relig. incenid. Berg. apud nov. litter. Lubec.*, ann. 1704, pág. 247). Tampoco esos otros autores voluminosos, que cuentan sus libros por veintenas o centenares, como el P. franciscano Macedo, quien dice haber compuesto 44 volúmenes, 53 panegíricos, 60 *speeches* [sic] latinos, 105 epitafios, 500 elegías, 110 odas, 212 cartas dedicatorias, 500 cartas familiares, *poemata epica juxta bis mille sexcenta*: con ello hay que suponer que se refiere a 2600 pequeños poemas en versos heroicos o hexámetros y, en fin, 150.000 versos. (Ver Norris, *miles macedo. Journ. des Savans*, t. XLVII, pág. 179). Igualmente inútil sería incluir entre los escritores que liman sus producciones a esos autores jóvenes, que han publicado libros desde que empezaron a hablar, como el joven duque du Maine, cuyas obras se publicaron cuando aún no había cumplido siete años, bajo el título de *oeuvres diverses d'un auteur de sept ans*, Paris in-quarto 1685. (Ver *Journ. des Sav.*, t. XIII, pág. 7). Daniel Hensius publicó sus notas sobre Silius Italicus tan joven que las tituló sonajeros (*crepundia siliana*, Lugd. Batav., ann. 1600). De Caramuel se dice que escribió sobre la esfera antes de tener edad para ir a la escuela y, además, con la particularidad de que consultó el tratado de la esfera de Sacrobosco antes de saber una palabra de latín. (Ver *les enfants célèbres de M. Baillet*, n° 81, pág. 300). A esto se puede añadir lo

que Placcius (*de ant. excerpt.*, pág. 190) cuenta de sí mismo: que comenzó a hacer sus colecciones cuando aún le cuidaba su nodriza y sin otra ayuda que el libro de oraciones de esta buena mujer.

M. Cornet acostumbraba a decir que, para escribir un libro, había que estar muy loco o ser muy sabio. (Ver Vigneul Marville, *Dictionn. univ. de Trév.*, t. III, pág. 1509, entrada *livre*). Entre el gran número de autores hay, sin duda, muchos de una clase y de otra; sin embargo, parece que la mayoría no son ni de una ni de otra.

Hay un alejamiento de la manera de pensar de los antiguos, que ponían una atención extrema en todo lo que se refiere a la composición de un libro: tenían tan alta idea del mismo, que comparaban los libros a tesoros (*thesauros oportet esse, non libros*); les parecía que el trabajo, la asiduidad, la exactitud de un autor no eran aún pasaporte suficiente para publicar un libro; no les bastaba una visión general, aunque fuera atenta, sobre la obra; tomaban en consideración desde todos los puntos de vista cada expresión, cada idea, y no admitían ninguna palabra que no fuera exacta, de manera que, en una hora bien aprovechada, le enseñaban al lector lo que a ellos les había costado diez años de preocupación y trabajo. Esos son los libros que Horacio considera dignos de ser rociados con aceite de cedro (*linenda cedro*), es decir, dignos de ser conservados para instrucción de la posteridad. Las cosas han cambiado: gentes que no tienen nada que decir o que sólo repiten cosas inútiles o dichas ya mil veces, para componer un libro ha recurrido a diversos artificios o estratagemas; se empieza por dejar caer sobre el papel una intención mal digerida, con el que se relaciona todo lo que se sabe y se sabe mal, cosas viejas o nuevas, comunes o extraordinarias, buenas o malas, interesantes o frías e indiferentes, sin orden ni selección y, como el retórico Albutius, sin más preocupación que decir todo lo que se puede sobre un tema y no lo que se dice. *Curabant*, dice Bartholin, *cum Albutio rhetore, de omni causâ scribere, non quod debeant sed quod poterant*. (Ver Salmuth. *ad pancirol*, p. 1. tit. XLII. pág. 144; Guiland, *de papyr. memb.* 24; Reimus, *idea septem. ant. litter.*, pág. 296; Bartholi, *de l'huomo di litt.*, pág. 11, 318).

Un autor moderno ha pensado que, al tratar un tema, a veces estaba permitido aprovechar la ocasión de detallar todos los demás conocimientos que se pueden tener y acoplar a ese propósito. Por ejemplo, un autor que escribe sobre la gota, como lo hace M. Aignan, puede incluir en su obra la naturaleza de otras enfermedades y sus remedios, entremezclando a la vez un sistema de medicina, máximas de teología y reglas de moral. Quien escribe sobre el arte de construir imitará a Caramuel, que no se ha limitado a lo concerniente únicamente a la arquitectura, sino que al mismo tiempo ha tratado muchas materias: teología, matemáticas, geografía, historia, gramática, etc., de manera que si damos crédito al autor de un fragmento insertado en las obras de Caramuel, en el caso de que Dios permitiera que todas las ciencias del mundo se perdieran, se podrían encontrar en ese único libro. Pero, sinceramente, ¿es eso hacer lo que se llaman libros? (Ver Aignan, *Traité de la goutte*, París 1707; *Journal des Savans*, t. XXXIX. pág. 421 ss; *Architect. civil recta y obliqua. Consid. nel. temp. de Jerusal*, tres vol. in - fol. Vegev. 1678; *Journal des Savans*, t. X. pág. 348; *Nouv. républ. des Lettres*, t. I, pág. 103).

A veces, los autores empiezan con un preámbulo aburrido y absolutamente extraño al tema; o habitualmente con una digresión que da lugar a una segunda y ambas se alejan del espíritu del tema hasta el punto de perderlo de vista; luego, se nos abrumba con pruebas de algo que no las necesita, se hacen objeciones que nadie habría podido pensar y cuya respuesta a menudo comporta una disertación formal con un título particular; y para alargarlo más, se añade el plan de una obra que todavía hay que hacer, en el que se promete tratar más ampliamente el tema en cuestión, que ni siquiera se ha rozado. Otras veces, en cambio, se disputa formalmente, se amontonan razonamientos sobre razonamientos, consecuencias sobre consecuencias y se procura anunciar que se trata de demostraciones geométricas, pero en algún caso es únicamente el autor quien lo piensa y lo dice; enseguida se llega a una cadena de consecuencias, que no se esperaban; tras diez o doce corolarios, en que no faltan las contradicciones, la gran sorpresa es encontrar

como conclusión una proposición completamente desconocida o tan alejada que se había perdido de vista o que nada tiene que ver con el tema. La materia de semejante libro es presumiblemente una bagatela, por ejemplo, el uso de la partícula « y » o la pronunciación de la “eta” griega, o la alabanza del asno, del cerdo, de la sombra, de la locura o de la pereza, o el arte de beber, de amar, de vestirse, o el uso de las espuelas, de los zapatos, de los guantes, etc.

Supongamos, por ejemplo, un libro sobre los guantes y veamos cómo dispone la obra su autor. Si consideramos su método, veremos que empieza a la manera de los lulistas con el nombre guante y su etimología, no sólo en la lengua en que escribe, sino incluso en todas las que ignora, sean orientales u occidentales, muertas o vivas, cuyos diccionarios posee; acompaña cada una de esas palabras con su etimología respectiva y, a veces, con sus compuestos y derivados, citando como prueba de una erudición más profunda los diccionarios que ha utilizado, sin olvidar el capítulo, el párrafo y la página. Del nombre pasa a la cosa con esfuerzo y exactitud considerables, sin olvidar ningún lugar común (materia, forma, uso y abuso, accesorios, conjuntivas y disyuntivas, etc. de los guantes. En cada uno de estos puntos, de nuevo, no se contentará con lo singular y extraordinario, agotará su tema y dirá todo lo que sea posible decir. Nos enseñará, por ejemplo, que *los guantes preservan nuestras manos del frío* y sentenciará que, *si se exponen la manos al sol sin guantes, se corre el peligro de que se llenen de pecas*; que, *sin guantes, salen sabañones en invierno*; que *las manos agrietadas por los sabañones son desagradables a la vista* o que *estas grietas causan dolor*. (Nicolai, *disquisitio. de chirotecarum usu & abusu*. Giess. 1702; *Nouv. républ. des Lettr.*, agosto 1702. pág. 158 ss. Con todo, esta obra parte de un autor valioso y que no es extraño en su manera de escribir: ¿no se puede decir que todos los autores, unos más y otros menos, caen en este defecto tanto como Nicolai?

La forma o el método de un libro depende del espíritu y del propósito del autor, que a veces le aplica singulares comparaciones.

Un autor supone que su libro es un candelabro con varios brazos, de los que cada capítulo es una candelaja (ver Wolf., *Bibl. hebr.*, t. III, pág. 987). Otro lo compara con una puerta con dos batientes para introducir al lector en una dicotomía (ver R. Schabsaï, *labra dormientium apud Wolf. lib. cit. in proef.* pág. 12).

Waltherus considera su libro como una tienda (*officina biblica*); así, lo divide y ordena sus materiales en varios anaqueles y considera al lector como un cliente que entra a comprar. Otro compara el suyo con un árbol, que tiene tronco, ramas, flores y frutos. Las veinticuatro letras del alfabeto forman las ramas, las diferentes palabras ocupan el lugar de las flores y los ciento veinte discursos contenidos en este libro son como el fruto (Cassian. a S. Elia, *arbor opinionum omnium moralium quae ex trunco pullulant, tot ramis quot sunt litterae alphabeti, cujus flores sunt verba, fructus sunt 120 conciones*, etc. Venet. 1688. Ver *Giorn. de Parma*, año 1688, pág. 60).

Nada seguro sabemos sobre el origen primero de los libros. De todos los existentes, los libros de Moisés son indiscutiblemente los más antiguos, pero Escipión, Sgambati y muchos otros sospechan esos libros no son los más antiguos y que, antes del diluvio, hubo varios escritos de Adán, Set, Enós, Cainán [hijo de Enós, padre de Mahalel], Matusalén, Lamec, Noé y su mujer, Cham, Jafet y su mujer, además de otros que se atribuyen a los demonios o a los ángeles. También hay obras probablemente supuestas bajo todos estos nombres, sobre los que algunos modernos han llenado las bibliotecas y que se consideran ensoñaciones de autores ignorantes, impostores o malintencionados. (Ver las *Mem. de l'Acad. des bell. Lettr.*, t. VI, pág. 32.; t. VIII. pág. 18; Sgambat., *archiv. veter. testam*; Fabricius, *cod. pseudepig. veter. testam., passim*; Heuman, *via ad hist. litt.*, c. III, parág. III., pág. 29).

El libro de Enoch también se cita en la epístola de S. Judas, 14-15; algunos se fundan en eso para probar la existencia de los libros antes del diluvio; pero, el libro que cita este apóstol está considerado por los autores antiguos y modernos como un libro imagina-

rio o, al menos, apócrifo. (Ver Saalbach, *sched. de libr. vet.*, parág. 42; Reïmm., *idea syst. ant. litter.*, pág. 233).

De todos los libros profanos, los poemas de Homero son los más antiguos que nos han llegado. Así eran considerados desde los tiempos de Sexto Empírico (Ver Fabric. *bibl. groec.* lib. I, c. j, part. I, t. I, pág. 1), a pesar de que los autores griegos mencionan cerca de setenta libros anteriores a los de Homero, como los libros de Hermes, Orfeo, Dafne, Horus, Linus, Musa, Palamedes, Zoroastro, etc.; de la mayoría de estos no nos queda el más mínimo fragmento e incluso éstos se consideran supuestos. El P. Hardouin ha llevado sus pretensiones más lejos afirmando que todos los libros antiguos, tanto griegos como latinos (exceptuando Cicerón, Plinio, las Geórgicas de Virgilio, las Sátiras y Epístolas de Horacio, Herodoto y Homero) son suposiciones que, en el siglo XIII, hizo una sociedad de sabios bajo la dirección de un tal Secerus Archontius. (Harduini *de numm. herodiad. in prolus. Act. erud.*, Lips. 1710, pág. 170).

Cabe notar que los libros más antiguos de los griegos son en verso; Herodoto es el más antiguo de sus autores que ha escrito en prosa y era cuatrocientos años posterior a Homero. Lo mismo sucede en casi todas las demás naciones, lo que confiere, por decirlo así, el derecho de primogenitura a la poesía respecto a la prosa, al menos en los monumentos públicos. (Ver Struv., *geogr.* lib. I; Heuman, *lib. cit.*, parág. 20, pág. 50 y parág. 21, pág. 52; ver también el art. Poesie).

Es una lástima que la multitud prodigiosa de estos libros se haya degradado tanto que no sólo es imposible leerlos todos, sino ni siquiera saber su número o su título. Hace tres mil años Salomón se quejaba de que se componían libros sin fin; los sabios modernos no son ni más contenidos, ni menos fecundos que los de aquel tiempo. Uno de los primeros dice que es más fácil agotar el océano que el número prodigioso de libros y más fácil contar los granos de arena que los volúmenes que existen. Otro dice que no se pueden leer ni siquiera teniendo la forma que Mahoma les supo-

ne a los habitantes de su paraíso, donde cada persona tendrá 70.000 cabezas, cada cabeza 70.000 bocas, cada boca 70.000 lenguas, que hablarán los 70.000 idiomas diferentes. Pero, ¿cómo se llega a esa cantidad? Si se considera la multitud de manos que se han empleado para escribir, la cantidad de copistas extendidos por Oriente para transcribir y el número casi infinito de prensas que funcionan en Occidente, parece sorprendente que el mundo pueda contener lo que todos esos agentes producen. Inglaterra está más llena de libros que cualquier otro país, pues, además de sus propias producciones, desde hace algunos años se ha enriquecido con los de los países vecinos. Los italianos y los franceses se quejan de que sus mejores libros se los han llevado los extranjeros: parece, dicen, que el destino de las provincias que componían el antiguo imperio romano es ser presa de las naciones del Norte. Antiguamente conquistaban un país y se adueñaban del mismo; actualmente no molestan a los habitantes ni asolan las tierras, pero se apoderan de las ciencias. *Commigrant ad nos quotidie callidi homines, pecuniâ instructissimi, & proclaram illam musarum supellectilem, optima volumina nobis abripiunt; artes etiam ac disciplinas paulatim abducturi aliò, nisi studio & diligentia resistatis.* (Ver Barthol., *de libr. legend. dissertat.* 5., pág. 7; Heuman., *via ad histor. litter.*, c. VI, parág. 43, pág. 338; Facciol., *orat.* 1. *mem. de Trev.*, año 1730, pág. 1793).

Los libros elementales parecen ser los que menos se han multiplicado, pues una buena gramática o un diccionario o constituciones de cualquier tipo rara vez se reeditan en uno o varios siglos. Sin embargo, se ha observado que sólo en Francia, en el curso de treinta años, han aparecido cincuenta nuevos libros de elementos de geometría, muchos tratados de álgebra, de aritmética, de agri-mensura y, en el espacio de quince años, han salido a la luz más de cien gramáticas, tanto francesas como latinas, con sus correspondientes diccionarios, compendios, métodos, etc. Y todos estos libros están llenos de las mismas ideas, de los mismos descubrimientos, de las mismas verdades y de los mismos errores. (Ver *Mém. de Trév.*, año 1734, pág. 804).

Por suerte no es obligado leer todo lo que se publica. Gracias a Dios, no ha tenido éxito el plan de Caramuel, que se proponía escribir alrededor de cien volúmenes in folio y de utilizar el poder espiritual y temporal de los príncipes para obligar a sus súbditos a leerlos. Ringelberg también tenía el propósito de escribir alrededor de mil volúmenes diferentes. (Ver M. Baillet, *enfants célèbres*, sect. 12. *jug. des sav.*, t. V. part. I, pág. 373); y todo hace pensar que, de haber vivido lo suficiente, los habría publicado; casi habría igualado a Hermes Trimegisto quien, según Jamblico, escribió 36.520 libros. Suponiendo que sea verdad, los antiguos habrían tenido infinitamente más razón que los modernos para quejarse de la multitud de libros.

Por otra parte, de cuantos existen ¡qué pocos merecen ser estudiados seriamente! Unos no pueden servir más que ocasionalmente; otros sólo sirven para divertir a los lectores. Por ejemplo, un matemático está obligado a saber lo que se contiene en los libros de matemáticas; sin embargo, le basta un conocimiento general y lo puede adquirir fácilmente recurriendo a los principales autores con el fin de citarlos si es preciso, pues hay muchas cosas que se conservan mejor con ayuda de los libros que de la memoria. Así ocurre con las observaciones astronómicas, las tablas, las reglas, los teoremas, etc. que, aunque se conozcan, no se imprimen en el cerebro como un fragmento de historia o una bella idea; cuanto menos cosas cargamos en la memoria, más libre y más capaz de invención es el espíritu. (Ver Cartes., *Epist. à hogel. apud. Hook, phil. collect.*, n° 5, pág. 144 ss).

Así, basta un pequeño número de libros selectos. Algunos limitan la cantidad a un solo libro de la Biblia, pues contiene todas las ciencias. Los turcos lo reducían al Corán. Cardano cree que tres libros bastan para una persona no especializada en una ciencia: una vida de los santos y otras personas virtuosas, un libro de poesía para divertir al espíritu y un tercero que trate de las normas de la vida civil. Otros han propuesto limitar el estudio a dos libros: la escritura, que nos enseña lo que es Dios, y el libro de la creación,

es decir el universo que nos descubre su poder. Pero, todas estas reglas, a fuerza de pretender suprimir todos los libros superfluos, caen en otro extremo y suprimen los necesarios. Casi siempre se trata de escoger los mejores y, como el hombre naturalmente tiene sed de saber, lo que parece superfluo puede tener su utilidad desde otras perspectivas. Por su multiplicidad, los libros nos fuerzan de alguna manera a leerlos o nos inclinan a ello a poco que tengamos cierta tendencia a ello. Un antiguo padre observa que de la cantidad de libros escritos sobre un mismo tema podemos conseguir esta ventaja: lo que un lector no capta vivamente en un libro lo entiende mejor en otro. No todo lo que se escribe, añade, está al alcance de todo el mundo: puede que quienes lean mis obras comprendan la materia que trato mejor que en otros libros sobre el mismo tema. Es, pues, necesario que una misma cosa sea tratada por diversos escritores y de diferentes maneras; aunque se parta de los mismos principios y que la solución de las dificultades sea justa, los caminos que conducen al conocimiento de la vida son diferentes. Añadamos a esto que la multitud de libros es el único medio de impedir su pérdida o su entera destrucción; esa multitud es la que los ha preservado de los estragos del tiempo, de la rabia de los tiranos, del fanatismo de los perseguidores, de las devastaciones de los bárbaros y que permite que al menos una parte de los mismos llegue hasta nosotros a través de largos intervalos de ignorancia y oscuridad. *Solaque non norunt hoe monumenta mori.* (Ver Bacon, *augment. Scient.*, lib. I, t. III, pág. 49; S. Augustin, *de Trinit.*, lib. I, c. III; Barthol., *de lib. logend. dissertat. I.*, pág. 8. ss).

En cuanto a la elección y juicio que hay que hacer de un libro, los autores no se ponen de acuerdo sobre las cualidades necesarias que constituyen la bondad de un libro. Algunos exigen de un autor sólo que tenga buen sentido y que trate su tema de manera conveniente. Otros, como Salden, desean en una obra la solidez, la claridad y la concisión; otros, la inteligencia y la exactitud. La mayoría de críticos aseguran que un libro ha de tener todas las perfecciones de que es capaz el espíritu humano; pero, en tal caso, ¿habría algo más raro que un buen libro? Sin embargo, los más

razonables convienen en que un libro es bueno cuando tiene pocos defectos: *optimus ille qui minimis urgetur vitiis* o, al menos, en el que las cosas buenas o interesantes superen notablemente las malas o inútiles. De la misma manera, un libro no puede declararse malo cuando en él hay casi lo mismo de bueno de otras cosas. (Ver Baillet, *jug. des scav.*, t. I, part. I, c. VI, pág. 19 ss; Honor., *reflex. sur les règles de crit. dissert. 1*).

Tras la decadencia de la lengua latina, los autores parecen menos preocupados de escribir bien que de escribir buenas cosas, de manera que un libro es comúnmente considerado bueno si alcanza la meta que el autor se había propuesto, aunque tenga algunas faltas. Así, un libro puede ser bueno, aunque su estilo sea malo y, por tanto, un historiador bien informado, verídico y juicioso o filósofo que razona acertadamente y sobre principios seguros o un teólogo ortodoxo, que no se separa de las Escrituras ni de las máximas de la Iglesia primitiva deben ser considerados buenos autores a pesar de que se encuentren en sus escritos defectos en materias poco esenciales, negligencias o incluso defectos de estilo. (Ver Baillet, *jug. des sav.*, t. I, c. VIII, pág. 24 ss).

Así, pues, muchos libros se pueden considerar buenos y útiles según estas diversas maneras de verlos, de manera que la elección parece difícil no tanto en relación con los libros a escoger, cuanto a los que hay que rechazar. Plinio el Viejo acostumbraba a decir que no había libro, por malo que fuera, que no incluyera algo bueno: *nullum librum tam malum esse, qui non aliquâ ex parte profit*. Pero esta bondad tiene grados y, en ciertos libros, es tan mediocre que resulta difícil no notarla, está tan profundamente escondida o talmente ahogada por las cosas malas que no vale la pena buscarla. Virgilio decía que sacaba oro del estiércol de Ennius, pero no todo el mundo tiene el mismo talento ni la misma destreza. (Ver Hook, *collect.*, n° 5, pág. 127 y 135; Pline, *epist. 5. l. III*; Reimman, *bibl. acrom. in proefat*, parág. 7, pág. 8 ss; Sacchin, *de ration., lib. legend.*, c. III, pág. 10 ss).

Quienes mejor cumplen este propósito son los que recomiendan un pequeño número de los mejores libros y aconsejan leer mucho, pero no muchas cosas: *multum legere, non multa*. Con todo, una y otra vez vuelve la misma pregunta: ¿cómo hacer esta elección? Plinio, *epist.* 9, I, VII.

Quienes han establecido reglas para juzgar los libros nos aconsejan observar el título, el nombre del autor, el del editor, el número de ediciones, el lugar y año de su aparición (cosa que, en los libros antiguos, aparece a menudo al final), el nombre del impresor (sobre todo, si es célebre). Luego, hay que examinar el prefacio y el propósito del autor, la causa u ocasión que le lleva a escribir, así como su país, pues cada nación tiene su genio particular (Barth., *diss.* 4, pág. 19; Baillet, c. VII, pág. 228 ss). También las personas que han compuesto la obra (que aparece alguna vez en la dedicatoria). Hay que tratar de saber la vida del autor, su profesión, su rango y si algo notable ha influido en su educación, en sus estudios y en su manera de vivir; si mantenía correspondencia con otros sabios; qué elogios se le han dedicado (que, generalmente, se encuentran al principio del libro). También hay que informarse sobre si su obra ha sido criticada por algún escritor juicioso. Si el propósito de la obra no está expuesto en el prefacio, hay que pasar a ver el orden y la disposición del libro y ver los puntos tratados por el autor; observar si la idea y las cosas que expone son sólidas o fútiles, nobles o vulgares, falsas o sacadas de lo verdadero. Igualmente hay que examinar si el autor sigue un camino ya desbrozado o si abre rutas nuevas y desconocidas; si establece principios hasta ahora ignorados; si su manera de escribir es una dicotomía; si es conforme a las reglas generales de estilo o particular y propia de la materia que trata. (Struv., *introd. ad notit. rei liter.*, c. V, parág. 2, pág. 338 ss).

Con todo, no se puede juzgar por la lectura más que un pequeño número de libros, vista la inmensa multitud de libros y la brevedad de la vida. Además, para juzgar no se puede esperar a haber leído un libro de cabo a rabo: ¿esa paciencia no significaría una pérdida de tiempo? Parece, pues, necesario tener otros indicios

para juzgar un libro aún sin haberlo leído entero. Baillet, Stollus y muchos otros han dado reglas que, no siendo más que presunciones y, por consiguiente, sujetas a error, no hay que despreciar. Los “periodistas” de Trévoux dicen que el método más corto para juzgar un libro es leerlo cuando se está al corriente de la materia o fiarse de los especialistas. Heuman dice más o menos lo mismo, cuando asegura que la señal de la bondad de un libro es el valor que le conceden quienes saben del tema que trata, sobre todo si no están influidos para preconizarlo, ni ligados al autor, ni interesados en la conformidad de religión o de opiniones sistemáticas. (Budd., *de criteriis boni libri, passim*; Wate, *hist. critic. ling. lat.*, c. VIII, pág. 320; *Mém. de Trev.*, año 1752, art. 17; Heuman, *comp. dup. litter.*, c. VI, part. 11, pág. 280 ss).

Digamos algo más preciso. Las señales más concretas de la bondad de un libro son:

1º. Si se sabe que el autor destaca en la parte absolutamente necesaria para tratar bien el tema concreto que ha elegido o si ya ha publicado alguna obra notable del mismo género. Así se puede concluir que Julio César entendía el oficio de la guerra mejor que P. Ramus; o que Catón, Palladio y Columella sabían más de agricultura que Aristóteles; o que Cicerón era mejor orador que Varrón. Añadamos que no basta que un autor esté versado en un arte: es preciso además que domine todas las ramas de ese mismo arte. Por ejemplo, hay gente que destaca en Derecho civil y que ignora el Derecho público. Saumaise, a juzgar por sus ensayos sobre Plinio, es un crítico excelente y parece muy inferior a Milton en su libro *defensio regía*.

2º. Si el libro trata sobre una materia que exige una gran lectura, hay que presumir que la obra es buena, siempre que el autor haya tenido los apoyos necesarios, aunque hay que esperar que esté repleto de citas, sobre todo si el autor es jurisconsulto, como dice Struvius.

3º. Un libro, cuya composición haya supuesto mucho tiempo, no puede dejar de ser bueno. Villalpando, por ejemplo, necesitó

cuarenta años para hacer su comentario sobre Ezequiel; Baronius, treinta para sus anales; Gousset, no menos para escribir sus comentarios sobre el hebreo; y Paul Emile, para su historia. Vaugelas y Lamy necesitaron otros tantos: uno para su traducción de Quintus Curtius Rufus y el otro para su tratado sobre el templo. Em. Thesauro estuvo cuarenta años trabajando en su libro *idea argutoe dictionis*, igual que el jesuita Carra en su poema *columbus*. Sin embargo, quienes consagran un tiempo tan considerable a un mismo tema raramente son metódicos y elevados, aparte de que tienden a debilitarse y resultar fríos, pues el espíritu humano no puede estar en tensión tanto tiempo con un mismo tema sin fatigarse, con lo que la obra se resiente. También es de notar que en los compendios voluminosos, el inicio es cálido, el intermedio templado y el final frío: *apud vastorum voluminum autores, principia fervent, medium tepet, ultima frigent*. Por eso hay que hacer provisión de materiales excelentes, cuando se quiere tratar un tema que exige un tiempo tan considerable. Eso es lo que observan los escritores españoles: esa exactitud les distingue de sus vecinos. Rara vez se equivoca el público en sus juicios sobre los autores, cuyas producciones les han supuesto muchos años, como le sucedió a Chapelain, que empleó treinta años para componer su poema *La Pucelle ou la France délivrée*, que le valió este epigrama de Montmaur: *Illa Capellani dudum expectata puella Post tanta in lucem tempora prodit anus*. Algunos, es cierto, han llevado este escrúpulo hasta un exceso miserable, como Pablo Manuzio, que tardó tres o cuatro meses en escribir una epístola; o como Isócrates, que tardó tres olimpiadas en escribir un panegírico. ¡Cuánta dedicación o, más bien, qué abuso de tiempo!

4°. Los libros que tratan de doctrina y están compuestos por autores imparciales y desinteresados son mejores que las obras hechas por escritores ligados a una secta particular.

5°. Hay que considerar la edad del autor. Los libros que exigen mucha dedicación los hacen, ordinariamente, mejor los jóvenes que los de edad más avanzada. Se nota más imaginación [*feu*] en

las primeras obras de Lutero que en las que ofreció al final de su vida. Con la edad las fuerzas se debilitan y aumentan las confusiones del espíritu: cuando ya se ha vivido cierto tiempo, uno confía demasiado en el propio juicio, se desdén hacer las investigaciones necesarias.

6°. Hay que considerar la edad y la condición del autor. Así se puede considerar buena una historia, cuyos hechos están escritos por una persona que ha sido testigo ocular o se ha ocupado de asuntos público; o que ha tenido conocimiento de actas públicas u otros monumentos auténticos; o que ha escrito de acuerdo con memorias seguras y verídicas; o que es imparcial, sin estar al servicio de los grandes, o no ha recibido honores, es decir, no ha sido corrompido con beneficios de los príncipes. Así, Salustio y Cicerón eran muy capaces de escribir bien la historia de la conjura de Catilina, pues ese evento famoso tuvo lugar ante sus ojos. Igualmente Davila, Commines, Guichardin, Clarendon, etc. estaban presentes en los hechos que describen. Jenofonte, ocupado en los asuntos públicos de Esparta, es una guía segura para todo lo relativo a esa república. Amelot de la Houssaye, que vivió mucho tiempo en Venecia, ha sido muy capaz de descubrirnos los secretos de la política de este Estado. Cambden ha escrito los anales de su tiempo. M. de Thou mantenía correspondencia con los mejores escritores de cada país. Puffendorf y Rapin Toyras han tenido acceso a los archivos públicos. Así, en la teología moral y práctica hay que ver quiénes están encargados de las funciones pastorales y de la dirección de las conciencias antes que los autores puramente especulativos y sin experiencia. En materia de literatura hay que anteponer a los escritores que han dirigido alguna biblioteca.

7°. Hay que tener en cuenta el tiempo y el siglo en que vivió el autor, pues, como dice Barclai, cada época tiene su genio particular. (Ver Barthol., *de lib. legend. dissert.*, pág. 45; Struv., *lib. cit.*, c. V, parág. 3, pág. 390; Budd., *dissert. de crit. boni libri*, parág. 7, pág. 7; Heuman, *comp. reip. litter.*, pág. 152; Struv., *lib. cit.*, parág. 4, pág. 393; *Miscell. Leps.*, t. 3, pág. 287; Struv., *lib. cit.*, parág. 5,

pág. 396 ss; Baillet, c. X, pág. XXXX y c. IX, pág. 378; *Id.* c. I. pág. 121 ss; Barthol., *dissert.* 2, pág. 3; Struv., parág. 6, pág. 46. y parág. 15, pág. 404 y 430; Heuman, *Via ad histor. litter.* c. VII, parág. 7, pág. 356).

Hay quien cree que se debe juzgar un libro según su tamaño, siguiendo la regla del gramático Calímaco: cuanto más voluminoso es un libro, más repleto está de cosas malas [*mega biblion mega kakon*] (Ver Barthol., *lib. cit.*, *Dissert.* 3, pág. 62 ss). y que una sola hoja de los libros de las sibilas era preferible a los vastos anales de Volusius. Sin embargo, Plinio es de la opinión contraria, a menudo cierta: un buen libro es tanto mejor cuanto más voluminoso *bonus liber melior est quisque, quo major* (Plin. *epist.* 20, lib. I). Marcial nos enseña un remedio bastante fácil contra la inmensidad de un libro: leer poco del mismo.

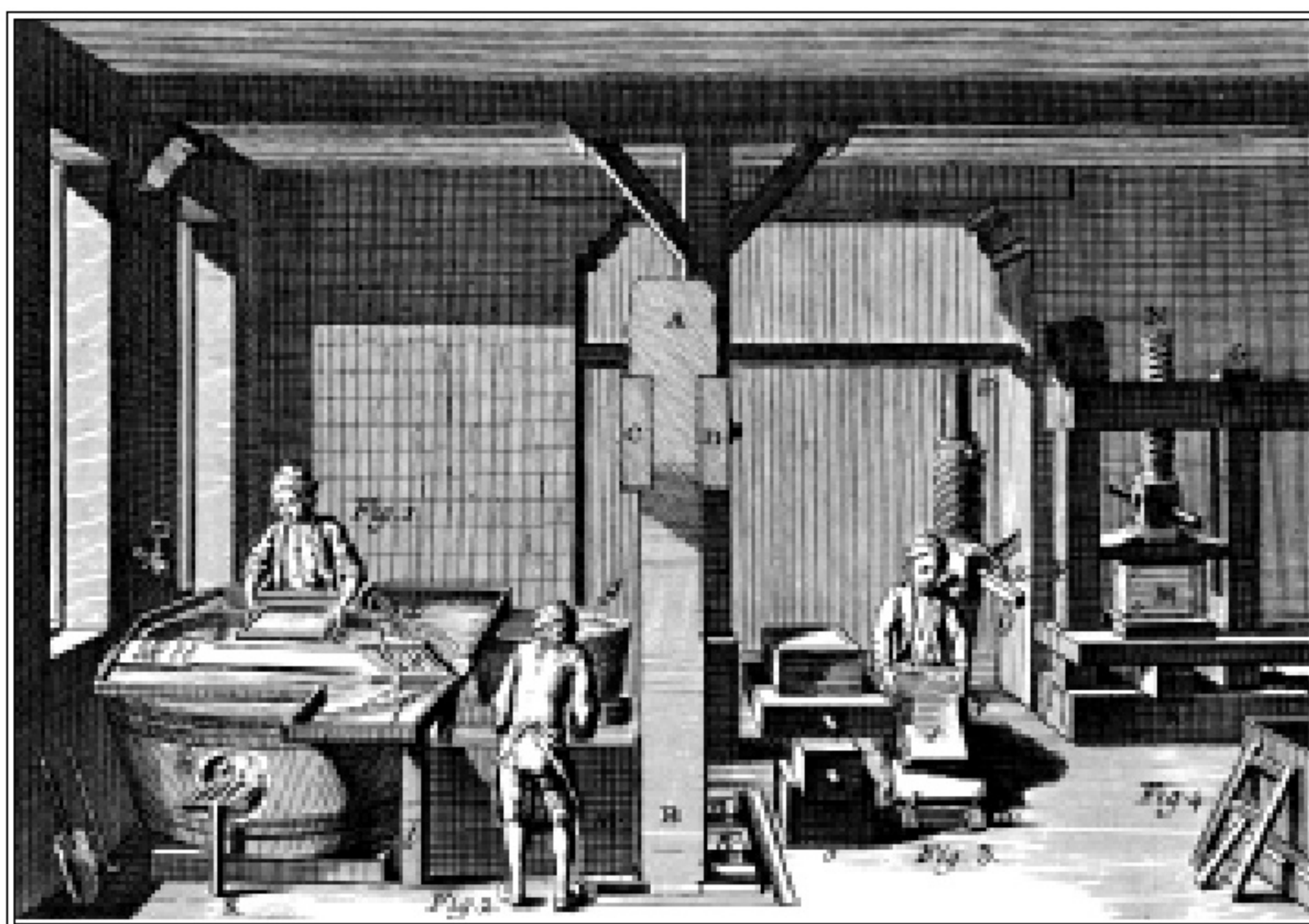
Así, la brevedad de un libro es una presunción de su bondad. Es preciso que un autor sea o ignorante o estéril para no producir una hoja o decir algo curioso, o no escribir unas pocas líneas interesantes. Con todo, son precisas muchas otras cualidades para mantenerse firme, en cuanto al tema o al estilo, en el curso de un volumen grueso: un autor siempre está sujeto a debilitarse, a adormecerse, a decir cosas vagas o inútiles. ¿En cuántos libros no hay un preámbulo pesado y una larga fila de palabras superfluas antes de llegar al tema? Luego, a lo largo de la obra, ¡cuántas elongaciones y cosas aducidas únicamente para engrosarla! Eso es más raro en una obra corta, en que el autor debe entrar enseguida en materia, tratar cada parte vivamente y cautivar al lector mediante la novedad de las ideas e, igualmente, con la energía o gracia del estilo; incluso los mejores autores, cuando componen gruesos volúmenes, raramente evitan los detalles inútiles y es casi imposible no encontrar en ellas expresiones atrevidas, observaciones y pensamientos repetidos y comunes. (Ver Adisson, *Le Spectateur* [Spectator], n° 124).

Por cuanto se refiere a los libros, ver en los autores que han escrito sobre la historia literaria, las bibliotecas, las ciencias, las

artes, etc. sobre todo Salden, *Christ. Liborius, id est Gull. Saldenus, BIBLIOFILIA, sive de libr. scrib. & leg.*, Houtrecht 1681 in 12° & Amsterdam 1688 in 8°; Struvius, *introd. ad hist. litter.*, c. V, parág. 21, pág. 454; Barthol. *de lib. legend.*, 1671. in 8°. & Francof. 1711 in 12; Hodannus, *dissert. de lib. leg.*, Hanov. 1705 in 8°; Sacchinus, *de ratione libros cum profectu legendi*, Lips. 1711; Baillet, *jugement des Savans sur les principaux ouvrages des auteurs*, t. I; Buddeus, *de criteriis boni libri*, Jenae 1714; Saalbach, *schediasma, de libr. veterum griphis*, 1705 in 4°; Fabricius, *bibl. ant.*, c. XIX, part. VII, pág. 607; Reimman, *idea system. antiq. litter.*, pág. 229 ss; Gabb. Putherbeus, *de tollendis & expurgandis malis libris parti*, 1549 in 8°; Struvius, *lib. cit.*, c. VIII, pág. 694 ss; Théophil. Raynaud, *cromata de bonis & malis libris*, Lyon 1683 in 4°; Morhoff, *polyhistor. litter.*, lib. I, c. XXXVI, nº 28, pág. 117; Schufner, *dissert. acad. de multitud. libror.*, Jenae, 1702 in 4°; Lauffer, *dissert. advers. nimiam libr. multitud.* Ver también *Le journal des savans*, t. XV, pág. 572. chr. got.; Schwartz, *de or. lib. apud veter.*, Lips. 1705 y 1707; Reimm. *idea system. ant. litter.*, pág. 335; Erenius, *de libr. scriptor. optimis & utilis.*, Lugd. Batav. 1704 in 8°. del que hay un resumen en *acté-rudit. Lips.*, año 1704, pág. 526 ss. Igualmente se pueden consultar diversos autores, que han escrito sobre la misma materia.

Censores de libros: ver Censeur.

[*Sigue una relación de todos los tipos de libros utilizados en el comercio (almacén, cuentas ...)*]



LIBRERÍA

Arte, profesión de libreros. *Typographorum, vel Bibliopolarum ars, conditio*. Es un oficio que pasa de padres a hijos. Se denuncia que la librería ya no vale nada, que el tráfico de libros ya no funciona. Todos los libreros se han unido para elegir a un síndico y unos adjuntos.

En otro tiempo, librería se refería a una biblioteca, un gran montón de libros (biblioteca). Enrique IV dice a Casaubon que quería que cuidara de su librería. En el siglo pasado, en la casa del rey se llamaba *maestro de la librería* al oficial que hoy llamamos comúnmente *bibliotecario* del rey. M. de Thou fue maestro de la librería; hoy lo es Bignon. También se dice guardián de la librería, tanto del gabinete del Louvre como del séquito de S. M. Las librerías de los monasterios eran tanto el almacén como los manuscritos: hoy esta acepción está en desuso. Los capuchinos y otras órdenes religiosas dicen aún *nuestra librería*, pero para referirse a *nuestra biblioteca*.

En su género de comercio da prestancia si quien la ejerce tiene la inteligencia y las luces que exige. Esta profesión deber considerarse una de las más nobles y distinguidas. El comercio de los libros es uno de los más antiguos que se conoce; desde el año 1816

ya había una biblioteca famosa construida por encargo del tercer rey de Egipto.

La librería se divide naturalmente en dos ramas: antigua y nueva; la primera, dedicada al comercio de libros antiguos y la otra al de los nuevos. La primera exige un conocimiento muy amplio de las ediciones, de su diferencia y de su valor; en fin un estudio actualizado de los libros raros y singulares. Los difuntos Martin, Boudot y Piget destacaron en este ámbito; actualmente otros siguen su camino. En la nueva librería, este conocimiento de las ediciones, sin ser esencial ni, incluso, necesario, no es del todo inútil y puede dar mucha gloria a quien lo tiene; su estudio particular ha de ser el del gusto del público, sondeándolo continuamente y haciendo una previsión: a veces resulta visible y no se trata más que de seguirlo.

Carlomagno, al asociar la librería a la universidad, le confirió las mismas prerrogativas; desde entonces la librería compartió con este cuerpo los mismos derechos y privilegios que la hicieron franca, libre y exenta de cualquier contribución, préstamos, tasas, recaudaciones, subsidios e impuestos. Felipe VI, llamado de Valois, también honró a la librería con su protección mediante diversas prerrogativas; Carlos V las confirmó y añadió otras; en fin, Carlos VI siguió el ejemplo de sus predecesores; la imprenta aún no existía. El nacimiento de este dichoso arte, que multiplica hasta el infinito con una nitidez admirable y una inimaginable facilidad, lo que costaba tantos años copiar a pluma, renovó la librería: ¡cuántas empresas considerables extendieron su comercio o, incluso, la recrearon! Este precioso descubrimiento atrajo la mirada de nuestros soberanos y ocho reyes consecutivos la juzgaron digna de su atención; la librería compartió sus privilegios. Actualmente ya no existen las exenciones de que hemos hablado: el tiempo, que todo lo destruye, la necesidad de compartir la carga del Estado y de ser, ante todo, ciudadanos casi las han abolido.

El canciller de Francia es el protector nato de la librería. Cuando M. de Lamoignon sucedió en este cargo a M. d'Aguesseau,

de feliz memoria, sabedor de la importancia de las letras para el Estado y la relación de éstas con la librería, sus primeras disposiciones se encaminaron a escoger como jefe de la misma a un magistrado amante de los sabios y de las ciencias. Bajo los nuevos auspicios de M. de Malesherbes, la librería cambió de aspecto, adquirió una nueva forma y nuevo vigor; su comercio se acrecentó, se multiplicó, de manera que, al cabo de pocos años y casi al mismo tiempo, se la vio florecer y llevar a cabo las empresas más considerables. Se pueden citar aquí algunas: la historia de los viajes, la historia natural, las transacciones filosóficas, el catálogo de la biblioteca del rey, la diplomática, los historiadores de Francia, la colección de las ordenanzas, la colección de autores latinos, Sófocles y Estrabón en griego, la colección de planchas de la *Encyclopédie* ..., obras a las que se podría haber añadido la misma *Encyclopédie*, si no la hubieran suspendido unas desgraciadas circunstancias. Aquí queremos poner de manifiesto cuanto debemos a su benevolencia. A este magistrado, que ama las ciencias y descansa de sus penosas funciones con el estudio, se debe que Francia tenga esa emulación que é ha alumbrado y mantiene a diario con los sabios —una emulación, que ha producido tantos libros excelentes y profundos, tanto que solo la Química (tan descuidada en otro tiempo) ha visto en poco tiempo más tratados que partidarios tenía esta ciencia oculta hace pocos años.

[B.E.R.M.]



TRADUCCIÓN

Traducción, sinónimo de versión: con estos dos términos se entiende por igual la copia que se hace en una lengua de un discurso enunciado primeramente en otra, como del hebreo al griego, del griego al latín, del latín al francés, etc. Sin embargo, el uso ordinario nos indica que estos dos términos difieren entre ellos por algunas ideas accesorias, pues uno se utiliza en muchos casos en que se podría utilizar el otro: hablando de las Sagradas Escrituras, se dice la *Versión de los setenta*, la *Versión vulgata*, mientras no se diría la *Traducción de los setenta* o la *Traducción vulgata*; en cambio, se dice que Vaugelas ha hecho una excelente traducción de Quinto Curcio, nunca se diría que ha hecho una excelente versión.

Me parece que la versión es más literal, más pegada a los procedimientos propios de la lengua original, más sometida en sus medios a las visiones de la construcción analítica; la traducción, en cambio, se ocupa más del fondo de las ideas, está más atenta a presentarlas de la forma más conveniente a la nueva lengua y más sometida en sus expresiones a los giros y modismos de esta lengua. Esa es la razón de que digamos *versión vulgata* y no *traducción vulgata*, pues el autor ha intentado, por respeto al texto sagrado, seguirlo literalmente y, hasta cierto punto, poner el hebreo a disposición del vulgo bajo las simples apariencias del latín, del que

toma las palabras. *Miserunt Judoei ab Jerosolimis sacerdotes & levitas ad eum, ut interrogarent eum: tu quis es?* (Joan. j. 19.). He ahí palabras latinas, pero no latinidad, pues no era esta la intención del autor: en la interrogación directa, *tu quis es*, se muestra de manera evidente el hebraísmo puro, mientras los latinos habrían preferido la pregunta oblicua *quis* o *quisnam esset*, en cuyo caso se vería comprometida la integridad del texto original. Pasado a nuestra lengua, diríamos: *los judíos le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le interrogaran: ¿tú quién eres?* Esta sería una versión francesa del texto; si lo adaptamos a los giros de nuestra lengua, diríamos: *los judíos le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para saber de él mismo quién era*; esto sería una traducción.

El arte de la traducción supone necesariamente el de la versión; por eso, las traslaciones que se mandan hacer a los jóvenes en nuestros colegios del latín o del griego al francés se denominan acertadamente versiones: los primeros ensayos de traducción no pueden, ni deben, ser otra cosa.

La versión literal encuentra sus primeras luces en la marcha invariable de la construcción analítica, que sirve para observar los modismos de la lengua original y ofrecer inteligencia, rellenando los vacíos de la elipsis, suprimiendo las redundancias del pleonismo, reconduciendo a la rectitud del orden natural las desviaciones de la construcción usual. [Ver Inversión, Método, Suplemento, etc].

La *traducción* añade a los descubrimientos de la *versión* literal el giro propio del genio de la lengua en que pretende explicarse: no utiliza los apoyos analíticos más que como medios que permiten entender la idea; pero debe transmitir esa idea como se haría en el segundo idioma, si se hubiera concebido sin recogerla de una lengua extranjera. No hay que suprimir ni añadir ni cambiar nada, pues eso ya no sería ni *versión*, ni *traducción*, sino *comentario*.

No pudiendo exponer aquí un tratado desarrollado de los principios de la traducción, se me permitirá ofrecer sólo una idea gene-

ral, empezando por un ejemplo de traducción que, a pesar de proceder de un gran maestro, aún me parece reprehensible.

Cicerón, en su libro titulado *Brutus o sobre oradores ilustres* (cap. XXXI), se expresa así: *Quis uberior in dicendo Platone? Quis Aristotele nervosior? Theophrasto dulcior?* El pasaje lo trasladó al francés M. de la Bruyere en su discurso sobre Teofrasto: “¿Quién más fecundo y más abundante que Platón; más sólido y firme que Aristóteles; más agradable y dulce que Teofrasto?”. Esto, más que una traducción, es un comentario y, como mínimo, un comentario inútil. *Uberior* no significa al mismo tiempo más fecundo y más abundante; la fecundidad produce la abundancia y entre una y otra hay la misma diferencia que entre la causa y el efecto; la fecundidad estaba en el genio de Platón y produjo la abundancia que está en sus escritos.

Nervosus significa propiamente vigoroso y el efecto inmediato de esta feliz constitución es la fuerza, cuyos nervios son el instrumento y la fuente: el sentido figurado no puede reemplazar al sentido propio más que por analogía y *nervosus* ha de expresar al mismo tiempo la fuerza o la causa de la fuerza. Así, pues, *nervosior* no significa más sólido y más firme: la fuerza de que se trata *in dicendo* es la energía.

Dulcior (más agradable y más dulce) no expresa más que la dulzura; añadir el agrado es forzar el original, pues el agrado puede ser un efecto de la dulzura, pero también puede proceder de otra causa. Además, ¿por qué recargar el original? Eso no es traducirlo, sino comentarlo; ya no es copiarlo, sino desfigurarle.

Añádase que, en su pretendida traducción, M. de la Bruyere no respeta la expresión *in dicendo*, esencial en el original, pues determina el sentido de los tres adjetivos: *uberior*, *nervosior*, *dulcior*; la construcción analítica, que es el fundamento de la versión y, por tanto, de la traducción, lleva a suponer la frase así: *quis fuit uberior in dicendo prae Platone? quis fuit nervosior in dicendo prae Platone? quis fuit dulcior in dicendo prae Theophrasto?* Por

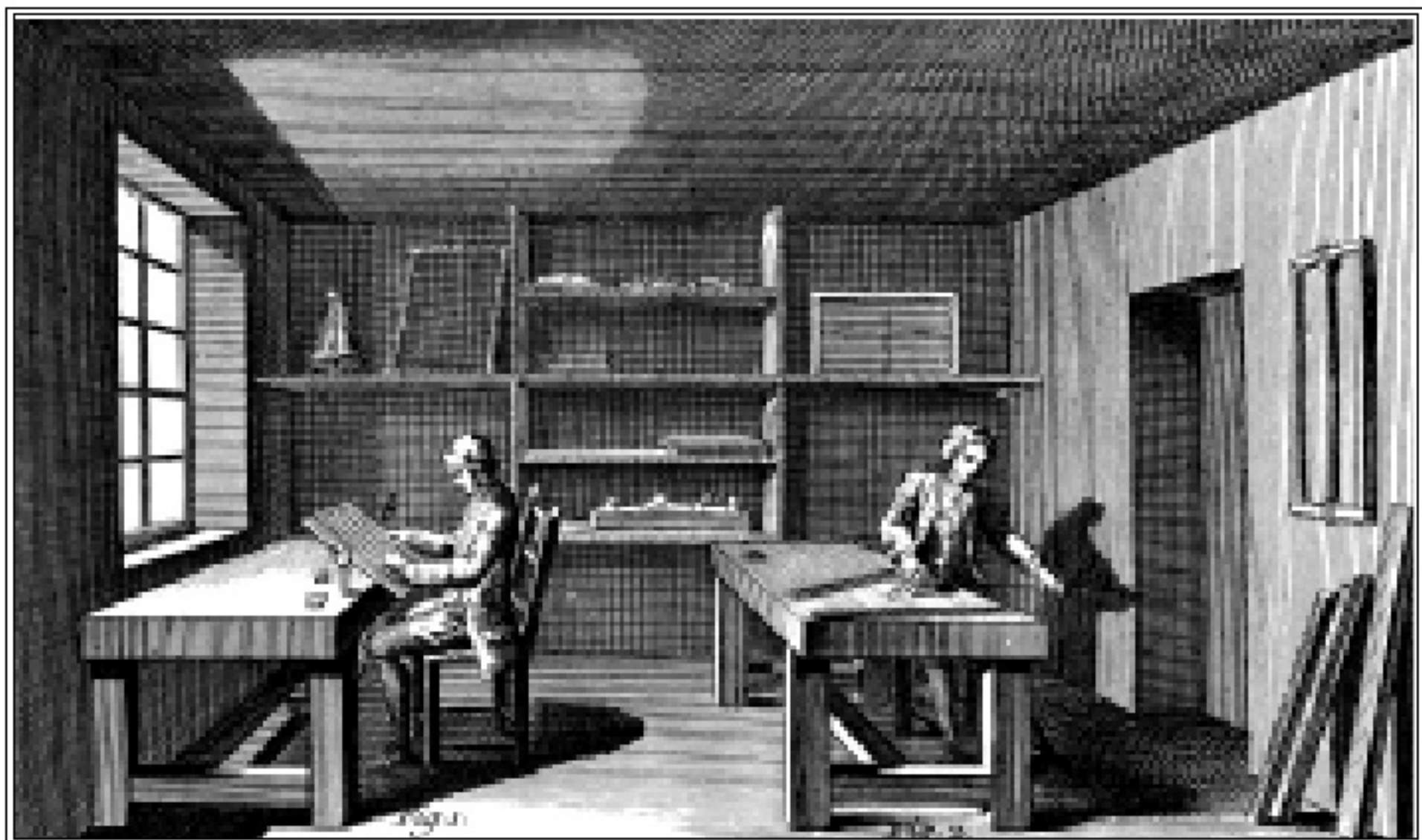
tanto, en cuanto se trata de la *expresión*, es evidente que estos adjetivos han de enunciar los efectos que han producido las causas que existían en el genio de los grandes hombres referidos.

Estas reflexiones me llevarían, pues, a traducir este pasaje así: *¿Quién tiene, en su elocución, más abundancia que Platón, más nervio que Aristóteles, más dulzura que Teofrasto?* Si esta traducción no es todo lo exacta que podría ser, al menos creo haber indicado lo que hay que conservar en ella: el orden de las ideas del original, la precisión de su frase y la propiedad de sus términos. (Ver Sinécdoque, & 11. La crítica de una traducción de M. du Marsais y en la entrada Método, la versión y traducción de un pasaje de Cicerón). Confieso que no siempre es una tarea fácil, pero quien no lo intenta no llega a su meta.

Dice Batteux (*Cours de belles-lettres*, part. III, sec. IV): “Cuando se trata de representar en otra lengua las cosas, pensamientos, expresiones, giros y tonos de una obra; las cosas tal como son, sin añadir, ni suprimir, ni cambiar nada; los pensamientos con sus colores, sus gradaciones y matices; los giros que dan fuego, espíritu y vida al discurso; las expresiones naturales, figuradas, fuertes, ricas, graciosas, delicadas, etc.; el conjunto según un modelo, que ordena con dureza y quiere que se le obedezca de buen grado: es preciso, si no tanto genio, al menos sí el mismo gusto para traducir que para componer. Tal vez, incluso más. El autor que compone, llevado siempre por una especie de instinto siempre libre y por su materia, que le presenta ideas que puede aceptar o rechazar a voluntad, es dueño absoluto de sus ideas y expresiones: si la idea no le conviene o si la expresión no se adecua a la idea, puede rechazar una y otra: *quoque desperat tractata nitescere posse, relinquit*. El traductor no es dueño de nada; está obligado a seguir en todo a su autor y a plegarse a todas sus variaciones con un tacto infinito. Hay que considerar la variedad de tonos, que se encuentran necesariamente en un mismo tema y, con mayor razón, en un mismo género ... Para dar cuenta de todas esas gradaciones, primero hay que haberlas percibido y, luego,

dominar de manera poco común la lengua que se pretende enriquecer con el botín extranjero. Por eso, hay que tener un buen concepto de una traducción bien hecha”.

En efecto, nada más difícil y raro que una excelente traducción, pues nada más difícil y raro que mantenerse en el justo medio entre la licencia del comentario y la servidumbre de la literalidad. Atenerse demasiado escrupulosamente a la letra destruye en espíritu y es éste el que da vida; demasiada libertad destruye los rasgos característicos del original y se hace una copia infiel. Es lamentable que las revoluciones de los siglos nos hayan despojado de las traducciones que Cicerón hizo del griego al latín de las famosas arengas de Demóstenes y de Esquino: seguro que nos servirían de modelos seguros y no habría más que consultarlas con inteligencia para traducir enseguida con éxito. Tengamos presente el método que él mismo se prescribió para ese tipo de obras y del que da cuenta en su tratado *De optimo genere oratorum*. Es e compendio más preciso, luminoso y verdadero de las reglas que conviene seguir en la traducción; puede haber principios más desarrollados, pero hay que saber captar el espíritu. Dice él: *Converti ex atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter se contrarias, Eschinis Demosthenisque; nec converti ut interpretes, sed ut orator, sentiis iisdem, & earum formis tanquam figuris; verbis ad nostram consuetudinem aptis, in quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere, fed genus omnium verborum vimque servavi. Non enim ea me ennumerare lectori putavi oportere, sed tanquam appendere.*



IMAGEN

En *Óptica* es la pintura natural y con gran parecido que se hace de los objetos, cuando se colocan frente a una superficie bien pulida. (Ver Espejo)

Más en general, imagen significa el espectro o representación de un objeto que se ve por reflexión o por refracción. (Ver Visión)

Uno de los problemas más difíciles de la Óptica es determinar el lugar aparente de la imagen de un objeto que se ve en un espejo o a través de un cristal. (Ver lo dicho en los artículos Aparente, Espejo, Dióptrico, etc.)

Imagen (*Hist. antigua y moderna*) se dice de las representaciones artificiales que hacen los hombres en pintura o escultura; el término imagen, en cierto sentido, está consagrado a las cosas santas o consideradas como tales. El uso y la adoración de las imágenes han sufrido muchas contradicciones en el mundo. La herejía de los iconoclastas (destructores de imágenes) que empezó bajo León Isaurio en el año 724 inundó el imperio griego de masacres y crueldades, tanto bajo su mandato como bajo el de su hijo Constantino V Copronimo; sin embargo, la Iglesia griega no abandonó el culto de las imágenes y la de Occidente tampoco lo condenó. El Concilio de Nicea, que tuvo lugar bajo Constantino e Irene,

restableció la situación; y el de Francfurt no condenó esas decisiones más que por un error de facto y por una versión falsa. Entre los años 815 y 855 el furor de los iconoclastas se reavivó en Oriente: entonces la herejía quedó totalmente extinguida, aunque diversas sectas, empezando por los *Petrobrusiens* y los *Henriciens*, la reactivaron en Occidente después del siglo XII. Tras el examen de todo lo ocurrido y juzgando de manera sana las cosas, se ve que estos sectarios y sus sucesores han hecho una infinidad de falsas imputaciones a la Iglesia romana, cuya doctrina siempre ha sido no conceder a las imágenes más que un culto relativo y subordinado, muy distinto del culto de latría, como se puede ver en la exposición de la fe de M. Bossuet. Así, todos esos libros, proclamas y sátiras de los ministros de la Religión Pretendidamente Reformada para probar que los católicos romanos idolatraban y violaban el primer mandamiento del decálogo no son otra cosa que el sofisma que los dialécticos denominan *ignoratio elenchi*. Esos artificios son buenos para seducir a los ignorantes, pero resulta sorprendente que el espíritu partidista haya ofuscado a gente hábil hasta el punto de que se hayan atrevido a publicar semejantes escritos y les haya impedido discernir los abusos, que se podían encontrar en el culto de las imágenes, respecto de lo que la Iglesia ha creído siempre y del fundamento de su doctrina.

Los luteranos culpan a los calvinistas de haber roto las imágenes en las iglesias de los católicos y consideran esta acción como una especie de sacrilegio, por más que traten también a los católicos de idólatras por haber mantenido su culto. Los griegos han llevado ese culto tan lejos que algunos han reprochado a los latinos que no guardan respeto a las imágenes; con todo, la Iglesia de Oriente y la de Occidente no han disputado más que sobre los términos, nunca sobre el fondo, en el que están de acuerdo.

Los judíos condenan absolutamente las imágenes y no permiten ni estatuas ni figuras en sus casas, mucho menos en sus sinagogas y demás lugares consagrados a sus devociones. Los mahometanos tampoco las permiten y, en parte por eso, han des-

truido la mayoría de bello monumentos de la antigüedad sagrada y profana que había en Constantinopla.

Los romanos conservaban con mucho cuidado las imágenes de sus ancestros y las llevaban en sus pompas fúnebres y triunfos. En general, eran de cera y de madera, aunque también las había a veces de mármol o de bronce. Las colocaban en los vestíbulos de sus casas, donde permanecían aunque la casa cambiara de dueño, porque se consideraba impío desplazarlas.

Appius Claudius fue el primero que las introdujo en los templos, el año 259 de Roma, añadiendo unas inscripciones para señalar el origen y las acciones notables de los representados en ellas. No estaba permitido a todo el mundo llevar las imágenes de sus ancestros en las pompas fúnebres: ese honor se concedía a quienes lo habían merecido gloriosamente en sus trabajos. Además, se rompían las imágenes de quienes eran culpables de algunos crímenes.

Imagen (*Bellas Letras*) se dice también de las descripciones que se hacen mediante discursos. (Ver Descripción).

Según la definición que ofrece Longino, las imágenes son ideas adecuadas para ofrecer expresiones y que presentan una especie de pintura al espíritu.

En otra parte, da a este término un sentido mucho menos amplio; así dice que las imágenes son discursos que pronunciamos cuando, por una especie de entusiasmo o emoción extraordinaria del alma, creemos ver las cosas de que hablamos y que tratamos de pintarlas para que quienes nos escuchan las vean.

Las imágenes, en la Retórica, tienen un uso completamente diferente del que hacen los poetas. La finalidad de la poesía es el asombro y la sorpresa, mientras en la prosa se trata de pintar bien las cosas y hacer que se vean claramente. Sin embargo, tienen en común que tienden a emocionar. (Ver Poesía).

Estas imágenes o pinturas son de gran ayuda para conferir peso, magnificencia y fuerza al discurso: le dan calor, lo animan y,

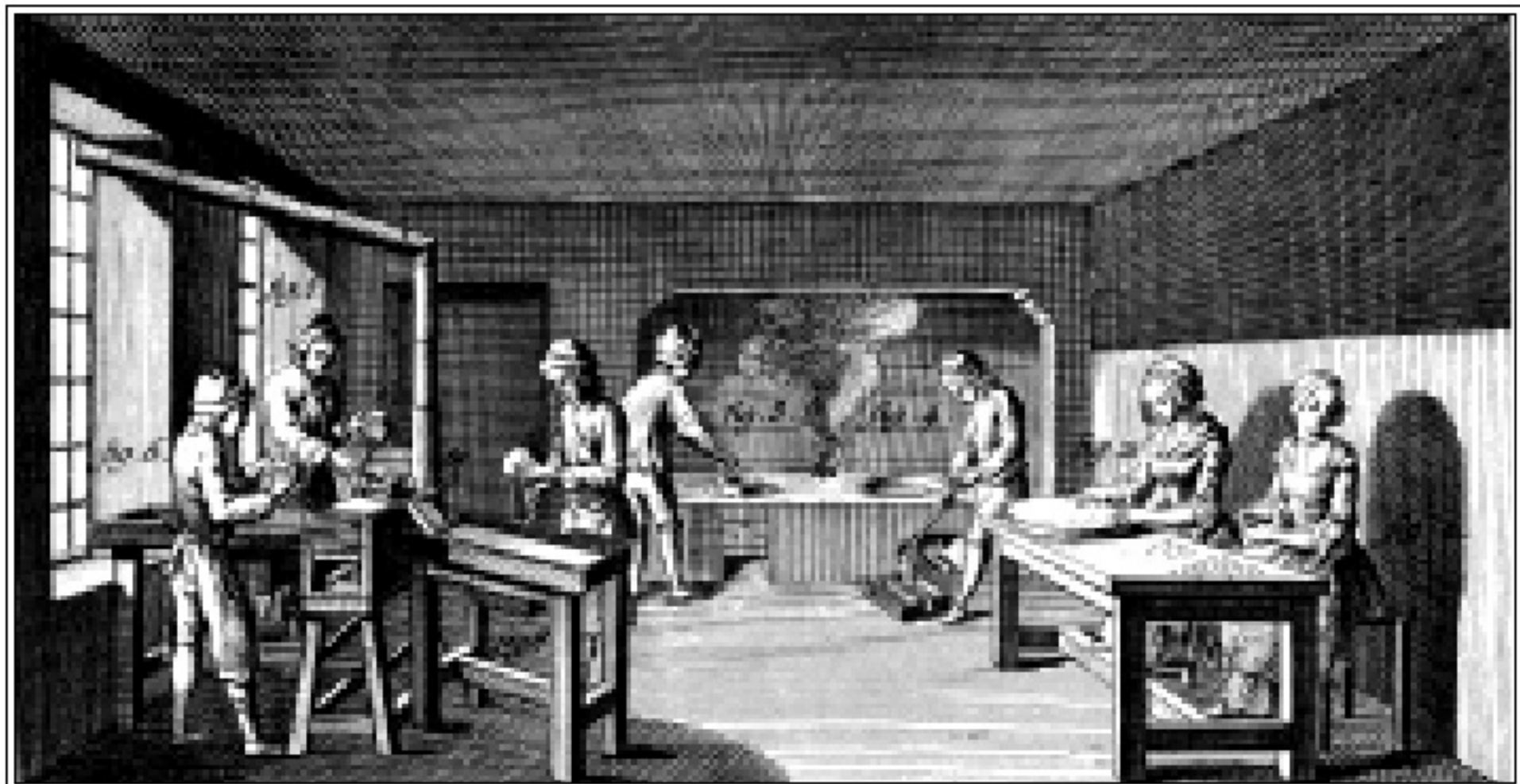
cuando se mezclan con arte, doman y someten –por decirlo así– a quien las escucha.

Tanto en elocuencia como en poesía, generalmente se llama imagen a toda descripción corta y viva, que presenta los objetos a los ojos tanto como al espíritu. Tal es, en Virgilio, la pintura de la consternación de la madre del [guerrero troyano] Euryale al conocer la muerte de su hijo: *Miseroe calor ossa reliquit, Excussi manibus radii, revolutaque pensa.* (*Eneida*, IX) o esta otra de Verrès por Cicerón: *Stetit soleatus proetor populi romani, cum pallio purpureo, tunicaque talari, mulierculâ nixus in littore*; o esta imagen de Racine en *Athalie*:

De princes égorgés la chambre étoit remplie, Un poignard à la main l'implacable Athalie Au carnage animoit ses barbares soldats. (Ver Hypotipose)

Imagen (*Grabado*) se dice también de ciertas estampas piadosas, u otras, grabadas de manera basta. De ahí proviene el sustantivo imaginero [*imager*] o comerciante de imágenes, y se dice de quienes tienen curiosidad por los libros adornados con estampas o les gustan las imágenes.

[A continuación describe cómo se hacen imágenes y medallas con cola de pez]



ESTAMPA

Estampa (*Grabado*): se llama estampa a la huella de unos trazos calados sobre una materia sólida. Para tratar de explicarme más claramente me referiré al grabado como a la causa cuyo efecto es la estampa, apoyándole en las explicaciones que me ha facilitado M. Mariette. Este ilustre aficionado trabaja en la historia del grabado y en la de los artistas famosos que han grabado. Su obra nos ofrecerá, sin duda, materiales para enriquecer un segundo artículo que, bajo la entrada de Grabado, será como un complemento necesario de éste.

Para producir una estampa se calan unos trazos sobre una materia sólida; esos trazos se rellenan con un color suficientemente líquido como para transferirse a una sustancia flexible y húmeda, como el papel, la seda, la vitela, etc. Esta sustancia se aplica sobre los trazos calados y rellenos de un color desleído. Mediante una máquina se presiona la sustancia que ha de recibir la huella contra el cuerpo sólido que la ha de transferir; inmediatamente se separan: así, el papel, la seda o la vitela, depositarios de los trazos impresos, reciben el nombre de estampa.

Esta maniobra (cuyos detalles reservo para las entradas correspondientes: Impresión, Grabado, etc.) basta para entender de una manera general lo que significa el término estampa; sin embargo,

como hay muchos tipos de estampas y la manera de producirlas –por una particularidad muy notable– es moderna, mientras que el Grabado es tan antiguo que no se puede datar su origen, entraré en algunos detalles.

No se puede dudar de la antigüedad del Grabado, pues, sin hablar de una infinidad de citas y pruebas de todo tipo, las obras de los egipcios, aún existentes, sobre todo sus obeliscos adornados con figuras jeroglíficas grabadas, son pruebas irrefutables de que este arte ya era usual en uno de los pueblos más antiguos que conocemos. Es igualmente verosímil que, para fijar el origen de este arte, habría que remontarse a la época en que los primeros hombres buscaron los medios para hacerse entender unos con otros sin la ayuda de la voz. Sin duda, el primer tipo de escritura fue la elección de figuras y trazos marcados y calados sobre una materia dura que, resistente a las inclemencias del tiempo, pudiera transmitir su significado; y si esta conjetura es plausible, el arte de grabar puede vanagloriarse de una enorme antigüedad. Ahora bien, uno de sus efectos (el más simple y, a la vez, más precioso), el arte de multiplicar los trazos hasta el infinito mediante impresiones, no nació sino hacia mediados del siglo XV. Los italianos dicen que fue un orfebre, llamado Maso o Thomas Finiguerra, quien hizo este descubrimiento. Los alemanes pretenden, en cambio, que la pequeña ciudad de Bockholt (en el obispado de Münster) fue la cuna del arte de las estampas; según ellos, este descubrimiento se debió a un simple pastor llamado François. Lo que parece cierto es que, viniera de donde viniera, fue sólo fruto del azar. Con todo, si la industria de los hombres se ve así humillada por el origen de la mayoría de sus más singulares invenciones, puede enorgullecerse por la rápida perfección a la que lleva, en poco tiempo, los medios nuevos, con que el azar la enriquece.

Un orfebre o un pastor cae en la cuenta de que unos trazos calados quedan reproducidos sobre una superficie que los ha tocado: no se necesitan tres siglos para que todos los conocimientos humanos se enriquezcan mediante las estampas. Ese corto espacio de tiempo basta para que cada uno de quienes se ocupan de las ciencias y de las artes puedan disfrutar, con poco gasto.



DIARIO, [*Journal*]

(*Gram., Literat., Comercio, etc*): memoria de lo que se hace, de lo que pasa cada día.

En términos de Comercio, es un determinado libro o registro, de que se sirven los comerciantes para escribir, día a día, todos los asuntos de su comercio, a medida que se van presentando.

Hoy se da el nombre de diario [*journal*] a determinadas obras, que contienen el detalle de lo que ocurre diariamente en Europa (Ver *Gazette*).

En literatura: diario u obra periódica, que contiene los extractos [resúmenes] de los libros que se acaban de imprimir, detallando los descubrimientos que se hacen a diario en las artes y las ciencias.

El primer diario de este tipo aparecido en Francia es el *Journal des Savans*, que ha surgido con el propósito de socorrer a quienes están demasiado ocupados o son demasiado perezosos para leer libros enteros. Es una manera de satisfacer su curiosidad y de conseguir ser sabio [*savant*] sin mucho esfuerzo. Como esta idea ha parecido muy cómoda y muy útil, se ha imitado en la mayoría de los demás países con una infinidad de títulos diferentes: *Acta eruditorum* de Leipzig, *Nouvelles de la république des Lettres* de M.

Bayle, *Bibliothèque universelle choisie & ancienne, & moderne* de M. le Clerc, *Memoires de Trévoux*, etc. En 1692, Juncker publicó en latín un *Traité historique des journeaux des Savans*, publicados en diversas partes de Europa. Wolfius, Struvius, Morhoff y Fabricius han hecho más o menos lo mismo.

Las memorias y la historia de la Academia de las Ciencias, las de la Academia de Bellas Artes, las *Ephemerides* o *Miscellanea naturae curiosorum*, los *Saggi di naturali esperienze fatte nell' academia del cimento*, las *Acta philo-exoticorum naturae & artis* (aparecidas entre marzo de 1686 y abril de 1687 y que son una historia de la Academia de Brescia), las *Miscellanea Berolinensia* (en latín, son la historia de la Academia real de las Ciencias y las Bellas Artes e de Prusia, ahora en francés), los comentarios de la Academia imperial de Petersburgo, las memorias del Instituto de Bolonia, las *Acta literaria Sueciae* (que aparecen en Upsala desde 1720), las memorias de la Academia real de Estocolmo (iniciadas en 1740), los *Commentarii societatis regiae Gottingensis* (iniciadas en 1750), las *Acta Erfordiensia*, las *Acta Helvetica*, las *Acta Norimbergica*, las Transacciones filosóficas de la Sociedad e Londres, las actas de la Sociedad de Edimburgo, los ensayos de la Sociedad de Dublín y otras obras semejantes no son *diarios*, en que se dé cuenta de obras nuevas, pero sí colecciones de memorias, hechas por los sabios [*savants*], que componen esas diferentes sociedades del saber [*societés savantes*].

Se suele otorgar la gloria de la invención de los *diarios* a Photius; sin embargo, su biblioteca no es exactamente lo que son nuestros diarios, ni siguen el mismo plan; son resúmenes y extractos de libros que él había leído durante su embajada en Persia.

M. de Salo fue el primero en iniciar el *Journal des Savans*, en París, en 1665, bajo el nombre de sieur d'Hedouville; pero, su muerte, acaecida poco tiempo después, interrumpió este proyecto. El abad Gallois lo retomó a principios de 1666 y, en 1674, lo cedió al abad de la Roque, que lo continuó durante nueve años; su sucesor, M. Coussin, lo hizo hasta 1702, cuando el abad Bignon consti-

tuyó una nueva compañía, a la que asignó la tarea de continuar el *Journal*. Al mismo tiempo se le dio un nuevo formato y se aumentó. Esta compañía aún persiste hoy; su inspección está a cargo de M. de Malesherbes. Así, pues, el *Journal des Savans* ya no es obra de un solo auto, pues en él trabajan muchas personas.

Posteriormente han aparecido otros diarios franceses, como las *Memoires & conférences sur les Sciences & les Arts*, a cargo de M. Denys, durante los años 1672, 1673 y 1674; los nuevos descubrimientos sobre las diversas partes de la medicina, a cargo de M. de Blegny, en 1679; el *Journal de Medecine*, iniciado en 1684 y otros parecidos, que ha sufrido una gran discontinuidad desde su inicio: hoy lo sigue publicando el médico M. Roux.

Las *Nouvelles de la république des Lettres*, que M. Bayle inició en 1684 y que M. de la Roque, con algunos amigos de Bayle y M. Bernard han continuado desde febrero de 1687, cuando una enfermedad obligó a Bayle a retirarse hasta 1689. Después de una interrupción de nueve o diez años, M. Bernard las reanudó a principios de 1699 y las continuó hasta 1710. La *Histoire des ouvrages des Savans*, por M. Basnage, empezó en 1686 y terminó en 1710. La *Bibliothèque universelle & historique* de M. le Clerc se ha continuado hasta 1693 y contiene 25 volúmenes; la *Bibliothèque choisie*, del mismo autor, empezó en 1703. El *Mercure de France* es uno de nuestros más antiguos diarios y ha continuado hasta hoy dirigido por diferentes manos; lo mismo hay que decir del *Journal de Verdun*.

Las *Memoires pour l'histoire des Sciences & des Beaux Arts*, comúnmente llamadas *Journal de Trévoux*, por el lugar donde se imprimían en otro tiempo, empezaron en 1701. Eran los R. P. Jesuitas quienes componían este *Journal*, que actualmente continúan particulares, intelectuales [gens de Lettres].

Se han hecho y todavía se hacen muchos periódicos franceses en países extranjeros: la *Bibliothèque raisonnée*; la *Bibliothèque germanique* (continuada por M. Formey con el título *Nouvelle*

Bibliothèque germanique); el *Journal littéraire* (iniciado en La Haya, en 1713); el *Mercure historique & politique* (que sigue hoy); también en Holanda se publica un *Journal*, en que se combinan el *Journal des Savans* y el *Journal de Trévoux*; la *Bibliothèque impartiale*; las *Mémoires littéraires* de la Grande Bretagne (de M. de la Roche) y la *Bibliothèque anglaise*, ambos se limitan a los libros ingleses (estos periódicos, que se habían interrumpido, han reaparecido bajo el título de *Journal britannique* (de M. de Maty, hoy continuado por M. de Mauve). M. de Jaucourt hace actualmente un periódico francés, en que da cuenta de los libros nuevos de Inglaterra, bajo el título de *Nouvelle Bibliothèque anglaise*.

Los periódicos ingleses antiguos son: *The history of the works of the Learned* (que empezó en Londres, en 1699); *Censura temporum* (1708); en 1710 aparecieron otros dos: *Memoires de Littérature* (una hoja volante, que no contenía más que una traducción inglesa de algunos periódicos extranjeros) y *Bibliotheca curiosa* o *A Miscellany* (en 4º, con cuatro cinco hojas, colección de obras sugerentes); hay que incluir entre los periódicos también el *Gentleman's magazine*, el *Etat actuel de la Grande Bretagne*, etc.

Los periódicos italianos son: el del abad Nazati (que ha aparecido desde 1668 a 1681; se imprimía en Roma); el de Venecia empezó en 1671 y acabó al mismo tiempo que el de Roma (sus autores eran Pierre Moretti y François Milette); el *Journal de Parme* (del P. Gaudence Roberti y P. Benoît Bauhini, desapareció en 1690 y reapareció en 1692); el *Journal de Ferrare* (iniciado por el abad de la Torre en 1691; duró un solo año); la *Galeria di Minerva* (iniciada en 1696, es obra de una sociedad de intelectuales, cuyo secretario, M. Apostolo Zeno, inició otro periódico en 1710, bajo los auspicios del Gran Duque, que se imprimió en Venecia y en el que participaron diversas personas distinguidas: los *Fasti eruditi della Biblioteca volante*, se hacían en Parma; luego apareció en Italia el *Giornale dei Letterati*). El primer periódico latino fue el de Leipzig, iniciado en 1682 bajo el título de *Acta eruditorum*, continuado sin interrupción hasta hoy.

En Parma, las *Nova litteraria maris Balthici* han durado desde 1698 hasta 1708. Las *Nova litteraria Germaniae*, recopiladas en Hamburgo, empezaron en 1703. Las *Acta litteraria ex manuscriptis* y la *Biblitheca curiosa* (que duró entre 1705 y 1707) son de M. Struvius; M. Kuster y Sike iniciaron en 1697 la biblioteca de los libros nuevos, que duró dos años; luego, ha habido diversos periódicos latinos, como *Commentarii de rebus in scientia naturali y Medicina gestis* (de M. Ludwig).

El periódico suizo *Nova litteraria Helvetiae*, de M. Scheuchzer, empezó en 1702; las *Acta medica hafnensia*, de Thomas Bartholin, contiene cinco volúmenes (entre 1671 y 1679).

Hay un periódico holandés, con el título de *Boeksaal van Europa*, iniciado en 1692 por Pierre Rabbus, en Róterdam y retomado, luego, en 1702 hasta 1708, y continúa hoy; también hay que hacer constar las memorias de la *société littéraire* de Harlem.

Alemania tiene una innumerable cantidad de obras periódicas de todo tipo. Las principales que se hacen actualmente son el *Magasin d'Hambourg* (iniciado en 1748), las *Physikalische belustigungen* (o divertimentos físicos, iniciados en Berlín en 1751), las *Selecta physico-oeconomica* (que se hace en Stuttgart); hay, además, un sinfín de gacetas y periódicos literarios, económicos, etc. en Sajonia, Silesia, Brandenburgo, baja Alemania, etc. Sin embargo, muchas de estas obras no son verdaderos periódicos, sino colecciones de memorias, a las que se le han añadido a veces extractos de libros nuevos. En Suecia aparece un periódico bajo el título de *Magasin de Stockholm*.

Actualmente tenemos en Francia una multitud de periódicos, pues se ha considerado que era más fácil dar cuenta de un buen libro que escribir una buena línea y muchos espíritus estériles se han dedicado a esto. Así, hemos tenido las hojas periódicas del abad Defontaines, continuadas por M. Fréron y por el abad de la Porte: estos dos colegas se han separado y uno trabaja hoy en el *Année littéraire* y el otro en el *Observateur littéraire*. Tenemos,

además, los *Annales typographiques*, un *Journal étranger*, un *Journal encyclopédique* (que se hace y se imprime en Lieja), un *Journal chrétien*, un *Journal économique*, un *Journal pour les dames*, un *Journal villageois*, una *Feuille nécessaire*, una *Semaine littéraire*, etc. y yo qué sé qué más.

Es ahí donde los profanos [*gens du monde*] van a recoger las luces sublimes, con las que juzgan las producciones de todo tipo. Algunos de estos periodistas son también los que dan el tono a la provincia: se compra o se deja de comprar un libro según lo que ellos dicen; cosa que es un medio seguro para tener en la propia biblioteca casi todos los libros malos que han aparecido y que ellos han alabado y ninguno de los que han despedazado.

Sería más seguro actuar de acuerdo con una regla contraria: elegir todo lo que ellos desprecian y rechazar cuanto realzan. Sin embargo, es preciso exceptuar de esta regla el pequeño número de periodistas que juzgan con candor y que no buscan, como otros, despertar el interés del público por la malicia y el furor con que envilecen y despedazan a los autores y obras estimables.

[*Sigue un elenco de otro tipo de periódicos (= diarios) de registro*].



LIBELO

En jurisprudencia, libelo de divorcio [*libellus repudii*] es el acto con que el marido notifica a su mujer que tiene la intención de repudiarla.

También significa mandato judicial con que se explica el objeto de un emplazamiento.

Libelo difamatorio es un libro, escrito o canción, impreso o manuscrito, difundido entre el público expresamente para atacar el honor y la reputación de alguien.

Está prohibido, y con las mismas penas, componer, escribir, imprimir y difundir libelos difamatorios.

La injuria resultante de esta suerte de libelos es mucho más grave que las injurias verbales, sea porque generalmente es más meditada, sea porque se perpetúa mucho más; esta injuria, que ataca el honor, es más notable para un hombre de bien que ciertos excesos perpetrados en su persona.

La pena de este crimen depende de las circunstancias y de la cualidad de las personas. Cuando la difamación va acompañada de calumnia, el autor es castigado con la pena aflictiva, a veces incluso con la muerte.

Ver el edicto de enero de 1561, art. 13; edicto de Moulins, art. 77; y el de 1571, art. 10.

En el ámbito del gobierno político se refiere a un escrito satírico, injurioso contra la probidad, el honor y la reputación de alguien. La composición y publicación de semejantes escritos merecen el oprobio de los sabios; pero, aún manteniendo toda la infamia moral de los libelos, aquí se trata de considerarlos políticamente.

Los libelos son desconocidos en los estados despóticos de Oriente, donde, por una parte, el abatimiento y, por otra, la ignorancia no favorecen ni el talento ni la voluntad de escribirlos. Por otra parte, como no hay imprentas, tampoco se publican; además, tampoco hay libertad, ni propiedad, ni artes, ni ciencias: por eso, el estado de los pueblos de estas regiones no es superior al de las bestias y su condición es peor. En general, todo país en que no está permitido pensar y escribir las propias ideas, necesariamente ha de caer en la estupidez, la superstición y la barbarie.

Los libelos están severamente castigados en el gobierno aristocrático, porque los magistrados se consideran pequeños soberanos, que no son suficientemente grandiosos para despreciar las injurias. Por eso, los *decemviro*s, que formaban una aristocracia, aprobaron un castigo capital contra los autores de libelos. En la democracia, no conviene castigar severamente los libelos por las razones que los castigan criminalmente en los gobiernos absolutos y aristocráticos.

En las monarquías ilustradas, los libelos son menos considerados como un crimen que como objeto de civilidad [*police*]. Los ingleses abandonan los libelos a su destino y los consideran un inconveniente de un gobierno libre: evitarlos no está en la naturaleza de las cosas humanas. Creen que hay que dejar correr no la licencia desenfrenada de la sátira, sino la libertad de decir y escribir, como prendas de la libertad civil y política de un estado, porque es menos peligroso que algunas personas de honor sean difamadas a propósito, que si no se osara ilustrar al propio país sobre la conducta de la gente poderosa en cuanto a autoridad. El poder tiene tan grandes recursos para infundir terror y servidum-

bre en las almas, tanta tendencia a acrecentarse injustamente, que hay que temer mucho más la adulación que lo sigue y que el atrevimiento a desenmascarar sus pasos. Cuando los gobernantes de un estado no dan realmente pie a la censura de su conducta, nada tienen que temer de la calumnia y la mentira. Libres de todo reproche, marchan con confianza y no temen dar cuenta de su administración: los tiros de la sátira les pasan por encima de su cabeza y caen a sus pies. Las personas honestas abrazan el partido de la virtud y castigan la calumnia con el desprecio.

Los libelos son aún menos temibles si se refieren a opiniones especulativas. La verdad tiene un ascendente tan victorioso sobre el error que no tiene más que mostrarse para ganarse la estima y la admiración. A diario la vemos romper las cadenas del fraude y de la tiranía, o atravesar los nubarrones de la superstición y de la ignorancia. ¡Qué no produciría si se le abrieran todas las barreras que se oponen a sus pasos!

Sería un error explicar el abuso de algo recurriendo a la necesidad de su destrucción. Los pueblos han sufrido grandes males de sus reyes y magistrados: ¿hay que abolir, por eso, la realeza y las magistraturas? Generalmente, todo bien va acompañado de algún inconveniente, que es inseparable de aquél. Se trata de considerar quién ha de arrancarlo y determinar nuestra decisión a favor de la mayor ventaja.

Estos mismos políticos dicen, en fin, que todos los métodos utilizados hasta hoy para prevenir o proscribir los libelos en los gobiernos monárquicos han fracasado, tanto antes como después de la expansión de la imprenta en toda Europa. Los libelos odiosos y justamente prohibidos no son, por el castigo a sus autores, sino más buscados y más multiplicados. Bajo el emperador Nerón, un tal Fabricius Vejento, señalado como autor de gran cantidad de libelos contra los senadores y el clero de Roma, fue expulsado de Italia y sus escritos satíricos fueron condenados al fuego; Tácito dice que fueron más buscados y leídos con avidez, aún corriendo peligro de hacerlo; pero, en cuanto se permitió tenerlos, ya nadie

se preocupó de ellos. *Convictum Vejetonem, Italiâ depulit. Nero, libros exuri jussit, conquisitos, lectitatosque, donec cum periculo parabantur; mox licentia habendi, oblivionem attulit.* (Annal., lib. XIV. cap. 1).

Nerón, por más Nerón que era, impidió que se persiguiera criminalmente a los escritores de sátiras contra su persona y sólo dejó que se mantuviera la ordenanza del senado, que condenaba al destierro y confiscación de bienes al pretor Antistius, cuyos libelos eran los más sangrientos. Enrique IV, ese amable príncipe, se contentó con cansar al duque de Mayenne en el paseo, como pena por todos los libelos difamatorios que había difundido contra él durante la liga; cuando vio que el duque sudaba un poco por seguirle, le dijo: “Primo, vamos a descansar: ésta es toda la venganza que quería infligirte”.

Un autor francés muy moderno, a pesar de estar lejos de declararse favorable a los libelos y de condenarlos severamente, no ha podido menos que reflexionar que determinados halagos pueden ser mucho más peligrosos y, por tanto, más criminales a los ojos de un príncipe a migo de la gloria que los libelos contra él. Aún sin quererlo, un halago, dice, puede desviar a un buen príncipe del camino de la virtud, mientras un libelo, a veces, puede conducir a un tirano a ese mismo camino: a menudo, por boca de la licencia, los llantos de los oprimidos se elevan hasta el trono que los ignora.

¡Dios no quiera que yo pretenda que los hombres puedan difundir insolentemente la sátira y la calumnia hacia sus superiores o iguales! La religión, la moral, los derechos de la verdad, la necesidad de subordinarse, el orden, la paz y la tranquilidad de la sociedad confluyen en detestar esa audacia; sin embargo, yo no querría, en un estado civilizada [*policé*], reprimir la licencia con medios que destruirían inevitablemente toda libertad. Se pueden castigar los abusos con leyes sabias que, en su prudente ejecución, unirán la justicia con la felicidad más grande de la sociedad y la salvaguarda del gobierno.

[D.J.]



LITERATURA

Término general que designa la erudición, el conocimiento de las bellas letras y materias que se refieren en éstas. En el artículo *Lettres*, al hacer su elogio, se ha demostrado su íntima unión con las ciencias propiamente dichas.

Ahora se trata de indicar las causas de la decadencia de la literatura, cuyo gusto sigue cayendo cada día, al menos en nuestra nación y, ciertamente, no nos jactamos de aportar remedio alguno.

Ha llegado la hora, en este país, donde no se tiene el menor miramiento hacia un sabio, que hace uso de su erudición para esclarecer o corregir pasajes difíciles de autores de la antigüedad, un dato cronológico, una cuestión interesante de geografía o de gramática. Se le trata de pedantería y, de esa manera, se encuentra el medio para rechazar a los jóvenes que tendrían el celo y el talento para triunfar en el estudio de las humanidades. Como no hay injuria que más ofenda que ser calificado de pedante, todo el mundo de guarda de esforzarse por adquirir mucha literatura y verse de inmediato expuesto al peor de los ridículos.

No hay que dudar de que una de las principales razones que han llevado a la caída de las bellas letras no consiste en lo que diversos *beaux-esprits*, pretendidos o verdaderos, hayan introdu-

cido la costumbre de condenar, como una ciencia de colegio, las citas de pasajes griegos y latinos y todas las observaciones de erudición. Han sido bastante injustos al incluir entre sus burlas a los escritores que tenían más educación [*politesse*] y conocimiento de ciencias del mundo. Por eso, ¿quién se atreverá a aspirar a la gloria del sabio haciendo alarde de sus lecturas, de su crítica y de su erudición?

Si se hubieran contentado con condenar a quienes citan innecesariamente a Platón, a Aristóteles, a Hipócrates o a Varrón para probar una idea común a todas las sectas y pueblos civilizados [*policés*], no se habría desanimado a tantas persona estimables; en cambio, con ese aire de desdén se ha alejado del *beau monde* y se ha relegado al polvo de las clases a quien se atrevía a manifestar que había hecho colecciones de citas y se había nutrido de autores griegos y romanos.

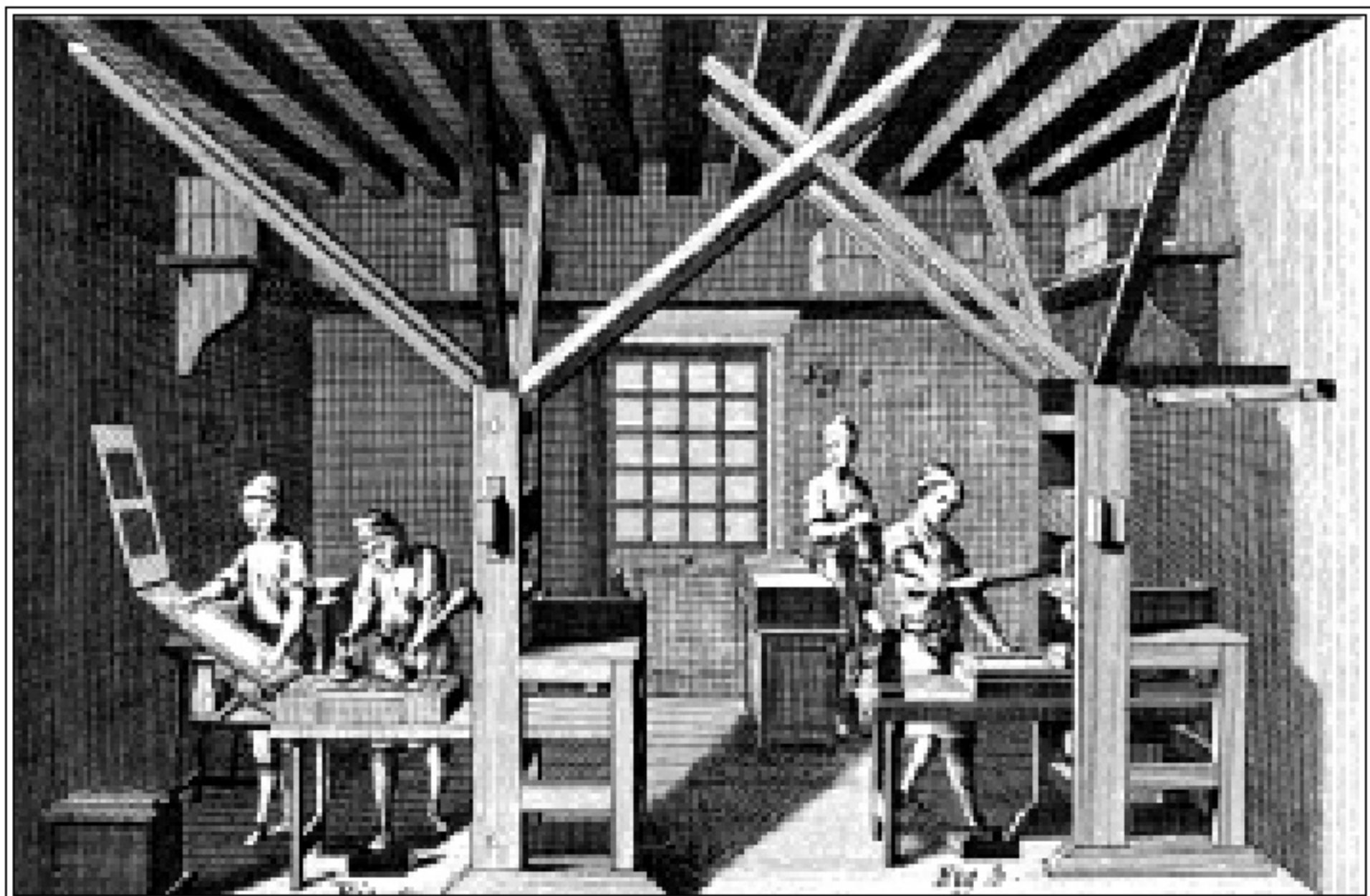
El efecto de esta censura despreciativo ha sido aún mayor por haberse revestido con el aparente pretexto de decir que hay que trabajar en *pulir* [o civilizar *polir*] el espíritu y en formar el juicio, y no en apilar en la memoria lo que otros han dicho o pensado.

Cuanto más verdadera ha parecido esta máxima, más ha alagado a los espíritus perezosos y les ha llevado a ridiculizar la literatura y el saber; digámoslo francamente, el principal motivo de esta gente no es degradar el bien de otro para aumentar el propio valor; incapaces de trabajar para instruirse han censurado o despreciado a los sabios, a los que ellos no podían imitar y, de esta manera, han difundido en la república de las letras un gusto frívolo, que no tiene más que a sumirla en la ignorancia y en la barbarie.

Sin embargo, a pesar de la crítica amarga de los bufones ignorantes, nos atrevemos a asegurar que las letras pueden, ellas solas, pulir el espíritu, perfeccionar el gusto y dar gracia a las ciencias. Con todo, para ser profundo en la literatura hay que abandonar a los autores que no han hecho más que rozarla ligeramente y recoger de las fuentes de la antigüedad el conocimiento de la religión,

de la política, del gobierno, de las leyes, de los usos y costumbres, de las ceremonias, de los juegos y fiestas, de los sacrificios y espectáculos de Grecia y Roma. A quienes tengan curiosidad por esta vasta y agradable erudición podemos aplicarles lo que Plauto dice con gracia en el prólogo de su comedia de *las Menecmes*: “La escena sucede en Epidamne, ciudad de Macedonia: vayan, señores, y quédense allí mientras dure la obra”.

[D. J.]



INTELECTUALES [*Gens de lettres*]

(*Filosofía y Literatura*): este término responde precisamente al de *gramáticos*; entre los griegos y los romanos, se entendía por *gramático* no sólo a un hombre versado en la gramática propiamente dicha, que es la base de todos los conocimientos, sino a un hombre que no era un extraño en el ámbito de la geometría, de la filosofía, de la historia general y particular, pero cuyo estudio estaba dedicado sobre todo a la poesía y a la elocuencia: es lo que hoy son nuestros *intelectuales*. No se da este nombre a un hombre que, con pocos conocimientos, cultiva un único género: no puede ser considerado intelectual quien, no habiendo leído más que novelas, sólo hace novelas; o quien, sin ninguna literatura, compone al azar alguna obra de teatro; ni quien, desprovisto de ciencia, hace algunas alocuciones (sermones). Actualmente, este título abarca aún más que el término gramático entre griegos y latinos. Los griegos se contentaban con su propia lengua; los romanos no aprendían más que el griego; hoy, a menudo el intelectual, al estudio del latín y del griego, añade el del italiano, el del español y, sobre todo, el del inglés. La carrera de historia es cien veces más amplia hoy que en la antigüedad; la historia natural ha aumentado proporcionalmente con la de los pueblos: no se exige que un intelectual profundice todas estas materias; la ciencia universal no está ya al

alcance del hombre; sin embargo, los verdaderos intelectuales son capaces de recorrer los diferentes terrenos, aunque no los puedan cultivar todos.

En otro tiempo, en los siglos XVI y XVII, los literatos [*littérateurs*] se ocupaban mucho de la crítica gramatical de los autores griegos y latinos; a sus trabajos se deben nuestros diccionarios, la ediciones correctas, los comentarios de las obras maestras de la antigüedad. Hoy, esta crítica es menos necesaria; su sucesor es el espíritu filosófico. Este espíritu filosófico es el que parece constituir el carácter de los intelectuales y, cuando se une al buen gusto, forma un literato [*littérateur*] acabado.

Una de las grandes ventajas de nuestro siglo es ese número de hombres instruidos, que pasan de las espinas de las matemáticas a las flores de la poesía y juzgan igualmente bien un libro de metafísica que una obra de teatro: el espíritu del siglo los ha hecho, en su mayoría, tan dados al mundo como al gabinete; y eso es lo que los hace muy superiores respecto a los de los siglos precedentes. Fueron separados de la sociedad hasta los tiempos de Balzac [Jean Louis Guez, seigneur de Balzac (1595-1654): además de poesías, escribió una *Lettres* que mostraban un vibrante entusiasmo por la antigüedad y tuvieron un éxito prodigioso en toda Europa. Entre otras obras escribió *Le Prince* (un panegírico de Luis XIII), *Aritippe ou de la Cour* (reflexión sobre el maquiavelismo político) y *Le Socrate Chrétien* (ensayo de doctrina y moral religiosa). Sus *Lettres*, aparte de su maestría estilística, muestran un juicio literario muy seguro, así como una gran piedad y un sentimiento muy vivo de la naturaleza] y de Voiture [Vincent Voiture (1597-1648), espíritu ingenioso y, a la vez, afectado, escribió unas *Poésies* (publicadas póstumamente), que fueron muy celebradas en la sociedad mundana, en la que suscitaban verdaderos debates literarios; y unas *Lettres* muy admiradas por La Fontaine y Voltaire]; luego, se convirtieron en una parte necesaria de la misma. Esa razón, profunda y depurada que muchos han esparcido en sus escritos y en sus conversaciones, ha contribuido mucho a instruir y a *pulir* o civilizar

[*polir*] a la nación: su crítica no se ha limitado a las palabras griegas y latinas, sino que, apoyada en una sana filosofía, ha destruido todos los prejuicios, que infectaban a la sociedad: predicciones de los astrólogos, adivinaciones de los magos, sortilegios de todo tipo, falsos prodigios, falsas maravillas, costumbres supersticiosas; ha relegado a las escuelas mil disputas pueriles, que en otro tiempo fueron peligrosas y ellos han convertido en despreciables: así es como han servido de hecho al Estado. Resulta a veces asombroso que lo que, en otro tiempo, trastornaba el mundo, ya no lo haga hoy: eso se debe a los verdaderos intelectuales.

Habitualmente tienen más independencia de espíritu que los demás hombres; y quienes han nacido sin fortuna, fácilmente encuentran en las fundaciones de Luis XIV la consolidación de su independencia; ya no se ven, como en otros tiempos, esas dedicatorias que el interés y la bajeza ofrecían a la vanidad. (Ver Epitre).

Un intelectual no es lo que se llama un *espíritu bello* [*bel esprit*]: éste supone menos cultura, menos estudio y no exige ninguna filosofía; consiste principalmente en la imaginación brillante, en los encantos de la conversación, ayudados por una lectura común. Un *espíritu bello* fácilmente puede no merecer el título de intelectual; y éste no puede pretender ser brillante como aquél.

Hay muchos intelectuales que no son autores y, probablemente, son más felices; no tienen los disgustos, que la profesión de autor comporta a veces, ni las querellas que la rivalidad engendra, ni las animosidades partidistas, ni los falsos juicios; están más unidos entre sí; disfrutan más de la sociedad; son jueces, mientras los otros son juzgados.

[Voltaire]



PUBLICO

(*Jurispr.*) Este término se refiere, unas veces, al cuerpo político que forman todos los sujetos de un estado y, otras, sólo a los ciudadanos de una misma ciudad.

El bien público o el interés público es lo misma que si se dijera el interés del público, lo que es ventajoso para el público o para la sociedad, como cuando se dice que el público tiene interés en que las ciudades estén pobladas por una raza legítima.

Cuando el interés público entra en colisión con el de uno o varios particulares, es preferible el interés público. Así, cuando el bien público exige que se arregle un camino y para hacerlo hay que echar abajo la casa de un particular, hay que hacerlo con la autoridad del soberano, a pesar de la utilidad que esta casa pudiera ser para su propietario; cabe la indemnización si se le compra.

La conservación del interés público está confiada al soberano y a los oficiales encargados de esta misión por orden suya.

En los asuntos que interesan al público, se precisa la resolución del ministerio público; de no ser así, cabría el requerimiento civil. *Ordonn. de 1667, titre xxxv. article 34.*

A veces, este término va unido a otros para designar las cosas que tienen relación con lo público, como un camino público, un depósito público, el ministerio público, un oficial público, un paso público, una plaza pública.

[A]



CENSORES DE LIBROS

(*Lit.*) Nombre que se da a los intelectuales [*gens de lettres*] encargados de examinar los libros que se imprimen. El nombre está tomado de los censores de la antigua Roma, una de cuyas funciones era reformar el buen orden público [*police*] y las costumbres.

Estos censores han sido instituidos en los diferentes estados para examinar las obras literarias y ofrecer un juicio sobre los libros que se pretenden imprimir, con el fin de que no se haga público nada, que pueda seducir a los espíritus con una falsa doctrina o corromper las costumbres con máximas peligrosas. El derecho de juzgar los libros relativos a la religión y el buen orden eclesiástico siempre ha ido vinculado, en Francia, a la autoridad episcopal; pero, tras la institución de la Facultad de teología, parece que los obispos han querido encargar a los doctores esta tarea, pero sin disminuir su autoridad al respecto. Este derecho de juzgar los libros relativos a la fe y a las Sagradas Escrituras ha sido confirmado muchas veces a la Facultad de teología por decisión del Parlamento de París y, particularmente, con ocasión de las herejías de Lutero y de Calvino, que produjeron una prodigiosa cantidad de libros contrarios a la religión católica. Este juicio no lo debían realizar unos doctores particulares, sino por la Facultad en asam-

blea. La costumbre era presentar a la Facultad lo que se pretendía publicar; ésta nombraba a dos doctores para examinarlo y a partir del informe que estos presentaban en una asamblea, la Facultad, tras un detenido examen de las razones a favor y en contra, daba su aprobación a la obra o la rechazaba. Los mismos prelados no estaban dispensados de someter sus obras al examen de la Facultad de teología que, en 1534, rechazó su aprobación al comentario del cardenal Sadolet, obispo de Carpentras, sobre la epístola de san Pablo a los Romanos y que, en 1542, censuró el breviario del cardenal Sanguin, obispo de Orleáns. El Parlamento de París, siempre atento a la conservación de la religión católica en toda su pureza, autorizó, con un decreto de ese mismo año, a la Facultad de teología a examinar los libros que provenían de países extranjeros; este decreto se hizo con ocasión del libro *Institución cristiana*, que Calvino había dado a la imprenta en Basilea.

A principios del año 1600 los libros se habían multiplicado considerablemente; lo mismo sucedió con los doctores encargados de examinarlos; se produjeron diversos abusos: estos doctores dejaron de presentar el debido informe a la asamblea de la Facultad y aprobaron libros que ésta consideró reprensibles. Para remediar esta especie de desorden, la Facultad publicó un decreto, con el que prohibía a todos los doctores dar desconsideradamente su aprobación, bajo pena de perder durante seis meses los honorarios y los privilegios propios del doctorado y, durante cuatro años, el derecho de aprobar los libros; también hizo otros reglamentos, que no consiguieron más que agriar los espíritus. En fin, en 1623, la armonía desapareció de hecho en la Facultad, con ocasión de una cuestión teológica que dividió a todos los doctores: se trataba de decidir si la autoridad el Papa era superior o inferior a la de los Concilios. cada uno tomó partido en este asunto, sosteniendo por escrito su opinión; el doctor Duval, cabeza de uno de los dos partidos, temiendo verse aplastado por los escritos de sus adversarios, obtuvo del rey, en 1624, un escrito que le atribuía a él y a tres colegas suyos, con exclusión de todos los demás, el derecho de aprobar los libros, con una pensión de 2000 libras a repartir entre ellos.

Este escrito real apesadumbraron a la Facultad, que se veía despojada de un derecho que creía que debía pertenecerle siempre. La pensión acordada a los cuatro nuevos censores le pareció deshonorosa para las personas consagradas por el Estado al mantenimiento de la sana doctrina; hizo sin cesar advertencias tras advertencias pidiendo insistentemente la revocación de aquel escrito; pero no lo consiguió; al contrario, el rey los confirmó con nuevos escritos, en que se decía que esos cuatro censores serían admitidos en la casa de Sorbona y elegidos en una asamblea, a la que se reclamaría la presencia dos doctores de la casa de Navarra. Esta especie de suavización no dejó satisfecha a la Facultad, que persistió, aunque inútilmente, en sus peticiones. La discordia se mantuvo, más fuerte que nunca, durante más de tres años; los nuevos censores sufrieron tantos disgustos por parte de sus colegas, que Duval, en 1626, decidió en plena asamblea dimitir de sus funciones de censor. No se sabe con seguridad si, tras esta dimisión de Duval, los escritos reales que habían sido redactados singularmente a favor suyo, fueron suprimidos o no; pero, por diversos decretos de los años 1628, 1631 y 1642, parece que la Facultad volvió a encargarse, como antes, a algunos doctores el examen de los libros y que tomó sabias precauciones para impedir aprobaciones desconsideradas. Lo exigían su honor y sus intereses; sin embargo, todos sus esfuerzos en este sentido fueron inútiles; en la Iglesia aparecieron disputas sobre la gracia, que dieron pie a una prodigiosa cantidad de escritos de una parte y de otra: cada parte hizo aprobar sus libros por los doctores que le eran favorables y que dieron su aprobación sin haber sido encargados para ello por la Facultad. Estas irregularidades duraron hasta 1653. Para acabar con ellas, el canciller Seguier se atrevió a quitarle a la Facultad el derecho de aprobar los libros; creó cuatro nuevos censores, pero sin escritos ni ningún otro título regío, fuera únicamente de la voluntad del rey, y con una pensión de 600 libras. Desde entonces, el número de censores ha aumentado considerablemente; los hay para las diferentes materias; el derecho de nombrarlos pertenece al canciller, a quien ellos dan cuenta de los libros cuyo examen se les ha confiado y con cuya aprobación se consigue

el privilegio de imprimirlos. A veces ocurre que la gran cantidad de libros que se les encarga examinar u otras razones les ponen en la desagradable necesidad de reducir a los autores o a los libreros que esperan su juicio al estado de esas pobres almas errantes por las orillas del Styx, que imploraban a Caronte que los transportara a la otra orilla.

*Stabant orantes primi transmittere cursum
Tendebantque manus ripae ulterioris amore.
Navita sed tristis nunc hos nunc accipit illos:
Ast alios longè summos arcet arena.*



LECTURA

(*Artes*) Es la acción de leer, operación que se aprende mediante esa acción. Esta operación, una vez aprendida, se hace con los ojos o con la voz. La primera requiere sólo el conocimiento de las letras, de su sonido y de su unión; con el ejercicio se hace más rápida y es suficiente para el uso particular de un hombre de estudio. La segunda exige, para halagar el oído de los oyentes, mucho más que saber leer para sí mismo; para agradar a quienes nos escuchan exige entender perfectamente las cosas que se les lee, un sonido armonioso, una pronunciación clara, una flexibilidad acertada en los órganos de la voz, tanto para cambiar los tonos como para hacer las pausas necesarias.

Ahora bien, sea cual sea el talento del lector, jamás produce un sentimiento de placer tan vivo como el que nace de la declamación. Cuando un actor habla, nos anima, nos llena con sus pensamientos, nos transmite sus pasiones; nos presenta, no una imagen, sino una figura, el objeto mismo. En la acción todo está vivo, todo se mueve: el sonido de la voz, la belleza del gesto ..., en una palabra todo conspira para conferir gracia y fuerza al discurso. La *lectura* está desprovista completamente de cuanto afecta a los sentidos: de éstos no toma nada que pueda conmover al espíritu, está falta de alma y de vida.

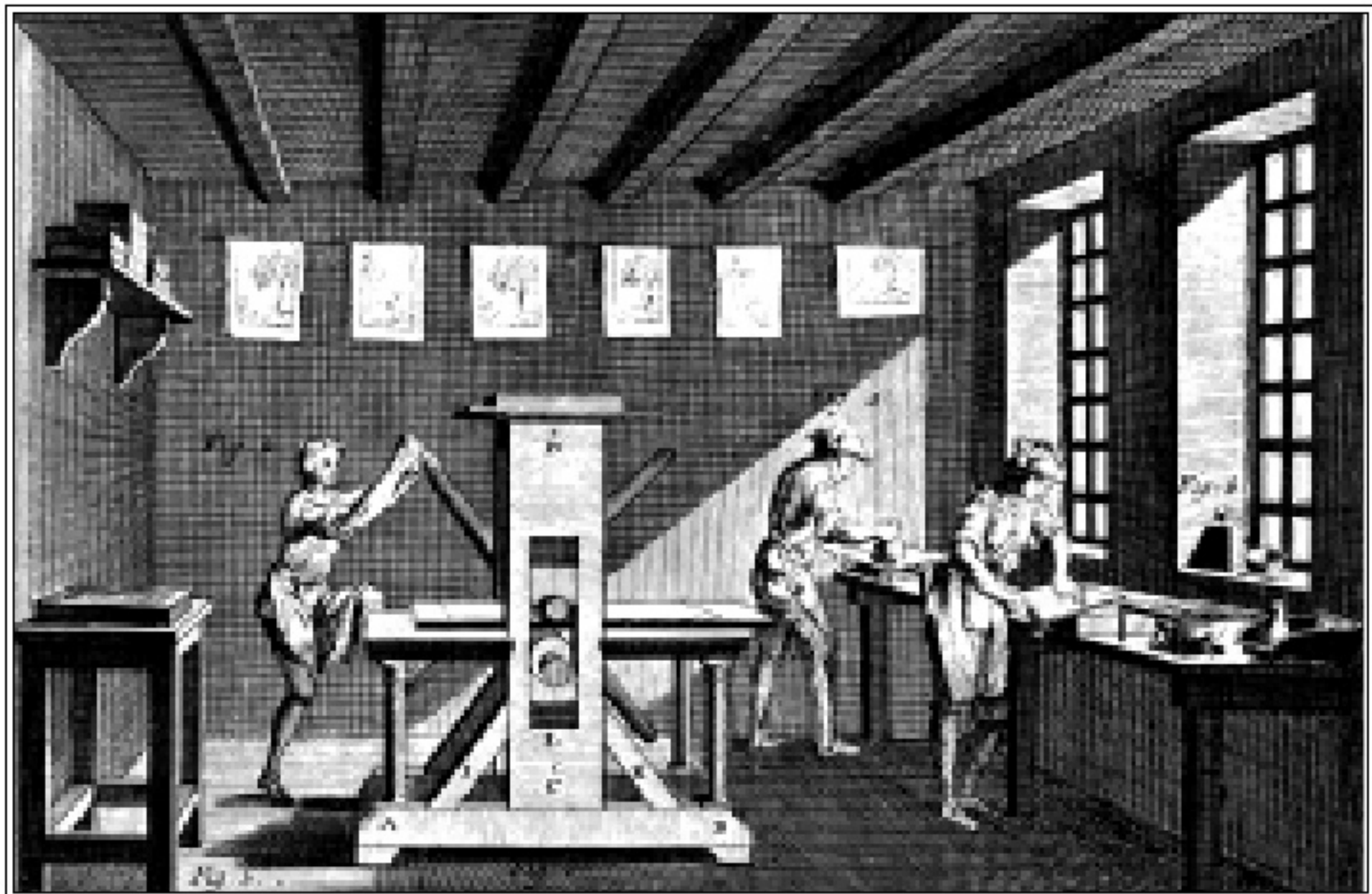
Por otra parte, se juzga de una manera más sana [juiciosa] mediante la *lectura*: lo que se escucha pasa rápidamente, lo que se lee se digiere con tranquilidad, pues se puede volver a voluntad a los mismos pasajes y, por decirlo así, discutir cada frase.

Bien sabemos que la declamación, la recitación se impone a nuestro juicio; por eso, no nos pronunciamos sobre el mérito de una obra hasta después de su lectura o, como suele decirse, la vemos en papel. La experiencia que tenemos de nuestros propios sentidos nos enseña, pues, que el ojo es un censor más severo y escrutador más exacto que el oído. Así, la obra que se escucha recitar o leer agradablemente seduce más que la que uno lee para sí mismo y en frío en su estudio; pero esta última manera es la lectura más útil, pues para recoger todo el fruto es preciso el silencio, el reposo y la meditación.

No voy a insistir en las ingentes ventajas que nacen de la lectura; basta decir que es indispensable para adornar el espíritu y formar el juicio; sin ella, lo más bello natural se agosta y se marchita.

Sin embargo, la lectura resulta una dificultad para la mayoría de personas: los militares, que la han desdeñado en su juventud, son incapaces de deleitarse con ella en su madurez. Los jugadores prefieren ocupar su alma en las cartas y los dados, sin que haya necesidad de que la lectura contribuya a su placer con una atención continuada. Los financieros, siempre agitados por el amor al interés, son insensibles al cultivo de su espíritu. Los ministros y los encargados de negocios no tienen tiempo para leer; y, si alguna vez leen, lo hacen como esclavos fugitivos, que tienen miedo de sus señores (según una imagen de Platón). [D.J.]

Lecturas o Discursos de Boyle (*Teología*) es una serie de discursos fundados por Robert Boyle en 1691 con el deseo, como él mismo anuncia, de probar la verdad de la religión cristiana contra los infieles, sin entrar en ninguna de las controversias o disputas que dividen a los cristianos. La finalidad de esta obra es también resolver las dificultades y eliminar los escrúpulos que se pueden oponer a la profesión del Cristianismo.



LECTOR

(*Literatura mod.*) Término general; es toda persona que lee un libro, un escrito, una obra.

Un autor, arrodillado en un humilde prefacio, aunque pida perdón al lector al que aburre, no debe esperarlo si su libro es malo, pues nada le obligaba a sacarlo a la luz; se puede ser muy digno de aprecio e ignorar el arte de escribir bien. Pero también hay que convenir en que la mayoría de lectores son jueces demasiado rígidos y, a menudo, injustos. Quien sabe leer se guarda bien de creerse incompetente respecto a cualquier escrito que se publica; todos, sabios e ignorantes, se arrogan el derecho a decidir; y, a pesar de la desproporción que hay entre ellos en cuanto a mérito, todos tienen una inclinación bastante parecida a condenar sin misericordia. Son muchas las causas que concurren en inducirlos a hacer falsos juicios sobre las obras que leen; las principales son las siguientes, discutidas por un hombre de los tiempos de Luis XIV, que no ha desdeñado dejar a su corazón expansionarse al respecto.

Leemos una obra y no la juzgamos más que por su mayor o menor relación que puede tener con nuestras formas de pensar. Si nos ofrece ideas conformes a las nuestras, inmediatamente nos gustan y las adoptamos: ese es el origen de nuestra complacencia con todo lo que aprobamos en general. Por ejemplo, un ambicioso,

lleno de proyectos y esperanzas, en cuanto encuentra en un libro ideas que recuerdan con un elogio imágenes parecidas, lo saborea infinitamente pues le excita. Un amante, poseído por sus propias inquietudes y deseos, va buscando las pinturas de lo que ocurre en su corazón y no está menos encantado de cuanto le representa su pasión que una persona bella lo está del espejo que le representa su belleza. ¿Habrá muchos lectores que hagan uso de su espíritu, cuando no son sus dueños? ¿Cómo sacarán de su fondo ideas conformes a la razón y a la verdad, cuando una sola idea los llena y no deja espacio para otras?

Por otra parte, a menudo ocurre que la parcialidad ofusca nuestras débiles luces y nos ciega. Si nos unes estrechos lazos con el autor de los escritos que estamos leyendo, se le admira antes de leerlos; la amistad nos inspira el mismo vivo sentimiento hacia la obra que hacia la persona. En cambio, nuestra aversión hacia otro, el poco interés que le prestamos (y, por desgracia, es lo más habitual), perjudica de antemano su obra en nuestra alma y, al leerlo, no buscamos más que los rasgos de una crítica amarga. Con semejantes actitudes no deberíamos poner nuestra atención más que en libros, cuyos autores nos fueran desconocidos.

Un defecto particular de nuestra nación, que se va extendiendo cada día más y que hoy constituye el carácter de los lectores de nuestro país, es el de menospreciar por autosuficiencia, por maldad o por vanidad las obras nuevas, que son verdaderamente dignas de elogio. Hoy, dice un filósofo en una obra de ese género que durará mucho tiempo, “hoy, cuando cada uno aspira al ingenio, creyendo tener mucho; hoy, cuando se utiliza todo para ser ingenioso y brillante sin mucho esfuerzo; y no es ya para instruirse, sino para criticar y ridiculizar lo que se lee. Ciertamente, no hay libro que pueda tenerse en pie frente a esa amarga disposición de los lectores. La mayoría de éstos, ocupados en la búsqueda de los defectos de una obra, son como esos animales inmundos, con que nos topamos alguna vez en los pueblos rebuscando por las alcantarillas. ¿No se sabe aún que se necesitan no menos luces para per-

cibir las bellezas que los defectos de una obra? Cuando se lee, dice un inglés, hay que ir a la caza de las ideas y hay que hacer mucho caso del libro en que haya un buen número de éstas. El sabio sabe leer para seguir ilustrándose e informarse sin sátira ni malicia”.

Añádanse a estas tres causas de nuestros falsos juicios sobre las obras la falta de atención y la repugnancia natural hacia lo que nos mantiene atados mucho tiempo a un mismo objeto. Esa es la razón por la que el autor del *Esprit des loix*, por interesante que se su obra, ha multiplicado tanto los capítulos; la mayoría de los hombres y mujeres se deleitan así, miran dos o tres veces cosas a la vez, cosa que les quita la capacidad de desenmarañar bien una sola; repasan rápidamente los libros más profundos y deciden. ¿Cuánta gente habrá leído de esta manera la obra que acabamos de citar y no han percibido ni su concatenación, ni sus conexiones, ni su esfuerzo?

Pongamos por caso, cosa rara, dos hombres igualmente atentos, que no sean ni apasionados, ni precavidos ni dispuestos a la sátira, ni perezosos; si por suerte se da ese caso, el grado diferente de rectitud que tenga su espíritu conformará la diferente medida de su discernimiento, pues el espíritu justo lo juzga todo sanamente, mientras la imaginación seduce, no juzga nada sanamente; la imaginación influye en nuestros juicios casi como una lente en nuestros ojos conforme al tamaño del vidrio que la compone. Quienes tienen la imaginación dañada creen ver la pequeñez en todo lo que no excede el tamaño natural, mientras aquellos cuya imaginación es débil ven ampulosidad en los pensamientos más mesurados y censuran cuanto sobrepasa su horizonte; en una palabra, nunca estimamos más que las ideas análogas a las nuestras.

La envidia es otra de las causas más comunes de los falsos juicios de los lectores. Sin embargo, los del oficio, que conocen por sí mismos las preocupaciones, el esfuerzo, la búsqueda y las vigiliass que comporta componer una obra, deberían haber aprendido bien a compadecerse.

¿Y qué pensar de la bajeza de esos hombres despreciables, que te leen con los ojos del rival e incapaces de producir ellos mismos no buscan más que la maligna alegría de hacer daño a las obras superiores y desacreditar a los autores hasta lo más profundo? “Enemigos de los bellos genios y afligidos por la estima que se les otorga a éstos saben que, como esas plantas viles que no germinan y no crecen más que en las ruinas de los palacios, no pueden elevarse más que sobre los restos de las grandes reputaciones y no tienden más que destruirlas”.

El resto de los lectores, aunque con disposiciones menos vergonzosas, no juzga demasiado ecuanimemente. Me refiero a quienes, tocados por un fastuoso amor a los libros o, digámoslo así, por una literatura superficial, califican como extraño, singular o raro cuanto no entienden sin esfuerzo, es decir, cuanto excede el pequeño círculo de sus conocimientos y de su genio.

En fin, hay otros lectores, de vuelta de un error establecido entre nosotros cuando habíamos caído en la barbarie –a saber: que el más ligero tinte científico iba contra la nobleza–, aparentan tener cierta familiaridad con las musas, se atreven a confesarlo y, a la postre, en sus decisiones sobre las obras no tienen sino un gusto prestado y, realmente, no piensan sino según el criterio de otro. Entre quienes nos resultan simpáticos no vemos más que a gente de este tipo y a mujeres que leen cuanto sale a la luz. Tienen sus héroes literarios, de los que no son más que el eco; no juzgan más que de segundas, obstinados en su elección y seducidos por una suerte de presunción, más peligrosa por esconderse tras una especie de docilidad y deferencia. Ignoran que, para escoger buenos guías en este género, se necesitan no menos luces que para guiarse por sí mismo; así es como se trata de conciliar el propio orgullo con los intereses de la ignorancia y de la pereza. Casi todos queremos tener la gloria de dar un juicio y huimos de la atención, del examen, del esfuerzo y de los medios para adquirir conocimientos. ¡Que los autores busquen menos el favor de la mayor parte del público que el de la más sana!

Neque te ut miretur turba, labores; contentus paucis lectoribus. (D.J.)

Lector

(Literatura) *Lector*, a veces con *studiis*, y en griego *anagnostes*: en estos dos pueblos, a veces, era un criado, en las grandes casas destinado a leer durante las comidas. También había un criado lector en las casas burguesas, en que se presumía de gusto y amor a las letras. Servius, en sus *Comentarios sobre Virgilio*, lib. XII, v. 159, habla de una lectora (*lectrix*).

Algunas veces era el dueño de la casa el que hacía de lector; por ejemplo, el emperador Severo leía él mismo a menudo en las comidas familiares. Los griegos instauraron los *anagnostes*, encargados de leer públicamente en sus teatros las obras de los poetas. Los *anagnostes* de los griegos y los lectores de los romanos tenían maestros específicos para enseñarles a leer bien; en latín se les llamaba *proelectores*.

La lectura se hacía principalmente durante la cena, en las horas de las vacaciones, en medio de la noche, mientras se estaba despierto y antes de ir a dormir; al menos, esa era la práctica de Catón, cosa que no es extraña, si se tiene en cuenta su hambre por este alimento. Le he encontrado, dice Cicerón, en la biblioteca de Lucullus, sentado en medio de una pila de libros de los estoicos, que devoraba con sus ojos: *Erat in eo inexhausta aviditas legendi, nec satiari poterat, quippe nec reprehensionem vulgi inanem reformidans, in ipsa curia solerte soepius legere, dum senatus cogeretur, ita ut helu librorum videbatur.*

Atticus nunca comía en su casa con la familia o con extraños sin que su lector no tuviera algo hermoso, agradable o interesante que leerles; así, dice Cornelio Nepote, en su mesa siempre se unía el placer del espíritu con el de la buena comida. Tanto entre los romanos como entre los griegos, durante las comidas los libros que se escogían eran los de los historiadores, oradores y, sobre todo, poetas.

Juvenal promete al amigo, al que ha invitado a cenar en su casa, que escuchará los versos de Homero y de Virgilio, de la misma manera que hoy se promete a los convidados una partida de cartas tras la cena. Aunque mi lector, dice, no sea de los más hábiles en su profesión, la belleza de los versos que nos lea no dejará de producirnos placer.

Nostra dabunt alios hodie convivium ludos, conditor iliados cantabitur atque Moronis Altisoni, dubiam facientia carmina palmam: quid refert tales versus qua voce legantur? (Satyr. II).

Acabo porque esta materia de lectores, *anagnostes* y lectura ya la han agotado nuestros sabios; quienes tengan curiosidad por instruirse a fondo y en los detalles, pueden leer Fabricii, *Biblioth. antiq.*, cap. XIX; Graevii, *Thes. antiq. rom.*; Pignori, *de Servis*; Meursii, *Glossarium*; Alexandri ab Alexandro, *Genial. dier.* I. II., cap. XXX; Puteanus, *de Stylo*, t. XII, pág. 258; Gelli, I. XVIII, cap. V; Bilbergii, *Dissert. acad. de anagnostis*, Upsala 1689; y, finalmente, Th. Raynaud, *de Anagnostis ad mensam religiosam*, Lugd. 1665. [D.J.]

Lectores en la Iglesia romana

(*Teología*) Clérigos investidos con una de las cuatro órdenes menores.

Los lectores eran, en la antigüedad y al principio, los niños mayores que entraban en el clero. Como secretarios estaban al servicio de los obispos y presbíteros, con quienes se instruían escribiendo o leyendo. Así se formaba a quienes eran más aptos para el estudio y podían llegar a ser sacerdotes. Pero había algunos que seguían como lectores toda la vida. La función de los lectores siempre ha sido necesaria en la Iglesia, pues siempre se han leído las escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, sea en la misa, sea en otros oficios, principalmente nocturnos. También se leían cartas de otros obispos, actas de los mártires, homilías de los Santos Padres, tal como se sigue haciendo hoy. Los lectores eran los

encargados de guardar los libros sagrados, lo que los exponía a un gran peligro durante las persecuciones.

La fórmula de su ordenación señala que deben leer para quien ora y cantar las lecciones, bendecir el pan y los primeros frutos. El obispo les exhorta a leer fielmente y a practicar lo que leen; y los coloca en el rango de quienes administran la palabra de Dios. La función de cantar las lecciones, en otro tiempo asignada a los lectores, actualmente está en manos de todos los clérigos, incluso los sacerdotes. Fleury, *Instit. au droit ecclés.*, t. I, parte I, cap. VI, pág. 61 ss.

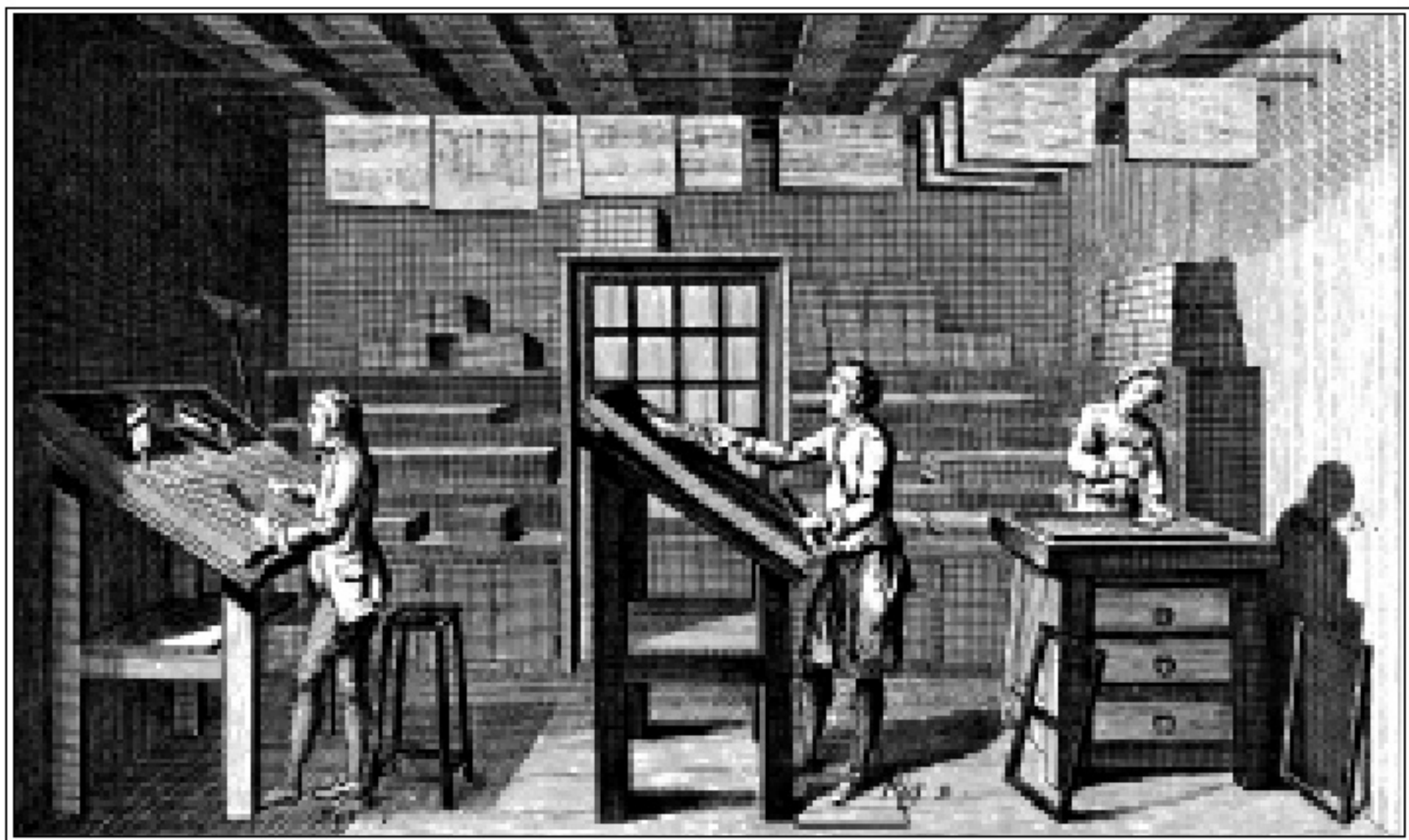
Parece ser, según el concilio de Calcedonia, que en algunas iglesias había un archi-lector, de la misma manera que había un archiacólito, un archi-diácono, un arci-preste, etc. El séptimo concilio general permite a los abades, que sean presbíteros y hayan sido bendecidos por el obispo, imponer las manos a algunos de sus religiosos para que hagan de lectores.

Según el autor del suplemento de Morery, el cargo de lector no se estableció hasta el siglo III. M. Cotelier dice que Tertuliano es el primero en hacer mención de los lectores. M. Basnage cree que, antes de que se diera este oficio, en la lectura de las Escrituras Sagradas la Iglesia cristiana seguía el método de la Sinagoga, donde el día del *sabbat* un “sacrificador”, un levita y cinco personas del pueblo, elegidas por el presidente de la asamblea, hacían esa lectura; pero Bingham, en sus *Antiquités de l’Eglise*, t. II, pág. 28 ss, señala que parece que no ha habido ninguna iglesia, excepto la de Alejandría, donde se haya permitido a los laicos leer la Sagrada Escritura en público: este permiso se daba también a los catecúmenos en esta iglesia. Su sentido es que esta función la cumplían unas veces los diáconos, otras los presbíteros y, en contadas ocasiones, los obispos.

En la iglesia griega, los lectores eran ordenados por imposición de las manos; pero, según Habert, esta ceremonia no tenía lugar en la iglesia romana. El cuarto concilio de Cartago ordena que el obis-

po pondrá la Biblia entre las manos del lector en presencia del pueblo diciéndole: recibe este libro y sé lector de la palabra de Dios; si cumples fielmente tu oficio, formarás parte de quienes administran la palabra de Dios.

La lectura se hacía en el ambón o en el atril; de ahí vienen las expresiones de san Cipriano: *super pulpitum imponi, ad pulpitum venire*. Personas notables consideraban un honor ejercer esta función. Así lo confirma que Juliano, que luego sería emperador, y su hermano Galo fueran ordenados lectores en la iglesia de Nicomedia. La constitución 123 de Justiniano prohíbe elegir como lectores a personas menores de 18 años; pero, antes de esta regulación, había niños de 7 y 8 años que ejercieron este oficio, pues destinados a la iglesia desde bien pronto, sus padres pretendían así hacerlos capaces de desempeñar las funciones más difíciles del sagrado ministerio. Véase el *Diccionario* de Morery.



CRÍTICA

(*Belles Lettres*) Se puede considerar la crítica bajo dos puntos de vista generales: uno [I] es ese género de estudio al que debemos la restitución (restauración) de la literatura antigua. Para juzgar de la importancia de este trabajo basta imaginar el caos en que los primeros comentadores encontraron las obras máspreciadas de la antigüedad; por parte de los copistas, caos de caracteres, palabras, pasajes alterados, desfigurados, omitidos o cambiados de sitio en los diversos manuscritos; por parte de los autores, caos de la alusión, la elipse, la alegoría, en una palabra, todas estas finuras de la lengua y del estilo, que suponen un lector medio instruido. ¡Cuánta confusión a desenredar en un tiempo en que la revolución de los siglos y el cambio de costumbres parecían haber cortado toda comunicación a las ideas!

Los restauradores de la literatura antigua no tenían más que una vía, aunque muy incierta: la de hacer inteligibles a unos autores por medio de otros y con ayuda de monumentos. pero, para transmitirnos ese oro antiguo ha sido preciso perecer en las minas. Admitámoslo: tratamos esta especie de crítica con demasiado desprecio y con demasiada ingratitude a quienes la han desempeñado tan laboriosamente para ellos mismos y tan útilmente para nosotros. Enriquecidos con sus desvelos, nos vanagloriamos de poseer lo que

pretendemos que ellos adquirieron sin gloria. Siendo verdad que el mérito de una profesión depende de la combinación de su utilidad y de su dificultad, la de erudito ha ido perdiendo consideración a medida que ha resultado más fácil y menos importante; pero sería una injusticia juzgar lo que ha sido a partir de lo que es. Los primeros que trabajaron en ello fueron colocados en el mismo rango de los dioses con más razón que los actuales son considerados por debajo de otras personas. Ver: Manuscrito, Erudición, Texto.

Esta parte de la crítica incluiría, además, la verificación de los cálculos cronológicos, si éstos se pudieran verificar; sin embargo, los pocos resultados que han conseguido de este trabajo los sabios ilustres, que se han dedicado a ello, prueban que resultaría tan inútil como penoso referirse a sus investigaciones. Es preciso saber ignorar lo que no se puede conocer, de manera que es verosímil que lo que no se ha conocido en la historia de los tiempos tampoco lo será nunca y el espíritu humano perderá bien poco por ello. (Ver: Cronología).

El segundo [II] punto de vista de la crítica es considerarla como un examen ilustrado y un juicio equitativo de los productos humanos. Toda producción humana queda comprendida en tres ámbitos principales: las ciencias, las artes liberales y las artes mecánicas. Ahora bien, este asunto es tan inmenso que no caeremos en la temeridad que pretender profundizar y menos en los límites de este artículo. Nos contentaremos con establecer algunos principios generales, que toda persona capaz de opinar y de reflexionar puede concebir; y si falta precisión y claridad, el lector encontrará en los artículos a los que iremos haciendo referencia las rectificaciones o ampliaciones de nuestras ideas.

CRÍTICA EN LAS CIENCIAS. Las ciencias se reducen a tres puntos: a la demostración de las verdades antiguas, al orden de su exposición y al descubrimiento de nuevas verdades.

Las verdades antiguas son fácticas o bien especulativas. Las fácticas son morales o físicas. Los hechos morales componen la historia de los hombres, en que a menudo se mezcla lo físico, pero siempre relativamente a lo moral.

Como la historia sagrada es revelada, sería impío someterla al examen de la razón; pero hay una manera de discutirla para el triunfo mismo de la fe. Comparar los textos y conciliarlos entre ellos; cotejar los acontecimientos con las profecías que los anuncian; hacer prevalecer la evidencia moral sobre la imposibilidad física; vencer la repugnancia de la razón a partir de la ascendencia de los testimonios; tomar la tradición en su fuente para presentarla en toda su fuerza; excluir, en fin, del número de pruebas de la verdad todo argumento vago, débil o no concluyente, especie de armas comunes a todas las religiones, que el falso celo utiliza y sirven para alegría de la impiedad. Este sería el uso de la crítica e esta parte. Son muchos quienes la han ejercido con tanto éxito como celo; entre ellos, Pascal debe ocupar el primer lugar y cederlo a quien lleve a cabo lo que él no ha hecho más que meditar.

En la historia profana, dar más o menos autoridad a los hechos, según su grado de posibilidad, de verosimilitud, de celebridad y según el peso de los testimonios que los confirman: examinar el carácter y la situación de los historiadores; si han sido libres para decir la verdad, si han tenido posibilidad de conocerla y profundizarla y si no han tenido interés en desfigurarla; penetrar con ellos en la fuente de los acontecimientos, apreciar sus conjeturas, compararlos entre ellos y juzgar a unos a partir de los otros: ¡qué funciones para un crítico, si se dedica a eso, y cuántos conocimientos conseguirá! Las costumbres, la naturaleza de los pueblos, sus respectivos intereses, sus riquezas y fuerzas domésticas, su educación, sus recursos extranjeros, su educación, sus leyes, sus prejuicios y sus principios; su política interior, su disciplina exterior; su manera de actuar, de alimentarse, de armarse y de combatir; los talentos, las pasiones, los vicios, las virtudes de quienes han presidido los asuntos públicos; las fuentes de sus proyectos, revueltas, revoluciones, éxitos y fracasos; el conocimiento de las personas, lugares y épocas; en fin, todo lo que, en cuanto a moral y física, puede concurrir a formar, mantener, cambiar, destruir y restablecer el orden de las cosas humanas debe entrar en el plan de un sabio que trata la historia. ¡Cuánta reflexión y cuántas luces no

exige un solo rasgo de estas partes para que quede claro! ¿Quién se atreverá a decidir si Aníbal se equivocó al detenerse en Capua y si Pompeyo combatió en Farfalla por el imperio o por la libertad? Ver: Historia, Política, Táctica, etc.

Los hechos puramente físicos componen la historia natural y su verdad se demuestra de dos maneras: repitiendo las observaciones y experiencias o sopesando los testimonios, si no hay posibilidad de verificarlos. La falta de experiencia lleva a considerar como fábulas una infinidad de hechos que Plinio refiere y que se confirman a diario con las observaciones de nuestros naturalistas. Los antiguos sospecharon el peso del aire; Torricelli y Pascal lo han demostrado. Newton había anunciado el aplastamiento de la tierra; los filósofos han ido de un hemisferio a otro para medirlo. El espejo de Arquímedes confundía a nuestra razón; un físico, en vez de negar este fenómeno, ha intentado reproducirlo y lo prueba repitiéndolo. Así es como se deben *criticar* los hechos. Pero, siguiendo este método, las ciencias tendrán pocas críticas. Ver: Experiencia. Es más rápido y fácil negar lo que no se comprende; sin embargo, ¿nos corresponde a nosotros determinar los límites de lo posible, a nosotros que vemos a diario imitar el rayo y que casi estamos a punto de llegar al secreto de dirigirlo? Ver: Electricidad. Estos ejemplos deben hacer que un crítico sea muy circunspecto en sus decisiones. La credulidad es cosa de los ignorantes; la incredulidad decidida, cosa de los sabios a medias; la duda metódica, cosa de los sabios. En los conocimientos humanos, un filósofo demuestra lo que puede; cree lo que se le ha demostrado; rechaza lo que le repugna; y suspende su juicio sobre todo lo demás.

Hay verdades, que la distancia de los lugares y del tiempo hacen inaccesibles a la experiencia y, no perteneciendo para nosotros más que al orden de los posibles, no pueden ser observadas más que con los ojos del espíritu. Estas verdades son o bien los principios de los hechos que las prueban y la crítica debe remontarse a ellas para concatenar los hechos, o bien son consecuencias y, por los mismos grados, hay que descender hasta ellas. (Ver: Análisis, Síntesis).

A menudo, la verdad no tiene más que una vía, por la que el inventor ha llegado a ella y de la que no queda ningún vestigio; en ese caso, puede que haya más mérito en encontrar la ruta, que en descubrirla. El inventor, a veces, no es más que un aventurero, al que la tempestad ha empujado al puerto; el crítico es un piloto hábil, guiado sólo por su arte (siempre que se pueda llamar arte a una secuencia de intentos inciertos y de coincidencias fortuitas, por donde se va con pasos temblorosos. Para reducir a reglas la investigación de las verdades físicas, el pequeño crítico debería mantener el centro y los extremos de la cadena; un eslabón, que se le escapa, es un eslabón que le faltará para llegar a la demostración. este método será impracticable durante mucho tiempo. El velo de la naturaleza es para nosotros como el velo de la noche, en que, en una inmensa oscuridad, brillan algunos puntos de luz; y está muy probado que esos puntos luminosos no se multiplican suficientemente para aclarar sus intervalos. ¿Qué debe hacer, entonces, el crítico? Observar los hechos conocidos; determinar, si puede, sus relaciones y distancias; rectificar los falsos cálculos y las observaciones defectuosas; en una palabra, convencer al espíritu humano de su debilidad para hacer que emplee útilmente la poca fuerza que consume en vano y atreverse a decirle a quien quiere plegar la experiencia a sus ideas: Tu oficio consiste en interrogar a la naturaleza, no en hacerla hablar.

El deseo de conocer es, a menudo, estéril por exceso de actividad. La verdad quiere que se la busque, pero que se la espere; que se vaya delante de ella, pero nunca más allá. Corresponde al crítico, como guía sabio, obligar al viajero a detenerse cuando acaba el día por miedo a que se pierda en las tinieblas. El eclipse de la naturaleza es continuo, pero no total; y siglo tras siglo nos deja percibir algunos puntos nuevos de su inmenso disco para alimentar, en nosotros, con la esperanza de conocerla, la constancia de estudiarla.

[...] Los antiguos veían caer una piedra y elevarse las olas del mar: estaban bien lejos de atribuir estos dos efectos a la misma causa. El misterio de la gravitación nos ha sido revelado: ese eslabón ha conectado los otros dos y la piedra que cae y las olas que se

elevan se nos han presentado sometidas a las mismas leyes. El punto esencial en el estudio de la naturaleza es, pues, descubrir los centros [*milieux*] de las verdades conocidas y colocarlos ordenadamente en su encadenamiento: esos hechos aparecían aislados, su conexión resulta sensible si se colocan en su sitio. [...] El crítico debería contribuir, sobre todo, al orden luminoso del globo.

Para los descubrimientos hay un tiempo de madurez, antes del cual las investigaciones parecen infructuosas. Una verdad espera para salir a la luz la reunión de sus elementos. Estos gérmenes no se reúnen, i se ordenan más que por una larga secuencia de combinaciones; así, lo que un siglo no ha hecho más que incubar –si se puede hablar así–, lo produce el siglo siguiente; por ejemplo, el problema de los tres cuerpos propuesto por Newton sólo se ha resuelto en nuestros días y gracias a tres hombres al mismo tiempo. Esa especie de fermentación del espíritu humano, esta digestión de nuestros conocimientos es lo que el crítico debe observar con cuidado: seguir paso a paso la ciencia en sus progresos, señalar los obstáculos que la han retrasado, cómo se han obviado esos obstáculos y por qué encadenamiento de dificultades y de soluciones ha pasado de la duda a la probabilidad y de ésta a la evidencia. De esa manera impondría silencio a quienes no hacen más que agrandar el volumen de la ciencia sin aumentar su tesoro. Señalaría el paso hecho en una obra y dejaría en nada la obra si el autor la habría dejado donde la había cogido. En esta parte, esos son el objeto y el fruto de la crítica. ¡Cuánto espacio libre nos dejaría en nuestras bibliotecas esta reforma! ¿En qué quedaría esa multitud espantosa de artífices de elementos de todo género; esos prolijos demostradores de verdades, de las que nadie duda; esos físicos romanceros que, tomando su imaginación por el libro de la naturaleza, erigen sus visiones en descubrimientos y sus sueños en sistemas seguidos; esos amplificadores ingeniosos, que diluyen un hecho en 20 páginas de superficialidades pueriles y superfluas y que, a fuerza de ocurrencias, sacuden una verdad clara y simple hasta convertirla en oscura y complicada? Todos esos autores que hablan sobre la ciencia en vez de razonar quedarían suprimidos del número de

libros útiles: habría mucho menos que leer y mucho más que recoger. Esta reducción sería aún más considerable en las ciencias abstractas que en las de los hechos. Las primeras son como el aire que ocupa un espacio inmenso mientras es libre para extenderse y no adquiere consistencia mientras no se la presiona.

El uso de la crítica en esta parte consistiría, pues, en aproximar las ideas a las cosas, la metafísica y la geometría a la moral y a la física; impedirles derramarse en el vacío de las abstracciones y, si se me permite decirlo así, olvidarse de su superficie para ocuparse de su solidez. Un metafísico o un geómetra que aplica la fuerza de su genio a vanas especulaciones, se parece a ese luchador que nos pinta Virgilio:

Alternaque jactat

Brachia protendens & verberat ictibus auras (Aen., lib. V)

Fontenelle, que llevó tan lejos el espíritu de orden, de precisión y de claridad, habría sido un crítico superior tanto en las ciencias abstractas como en las naturales; y Bayle (que aquí consideramos sólo como literato), para sobresalir en esta parte, no tenía necesidad más que de independencia, de tranquilidad y de tiempo disponible; con estas tres condiciones esenciales para un crítico habría dicho lo que pensaba y lo habría hecho en menos volúmenes.

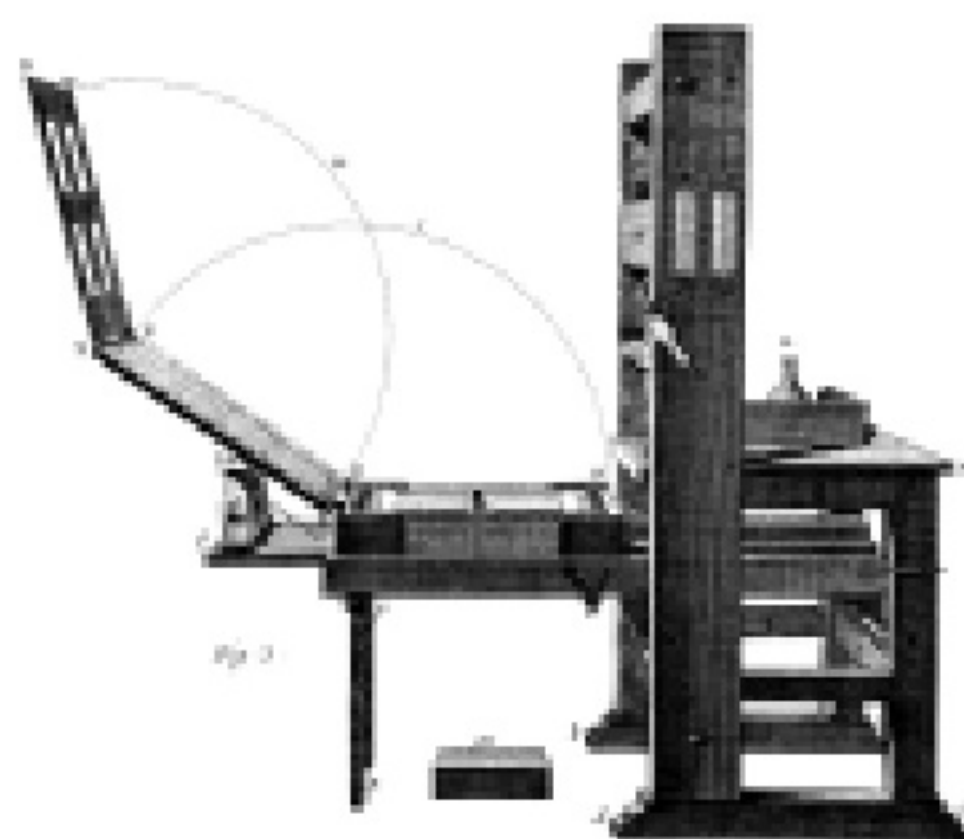
[Sigue la Crítica en las artes liberales o Bellas Artes]

Permítasenos acabar este artículo con un deseo que nos inspire el amor a las Letras y que, en otras ocasiones, hemos hecho nuestro. En Esparta se veía que los viejos asistían a los ejercicios de la juventud, animarla con el ejemplo de su vida pasada, corregirla mediante reproches e instruirla con sus lecciones. ¡Qué ventaja para la república de las letras, si los autores encanecidos en veladas ilustradas, tras haberse colocado con sus trabajos por encima de la rivalidad y de las debilidades de la envidia, se dignaran presidir los ejercicios de los jóvenes y guiarlos en su carrera; si esos maestros del arte se convirtieran en críticos; si, por ejemplo,

los autores de *Radamiste* y de *Alzire* se dignaran examinar las obras de sus alumnos que anunciaran algún talento! En vez de esos extractos mutilados, de esos análisis secos, de esas decisiones ineptas, en que no se ven las primeras nociones del arte, se tendrían juicios ilustrados por la experiencia y pronunciados por la justicia. Ya el nombre de crítico inspiraría respeto, junto a la corrección habría ánimo; el hombre hecho y derecho vería de dónde ha partido el joven y adónde pretende llegar; si se ha extraviado desde sus primeros pasos o de ruta, en la elección o en la disposición del tema, en el esbozo o en la ejecución, le indicaría el punto en que ha empezado su error, le haría volver sobre sus pasos, le haría percibir los escollos en que se ha estrellado y los desvíos que debería haber tomado; en fin le enseñaría no sólo en qué ha fallado, sino también cómo puede hacerlo mejor y el público se aprovecharía de las lecciones dadas al poeta. Esta especie de crítico, lejos de humillar a los autores, sería una distinción halagadora para sus talentos y sus obras: sería como un padre que corrige a su hijo con tierna severidad y que podría escribir como cabecera de sus consejos:

Disce puer virtutem ex me, verumque laborem.

[M. Marmontel]



Este llibre s'acabà d'imprimir
a València
el dia 9 d'Octubre de 2007
a la impremta Arts Gràfiques J. Aguilar